HOMILIA XLII (XLIII)

Si plantáis un árbol bueno, su fruto será bueno; pero, si plantáis un árbol malo, su fruto será malo; porque el árbol por los frutos se conoce (Mt 12, 33).

No se contenta Jesús con los argumentos anteriores, sino que de nuevo pone en vergüenza a los judíos. No lo hace por defenderse de las acusaciones, pues para eso bastaba con lo dicho; sino para llevarlos a enmendarse. Y lo que dice significa lo siguiente. Ninguno de vosotros me reprende por los enfermos curados, como si su curación no hubiera sido verdadera; ni tampoco ha afirmado que sea malo librar a los endemoniados. Es que por muy atrevidos que fueran no podían afirmar tales cosas. Y como no podían acusar las obras, sino que calumniaban al que las hacía, Jesús les demuestra que su acusación está en pugna con la recta razón y con los hechos mismos. Es propio del colmo de la impudencia no solamente obrar con malicia, sino además querer componer entre sí cosas que pugnan contra el sentido común.

Observa cuán lejos está de querer querellarse. Pues no dice: Haced al árbol bueno, puesto que sus frutos son buenos; sino que egregiamente les cierra la boca, demostrándoles al mismo tiempo su propia mansedumbre y la impudencia de ellos. Pues les dice: Si queréis reprender las obras, no os lo prohíbo; pero vosotros me acusáis de cosas que lógicamente no pueden sostenerse y consiguientemente tampoco alegarse. De este modo podían mejor y más claramente ser advertidos de que impudentemente hablaban en contra de cosas que eran absolutamente manifiestas. Como si les dijera: en vano procedéis malignamente y decís cosas que entre sí se contradicen.

La diferencia de los árboles se conoce por el fruto y no al revés el fruto por el árbol. Ya que aun cuando el árbol es causa del fruto, pero es el fruto el que declara la especie del árbol. De manera que lo lógico habría sido que vosotros reprendierais juntamente las obras y a nosotros; o que si alababais las obras, no nos acusarais a nosotros que las hacemos. Pero procedéis al contrario. Porque no pudiendo calumniar las obras que son el fruto, calumniáis al árbol, al llamarme endemoniado. Esto es el extremo de la locura. Asegura, pues, lo mismo que ya dijo antes: que no puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el árbol malo darlos buenos. Queda, pues, manifiesto, en conclusión, que las acusaciones de los judíos nada tienen de lógico, nada que responda a la naturaleza de las cosas. Enseguida, puesto que no se defiende a sí mismo, sino al Espíritu Santo, los acomete con acritud: ¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis vosotros decir cosas buenas siendo malos? Palabras son éstas juntamente de quien acusa y de quien da razón y prueba lo que dice. Como si dijera: porque vosotros, siendo árboles malos, no podéis llevar frutos buenos. No me admiro, por tanto, de que tales cosas digáis, pues habéis sido mal educados y descendéis de malos ancestros y tenéis maleado el pensamiento.

Observa cuán cuidadosamente y sin darles ocasión de nada escalonó las acusaciones. Porque no les dijo: ¿Cómo podéis hablar cosas buenas siendo estirpe de víboras? Esto no hubiera tenido relación con lo anterior. Sino: ¿Cómo podéis decir cosas buenas siendo malos? En cambio los llamó estirpe de víboras, porque se gloriaban de sus progenitores. De modo que, demostrándoles que de ésos nada habían heredado, los excluyó de la genealogía de Abraham, y les senaló unos progenitores de su misma calidad, desprovistos de la antigua nobleza. Porque de la abundancia del corazón habla la boca. De modo que aquí declara su divinidad, pues conoce los secretos de los corazones; y sabe que ellos no solamente de las palabras, pero aun de los malos pensamientos tendrán que dar cuenta y que Dios conoce tales pensamientos. Pero anade que también los hombres pueden conocerlos, puesto que si interiormente abunda la maldad, luego se derrama afuera por la boca. De modo que si oyes a alguien hablar malas cosas, no pienses que dentro lleva una perversidad cuya medida la den las palabras, sino conjetura que la lleva mucho mayor; puesto que lo que sale por la boca es ya redundancia y desbordamiento de lo interior.

?Observas cuán amargamente los punza? Puesto que si las palabras que profieren son tan perversas que van conforme a la mente del demonio, piensa que tales serán las fuentes y raíz de donde ellas proceden. Suele, en efecto, suceder así: que la lengua, cohibida por el pudor, no vierte tan excesiva perversidad, mientras que el corazón, que no tiene testigo alguno, engendra allá en el interior cuantos males en gana le vienen; porque de Dios para nada se cuida. De manera que, puesto que lo que se dice luego es examinado y queda expuesto a la crítica de todos, mientras que lo que se oculta en el corazón queda envuelto en sombras, sucede que sean menores los males que salen por la lengua y mayores los que se esconden en el corazón. Pero cuando ya en lo interior la abundancia es enorme, entonces brotan impetuosamente los que estaban ocultos. Así como en los que vomitan, al principio parece como que quieren retener por la fuerza los malos humores que saltan al exterior; pero cuando semejante esfuerzo desfallece, entonces aquéllos feamente brotan, así quienes están llenos del mal propósito, acometen al prójimo con maldiciones. Porque dice Jesús: El hombre bueno, de su buen tesoro saca cosas buenas; pero el hombre malo de su mal tesoro saca cosas malas.

Como si dijera: no pienses que semejante fenómeno sea propio exclusivamente de los malos, ya que en los buenos pasa lo mismo, de manera que es más grande la virtud que en su interior llevan que la que en sus palabras se muestra. De donde se deduce que los judíos fueron peores que lo que con sus palabras demostraban; y El, en cambio, fue mucho mejor que lo que de sus sentencias se deducía. Alude al tesoro para indicar la abundancia. Luego vuelve a ponerles temor grande diciéndoles que no piensen que no se pasará más adelante y que todo quedará concluido con haberlo condenado en las obras de ellos, pues quienesquiera que así procedan sufrirán el eterno castigo. Y no dijo vosotros, tanto para ensenarnos a todos como para que sus palabras no les fueran demasiado gravosas. Dice, pues: Yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio. Y ociosa es toda palabra que no viene a cuento, o contiene mentira o falsedad, o simplemente vana y de esas que algunos dicen que son sólo para mover a risa, o es torpe o desvergonzada o baja.

Porque por tus palabras serás declarado justo, o por tus palabras serás condenado. ¿Observas cómo el juicio no será leve, ni ligero el castigo? El juez sentenciará no por lo que otro dijo de sí, sino por lo que tú dijiste: cosa la más justa de todas. Ya que en tu mano está decir o no decir. De manera que lo propio es que teman no los que son acometidos con calumnias, sino los que calumnian. Pues no se obliga a justificarse a los injuriados sino a los que injurian, y a éstos amenazan todos los peligros. Por tanto, para nada han de cuidarse los que son maldecidos, pues no serán castigados por las injurias sufridas de otros. En cambio han de temer y temblar los que injurian, pues por tal motivo se les llevará a juicio.

Verdaderamente es diabólico ese pecado que no lleva consigo deleite alguno, sino sólo detrimento. El hombre que lo comete abriga en su corazón un mal tesoro. Si quien tiene malos humores de por sí cae en enfermedad, mucho más caerá quien en sí atesora una perversidad más amarga que la bilis; y será castigado con el último suplicio, pues él mismo se preparó tan grave enfermedad. Enfermedad que se muestra por las cosas que afuera arroja. Y si a otros les causa tan gran dolor, mucho más lo causa a su alma, que tales cosas da a luz. El que a otro arma asechanzas a sí mismo se da la muerte. El que se pone a caminar sobre fuego a sí mismo se quema. Quien hiere al diamante a sí mismo se procura el daño. Quien recalcitra contra el aguijón a sí mismo se cubre de sangre. Pero quien sabe soportar con fortaleza la injuria cuando es herido, ese es el diamante, el aguijón, el fuego; y el que procura herir resulta más débil que el barro.

Así que lo malo no es ser injuriado, sino injuriar y también el no saber soportar la injuria. ¿Cuán injuriado fue David? ¿cuánto injurió Saúl? Pero ¿cuál de ellos fue más fuerte y bienaventurado? ¿quién el más mísero? ¿Acaso no el injuriante? Considera bien el caso. Prometió a David, Saúl, si vencía al extranjero, que lo tomaría como yerno y de muy buena gana le daría por esposa a su hija. Y David dio muerte al extranjero; pero Saúl no sólo no le dio a su hija, sino que procuraba matarlo 56 ¿Quién resulta más brillante? No fue Saúl, quien se ahogaba de tristeza por obra de un mal espíritu, mientras David resplandecía más que el sol con sus triunfos y la gracia divina. Y acerca del coro de las mujeres que cantaban ¿acaso no se ahogaba Saúl de envidia, mientras David, soportándolo todo en silencio, se atrajo las voluntades de todos y los unió consigo? Y cuando David lo hubo a las manos y lo perdonó ¿quién era entonces el feliz y quién el miserable? ¿quién el débil y quién el fuerte? ¿Acaso no fue David porque no se vengó pudiendo justamente hacerlo? Y con razón. Porque Saúl tenía consigo soldados en armas, pero David tenía de su parte la justicia, mucho más poderosa que infinitos ejércitos.

Sin embargo, ni aun acometido con asechanzas quiso dar muerte a su enemigo, ni aun justamente, cuando aquél lo acometía injustamente. Porque sabía por los anteriores sucesos que resulta más fuerte no el que mal procede, sino el que soporta la injusticia. Y lo mismo puede verse en los cuerpos humanos y en los árboles. ¿Acaso Jacob no fue tratado injustamente por Labán y sufrió que se le hiciera mal? Pero ¿quién fue el más fuerte? ¿El que lo capturó pero no se atrevió a tocarlo, sino que temió y tembló, o el que sin armas ni soldados se le hizo más temible que lo hubieran sido miles de reyes? Para daros una mayor demostración de lo dicho, volvamos de nuevo el discurso a David, pero considerándolo de modo contrario. El, injuriado, venció; pero éste mismo, cuando injurió, fue vencido y se tornó débil. Cuando cometió la injusticia contra Urías, todo se le cambió en contrario y la debilidad se pasó al injuriante y la fuerza al injuriado. Urías, muerto, despojó a la casa de David. Y por cierto, David, aun siendo rey y estando entre los vivos, nada pudo; mientras que Urías, simple soldado y muerto ya, echó a rodar todo lo de David. ¿Queréis que de otra parte os demuestre más claramente el asunto? Examinémoslo en los que justamente se han vengado. Puesto que quienes injustamente ofenden son vilísimos y causan daño a sus propias almas y es cosa que todos ven claramente. Pero ¿quién fue el que justamente se vengó y sin embargo suscitó males sin cuento y se cubrió de abundantes desgracias y dolores? Joab, el general de David, levantó una guerra grande y dura y padeció males sin número, de los cuales ni uno solo habría acontecido si él hubiera sido prudente.

Huyamos, pues, de semejante vicio: ni con palabras, ni con hechos injuriemos al prójimo. Porque no dijo Jesús: si acusas y llevas a los tribunales, sino sencillamente: si injurias, aun cuando sea en privado, sufrirás gravísimo castigo. Aun cuando lo que dices sea verdad, aunque estés persuadido de ello, 57 sin embargo se te castigará. Pues Dios sentenciará no por lo que el otro hizo, sino por lo que tú dijiste. Pues dice: Por tus palabras serás condenado. ¿No oyes al fariseo que dice cosas verdaderas, de todos conocidas y que no revela nada oculto? Y sin embargo, fue duramente castigado. Si pues no es lícito acusar a otros ni aun de las cosas que son públicas, mucho menos lo será acusarlo de las dudosas, puesto que ya tiene su juez el que pecó.

No te adelantes a la autoridad del Unigénito. A El se ha reservado todo juicio: Pero ¿es que anhelas juzgar? Pues bien: hay un juicio muy lucrativo y que no contiene pecado. Allá en tu interior pon a juzgar tu entendimiento y " razón, y trae al medio todos tus pecados, Examina los pecados de tu alma; pide a ésta cuentas exactas y pregúntale: ¿por qué te atreviste a tal cosa? Y si se niega y se pone a inquirir las faltas ajenas, dile: yo no te juzgo acerca de ésas, ni hay para qué te justifiques tú de ellas. ¿Qué te importa si el otro es malo? En cambio tú ¿por qué pecaste en esto y en aquello? Establece tu defensa propia y no acuses a otros. Cuida de lo que a ti te toca y no de lo ajeno. Trae con frecuencia a semejante certamen tu razón y a este campo de acusación.

Y si nada tiene que responderte y busca subterfugios, azótala, como se hace con una esclava que se ensoberbece y con una meretriz. Establece cada día este tribunal. Píntale a tu razón aquel río de fuego, aquel gusano venenoso y los demás tormentos. Y no le permitas andar en adelante con el demonio ni le soportes que hable con semejante impudencia y diga: Este me acomete, aquél me pone asechanzas, el otro me tienta. Dile: si tú no consientes, todo eso le resulta en vano. Y si te responde: es que me encuentro ligada al cuerpo y revestida de la carne y vivo en la tierra, respóndele: todo eso son subterfugios. También aquel otro estaba revestido de la carne; y el de más allá, viviendo en la tierra, se portó preclaramente; y tú misma, cuando rectamente procedes, vestida estás de la carne. Y si oyéndote se aflige, no levantes la mano. Al fin y al cabo, aunque la hieras no morirá. Más aún, la libras de la muerte. Y si de nuevo te dijere: Aquél me irritó, respóndele: pero en tu mano está el no irritarte, puesto que ya varias veces has dominado la ira. Si dijere: la belleza de la mujer del prójimo me inflamó, dile: pero podías vencer esa pasión. Tráele ejemplos de otros que la superaron. Ponle delante el caso de la primera mujer que se excusaba diciendo: la serpiente me enganó, y sin embargo no se libró de la culpa.

Y mientras tales cosas investigas, que nadie se te presente, que nadie te perturbe. Así como los jueces juzgan sentados detrás de un velo, así tú, en lugar del velo, busca un sitio y un tiempo de quietud. 58 Emprende este juicio una vez que te has levantado de la cena y vas a tu lecho. Es un momento muy oportuno. Y el sitio oportuno es tu aposento y tu lecho. Así lo ordenaba el profeta al decir: Meditad en vuestros corazones; en vuestros lechos compungíos. 59 Pide exacta cuenta aun de las cosas pequenas para que nunca caigas en las grandes. Si cada día procedes así, estarás con gran confianza ante aquel tremendo tribunal. Así Pablo, ya purificado, decía: Si nos juzgásemos r nosotros mismos no seríamos condenados. 60 Del mismo modo purificaba Job a sus hijos. Porque sin duda él, que ofrecía sacrificios por los pecados ocultos, pediría cuenta de los manifiestos.

No procedemos así nosotros, sino en absoluto de modo contrario. Una vez que vamos al lecho, revolvemos en nuestro pensamiento toda clase de asuntos seculares. Unos introducen en su alma pensamientos impuros; otros, réditos, pactos, vanos cuidados. Cuando tenemos una hija virgen, con gran empeno la cuidamos; mientras que a nuestra alma, más preciosa que cualquier hija, la dejamos que fornique y se manche e introducimos en ella muchos malos pensamientos. Cualquier amor, ya sea de dineros o de placeres o de bellezas corporales o de ira o de otra cualquiera pasión, lo recibimos con las puertas abiertas y aun lo llamamos y lo dejamos que libremente fornique con nuestra alma.

Pero ¿qué puede haber más bárbaro que el descuidar el alma, que es la cosa más preciosa de todas, y mancharla con tan gran número de fornicarios y dejarla que se les una hasta que ellos queden saciados? Cosa que, por otra parte, nunca se logrará. Por esto, mientras no llega el sueno, ellos no se apartan. Más aún: ni aun entonces se apartan, pues los ensuenos traen las imágenes de los mismos fornicarios. Por esto sucede que, una vez que amanece, lo que el alma ha imaginado, luego, por obra de aquellas imágenes, lo pone por obra. No dejas que a la pupila de tu ojo penetre una partícula de polvo, y en cambio ¿negligentemente permites que el alma arrastre semejante carga y montón de males tan grandes? ¿Cuándo, pues, podremos quitar del todo las manchas que cada día admitimos? ¿cuándo podremos arrancar las espinas? ¿cuándo sembrar las simientes? ¿Sabes que ya el tiempo de la siega está próximo? Pero nosotros ni siquiera hemos dado el primer cultivo a nuestro campo. Pues si viniere el agricultor y nos acusare ¿qué excusa le daremos? ¿qué le responderemos? ¿Le alegaremos que nadie nos dio la simiente? Pero es un hecho que cada día se esparce. ¿Que nadie arrancó las espinas? Pero si cada día afilamos la hoz. ¿O que nos arrastran los cuidados seculares y las necesidades de la vida? Pero ¿por qué no te crucificaste al mundo? Si el que no hizo sino devolver lo que se le había confiado fue reputado entre los perversos por no haber duplicado la suma ¿qué le dirán a quien incluso destruyó lo que le dieron? Si éste, atado de pies y manos fue lanzado al sitio en donde es el rechinar de dientes ¿qué no sufriremos nosotros, pues tenemos tantas cosas que nos atraen a la virtud, pero nos rehusamos y perezosamente las rehuimos? ¿Qué hay que no sea idóneo para excitar la virtud? ¿No observas cuán vil y cuán incierta es esta vida? ¿cuántos trabajos acá se padecen? ¿cuántos sudores? ¿Acaso no es una realidad que no se consigue la virtud sin trabajo, ni aun el vicio sin él? Si pues hay trabajos en ambas cosas ¿por qué no escoges la virtud, que tan grandes ganancias te proporciona? Pero incluso hay virtudes que ningún trabajo llevan consigo.

Por ejemplo: ¿qué trabajo hay en no injuriar, en no mentir, en no jurar, en perdonar y quitar las cóleras contra el prójimo? En cambio, el proceder de modo contrario es laborioso y lleva consigo grandes cuidados. Entonces ¿qué excusa tendremos, ni qué perdón alcanzaremos si ni siquiera esto queremos hacer? Queda, pues, manifiesto que por desidia y pereza rehuimos aquellas cosas que son más laboriosas. Pensando todo esto, huyamos de la perversidad, amemos la virtud, a fin de conseguir los bienes presentes y también los futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLIII (XLIV)

Entonces lo interpelaron algunos escribas y fariseos y le dijeron: Maestro, quisiéramos ver una senal tuya. El, respondiendo les dijo: La generación mala y adúltera busca una senal pero no le será dada más senal que la de Jonás el profeta (Mt 12, 38-39).

?Qué cosa hay más necia ni más impía? Tras de tantos milagros, como si no hubiera hecho ninguno, le dicen: Quisiéramos ver una senal tuya. ¿Por qué motivo lo decían? Para tener de nuevo ocasión de acusarlo. Como los hubiera reprendido una, dos y muchas veces y hubiera refrenado su lengua impudente, otra vez recurren a las obras. Lo hace notar el mismo evangelista admirado. Entonces lo interpelaron algunos escribas pidiéndole una senal. ¿Cuándo? Cuando lo necesario era aceptar, admirarse, espantarse, apartarse, entonces es cuando no desisten de su perversidad.

Quiero que consideres sus palabras llenas de adulación y de burla. Esperaban de este modo atraérselo. Así que por una parte lo injurian y por otra lo adulan: ya lo llaman Maestro, ya endemoniado, pero siempre con malas intenciones, aun cuando digan cosas encontradas. Tal es el motivo de que el Maestro los acometa con vehemencia. Cuando le preguntaban ásperamente y lo injuriaban, él les respondía con moderación; pero cuando lo adulaban contestaba con acritud y gran vehemencia, demostrándoles así que él era superior a ambas cosas; y que ni por la ira se excitaba ni por la adulación se tornaba dulzón y muelle.

Observa la recriminación y verás que no es simple reprensión, sino que lleva consigo una demostración de la maldad de ellos.

?Qué les dice? La generación mala y adúltera busca una senal. Como si dijera: nada maravilloso es que vosotros os portéis así conmigo, pues aún no soy conocido de vosotros, siendo así que lo mismo hicisteis respecto del Padre, de cuyo poder tantas pruebas tenéis. Lo abandonasteis y recurristeis a los demonios y os atrajisteis malos amadores. Cosa fue esa que con frecuencia Ezequiel les echó en cara. Lo decía para demostrar su igualdad con el Padre, y que ellos nada insólito hacían. Revela además los ocultos pensamientos de ellos, o sea que su petición procedía de simulación y enemistad.

Por esto los llama generación perversa, pues continuamente se muestran ingratos a los beneficios; y si se les trata con benevolencia, se tornan peores, lo que es el colmo de la maldad. Y los llama generación adultera, significando con esto su incredulidad antigua y también la presente. Por donde de nuevo se manifiesta igual al Padre, puesto que por no creer en El la llama adúltera. Y tras de estas reprensiones ¿qué dice? No se le dará más senal que la de Jonás el profeta. Con esto anuncia de antemano su resurrección y la confirma con la figura de Jonás. Preguntarás: pero ¿acaso no se les dio alguna senal? No se les dio cuando la pedían. Porque Cristo no hacía milagros para ganárselos, pues sabía que estaban obcecados, sino para enmienda de otros. Hay que afirmar esto o bien que ellos no habían de recibir y aceptar otra senal sino la de Jonás. Porque senal se les dio cuando fueron castigados y conocieron su poder. De manera que aquí, al amenazarlos, habla y deja entender lo mismo. Como si les dijera: Os he hecho infinitos beneficios, pero con ninguno os atraje ni quisisteis adorar mi poder. Ahora, pues, conoceréis mi fortaleza por medios contrarios, o sea cuando veáis destruida vuestra ciudad y los muros derribados y el templo convertido en erial y se os arroje de la ciudad y perdáis vuestra antigua libertad; y de nuevo andéis desterrados y prófugos por toda la tierra. Todo lo cual sucedió después de la crucifixión. Todo esto os servirá de grandísima senal.

Y ciertamente, grande senal es que las desgracias del pueblo judío no sufran cambio y que a pesar de que muchos se empenan en ello, nadie pueda remediar los males que sobre ellos como castigo se echaron. Esto no lo dice Jesús, sino que deja que se lo aclare el tiempo futuro. Mientras tanto, se fija, en la resurrección, discurso que hasta más tarde descifrarían por los males que les iban a sobrevenir. Pues así como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra. No les dijo abiertamente que resucitaría para que no se burlaran; pero en tal forma lo dejó entender que pudieran creer que lo sabía de antemano. Y consta que ellos lo sabían, pues le dijeron a Pilato: Ese impostor, vivo aún, dijo: Después de tres días resucitaré. 61 Los discípulos, al revés, lo ignoraban, por ser entonces todavía más rudos que los escribas y fariseos. De manera que éstos por sus mismas palabras fueron condenados.

Advierte cuán cuidadosamente lo deja entender, pues no dijo: en tierra; sino: En el corazón de la tierra, para indicar así el sepulcro, y al mismo tiempo para que nadie imaginara que todo esto se realizaría únicamente en apariencia. Y senaló tres días, para que todos creyeran en su muerte: ya que ésta se confirma no únicamente por la resurrección, sino además porque todos la vieron y por el número de días. El tiempo siguiente íntegro certificaría su resurrección, mientras que su crucifixión, de no haber tenido testigos sin número, no se hubiera creído; y si no se creía en la crucifixión, tampoco se creería en la resurrección. Por esto la llama senal. Y trae al medio la figura para que se dé fe a la verdad. Yo te pregunto: ¿era acaso pura apariencia Jonás en el vientre del cetáceo? Cierto que no podrás afirmarlo. Pues tampoco niegues que Cristo estuvo en el corazón de la tierra. No puede suceder que el tipo sea verdad y la verdad sea sólo apariencia. Por esto anunciamos su muerte en todas partes: en los misterios, en el bautismo y en todo lo demás. Por esto Pablo con penetrante voz exclama: En nada me gloriaré sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Por aquí se ve claro que quienes sufren la enfermedad de Marción, son hijos del diablo, pues quieren abolir lo que Cristo cuidadosamente procuró que no se aboliera; y que, al revés, el diablo cuidadosamente se ha esforzado en que sea abolido: me refiero a la cruz y a la Pasión. Por igual motivo dijo Cristo en otra ocasión: Destruid este templo y en tres días lo levantaré. 62 y también: Vendrán días en que les será arrebatado el Esposo. 63 y aquí: No les será dada otra senal que la de Jonás profeta. Declaró así que El padecería por ellos, pero ellos ningún lucro sacarían de lo mismo. Así lo manifestó El más tarde. Y a pesar de saberlo, sin embargo, murió: ¡tan grande fue su providencia! No pienses que los sucesos futuros de los judíos serán tales como fueron los de los ninivitas, ni que ellos se convertirán enseguida; ni que así como acá levantó de nuevo la ciudad de aquellos bárbaros que ya se derrumbaban, así los judíos a raíz de la resurrección se convertirán. Más bien oye cómo Cristo declara lo contrario.

Que ellos ningún fruto sacarían del beneficio, sino que sufrirían lo indecible, cosas intolerables, lo declaró enseguida con el ejemplo del demonio. Entre tanto, El se justifica de lo que ellos iban a padecer, explicando que justamente lo padecerían. Ahora, con el ejemplo de los ninivitas deja ver las desgracias y la desolación de los judíos y cómo ellos justamente las padecerán. Así lo hacía en la Antigua Ley. Cuando iba a destruir a Sodoma, primero se justificó ante Abraham, diciéndole ser poquísimos los que se daban a la virtud, puesto que entre tantas ciudades ni diez se encontraron que vivieran con moderación. Y lo mismo hizo ante Lot, cuando le mostró la inhospitalidad y las torpísimas costumbres y amores pésimos de aquellos hombres, y luego envió el fuego. Igualmente procedió cuando el diluvio, pues justificó su proceder por las obras mismas. Otro tanto encontramos en Ezequiel cuando, mientras vivía el profeta en Babilonia, le puso ante los ojos los pecados que en Jerusalén se cometían. Y cuando a jeremías le dijo: No quieras orar por ellos, y para justificarse, anadió: ¿No ves lo que ellos hacen? 64 Y en todas partes procede lo mismo que lo hace en este pasaje.

Porque ¿qué fue lo que dijo? Los ninivitas se levantarán en el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás; y hay aquí algo más que Jonás. Porque él era siervo y Yo soy Señor; aquél salió del cetáceo y Yo resucité de la muerte; aquél predicó la destrucción, Yo vine anunciando el reino. Aquéllos creyeron sin ningún milagro, Yo he hecho muchos milagros. Aquéllos nada más oyeron las palabras de Jonás, Yo no he omitido predicar toda clase de virtudes. Aquél vino como ministro, Ya vine como dominador y Señor de todos, y no amenazando ni exigiendo cuentas, sino trayendo el perdón. Aquéllos eran bárbaros, éstos en cambio convivieron con infinitos profetas. A Jonás nadie lo había predicho, a Mí me predijeron y mis obras consonaron con sus profecías. Aquél huyó y se alejó para no ser burlado; Yo me presenté, aun sabiendo que había de sufrir la cruz y las burlas. Aquél no soportó ni siquiera un oprobio en bien de los que fueron librados y salvos; Yo toleré una muerte torpísima y tras de esto envío a otros como apóstoles. Aquél era un extrano y desconocido; Yo, en cambio, según la carne he nacido de sus mismos progenitores. Y así discurriendo, puede cualquiera amontonar muchas otras diferencias.

Pero Cristo no se detiene aquí, sino que propone otros ejemplos diciendo: La reina del Mediodía se levantará en juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón. Este ejemplo es superior al antecedente. Porque Jonás fue a los ninivitas; pero la reina del Austro no esperó a que Salomón la visitara, sino que ella fue a buscarlo: ella, bárbara y desde tan distante lugar y sin que la urgieran amenazas, sin temor a la muerte, movida únicamente del amor a la sabiduría. Pero aquí hay algo más que Salomón. Porque en el ejemplo, la mujer se acercó; Yo en cambio he venido; ella partió de los confines de la tierra, mientras que Yo recorro ciudades y aldeas. Salomón disertaba acerca de los árboles y de las plantas, cosas que no podían servir de mucho a la visitante, mientras que Yo anuncio cosas inefables y tremendos misterios.

Una vez que los hubo condenado, demostrándoles que estaban muy lejos de obtener perdón, y que su desobediencia nacía de ingratitud y no de debilidad del maestro, y esto por medio de muchos argumentos y con los ejemplos de los ninivitas y de la reina del Austro, finalmente les trae a la memoria el suplicio que les aguarda, aunque lo hace enigmáticamente y llenando de abundante terror su narración. Porque dice: Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, discurre por lugares áridos buscando reposo y no lo halla. Entonces se dice: Me volveré a mi casa de donde salí. Y va y la encuentra vacía y barrida y compuesta Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él y entran y habitan ahí, viniendo a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios. Así será de esta generación mala.

De esta manera les declara que no sólo en el siglo futuro, sino también en el tiempo presente, sufrirán gravísimos castigos. Y pues decía que los ninivitas se levantarán en juicio y condenarán a esta generación, para que por la gran dilación no despreciaran eso y se tornaran más desidiosos, decreta para ellos ya en esta vida gravísimos males que han de padecer. Es lo que amenazaba el profeta Oseas cuando decía: "El profeta es un insensato, presa de delirio el hombre del espíritu". 65 Es decir que serán como los seudoprofetas, hombres furiosos, locos, agitados de malos espíritus. Porque aquí entiende por profeta al loco seudoprofeta, como lo son los adivinos. Significando lo mismo, dice Cristo que habrán de sufrir castigos extremos.

?Observas cómo de mil maneras los compele para que atiendan a sus palabras, ya con las cosas presentes, ya con las futuras, ya con el ejemplo de quienes bien obraron, como fueron los ninivitas y la reina, ya de quienes fallaron y cayeron como los de Tiro y Sodoma? Del mismo modo procedían los profetas, poniendo delante de los ojos a los hijos de Recabín y a la esposa que no se olvida de su propio ornato ni de su cenidor, y al buey que reconoce a su dueno y al asno que reconoce su pesebre. Así Cristo en este lugar, declarando por comparación la ingratitud de las almas de los judíos, finalmente les advierte de antemano el castigo.

En conclusión ¿qué es lo que dice? Como los posesos, viene a decir, cuando son liberados de su enfermedad, si se muestran negligentes se procuran una más grave posesión demoníaca, así procedéis vosotros. Porque anteriormente estabais poseídos del demonio, al adorar a los ídolos e inmolarles vuestros hijos con grave demencia; y sin embargo no os abandoné, sino que por medio de los profetas eché de vosotros a ese demonio, y luego vine personalmente a traeros la curación. Pero como no queréis hacer caso, sino que incluso os habéis despenado a una perversidad mayor (puesto que mucho más grave y malo es dar muerte al Señor que el matar a los profetas), por tal motivo sufriréis castigos mayores; es decir, mayores que los que soportasteis en Babilonia, en Egipto y bajo Antíoco el primero. Porque en realidad fueron más atroces que esos los que les sobrevinieron con los emperadores. Tito y Vespasiano.

Por eso les decía: Porque habrá entonces una tan gran tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá. 66 Ni el ejemplo significaba solamente esto, sino además que ellos se encontrarían vacíos de todas las virtudes y con mayor facilidad que antes se echarían sobre ellos los demonios. Porque anteriormente, aunque pecaran, pero había sobre ellos una especial Providencia de Dios y una gracia del Espíritu Santo que miraba por ellos y los corregía y llenaba todos sus oficios para con ellos. Ahora, en cambio, les dice, quedarán vacíos de aquella especial providencia y será más raro el ejemplo de las virtudes, y la fuerza de la desgracia será mayor, y el poder de los demonios más tiránico.

Vosotros, carísimos, sabéis cómo en esta generación, cuando Juliano se enfurecía, los judíos se aliaron con los gentiles y seguían sus costumbres. De modo que al presente, aunque parezcan un tanto moderados (pues por miedo a los emperadores se mantienen en quietud), sin embargo, si no fuera por eso, se habrían atrevido a peores cosas que antes. Pero en las demás perversidades superan a los antiguos, así en las hechicerías como en las artes maléficas y en la lascivia, y todo eso lo ejercitan en forma excesiva. Entre esos crímenes, a pesar del freno que los contiene, con frecuencia han movido sediciones y se han rebelado contra los emperadores en modo tal que se han despenado en males extremos.

?Dónde están, pues, los que buscan milagros? Sepan que antes que nada se necesita tener un ánimo bueno y agradecido; y que si éste falta, ningún provecho traen los prodigios. Los ninivitas creyeron sin milagros; mientras que éstos, tras de tantos milagros, se han hecho peores y se han convertido en habitación de innúmeros demonios, y se han procurado infinitas calamidades y desdichas que con todo derecho han venido sobre ellos. Porque cuando alguno, liberado de las desdichas, sin embargo no se enmienda, tiene que soportar otras mayores que las precedentes. Por eso dice: No encontrará reposo, para indicar que las asechanzas del demonio necesariamente vendrán y se apoderarán de él. La razón es porque debieron ser llevados a mejores pensamientos por ambas cosas: por lo que ya habían sufrido y por haber sido liberados. Y aun hay una tercera cosa: la amenaza que se les hace de que algo peor puede sucederles. Y sin embargo, por ninguno de esos motivos se tornaron mejores.

Pero no pensemos que tales cesas se dijeron sólo para ellos, pues también para nosotros son oportunas, una vez que iluminados y liberados de los males antiguos, otra vez nos apegamos a la misma perversidad: con más graves penas seremos castigados por los pecados cometidos después de semejante liberación. Por esto Cristo dijo al paralítico: Mira que has sido curado: no vuelvas a pecar: no te suceda algo peor 67 Esto lo dijo a quien había estado enfermo treinta y ocho anos. Preguntarás ¿qué cosa más grave que lo anterior podía sufrir? ¡Cosas mucho más duras y peores! Lejos de nosotros el ir a padecer ni siquiera tanto cuanto ya hemos padecido. Porque no le faltan a Dios castigos que imponernos. Pues así como es grande su misericordia, así también es pesada su ira. Por esto Ezequiel acusa a Jerusalén diciendo: Te vi sucia en tu sangre. Te lavé con agua, te ungí con óleo. Te hiciste cada vez más hermosa. Te diste al vicio entregándote a cuantos pasaban. 68 Por eso se te amenaza con males mayores. Pero considera aquí no únicamente el castigo sino también la infinita paciencia de Dios. Porque con frecuencia nos hemos despenado en los mismos pecados y sin embargo nos tolera. No nos confiemos Más bien, temamos. Si el Faraón al primer castigo se hubiera enmendado no habría experimentado los que luego se siguieron, ni habría perecido con todo su ejército poco tiempo después. Lo digo porque a muchos conozco que ahora dicen lo mismo que el Faraón: ¡No conozco a ese Dios! Y son los que a sus súbditos los aplican a fabricar ladrillos de barro. ¡Cuántos hay que, ordenándoles Dios omitir las amenazas, no quieren ni siquiera disminuir los trabajos! Claro es que ya no hay que pasar el Mar Rojo; pero hay que atravesar el piélago de fuego que no tiene comparación con ese mar, porque es mucho más grande y amargo y sus olas son de fuego, fuego en verdad nuevo y horrible y extrano. Este abismo es de llamas durísimas y es enorme. Puede en él contemplarse un fuego que a todas partes discurre, semejante a cruelísima bestia feroz. Si el fuego de acá, sensible y material, saltando como una fiera fuera del horno, se echó sobre los que ahí por fuera estaban, mientras que dentro permanecían los tres jóvenes ¿qué no hará aquel otro en los que en él se precipitan? Oye a los profetas que del dicho fuego aseguran: El día del Señor, cruel, con cólera y furor ardiente. 69 Nadie habrá que se presente a librarnos: ¡jamás verás ahí el rostro manso y sereno de Cristo! Al modo de los condenados al trabajo de las mismas, que son entregados a capataces crueles y no ven ahí a ninguno de sus amigos, sino sólo a los que mandan, así será allá. Mejor aún: no será así sino de un modo mucho más horrible.

Porque acá podemos recurrir al emperador, rogarle y así lograr la liberación de los así condenados; pero allá, de ningún modo. Porque allá no hay perdón, sino que permanecen para siempre entre tormentos y dolores tan graves que no pueden describirse. Si acá nadie puede describir los agudos dolores de quienes se queman, mucho menos pueden aquellos dolores con palabras explicarse. Acá todo acaba en brevísimo tiempo, mientras que allá el condenado se quema pero no se consume. ¿Qué haremos ahí? ¡Hablo conmigo mismo! Dirás: pues si tú, doctor y maestro, así hablas contigo, a mí ciertamente ya ningún cuidado me da todo eso. Porque ¿cómo maravillarse si yo también, junto contigo, soy castigado?... ¡No, por favor! ¡os ruego! ¡nadie busque consuelos semejantes! Desde luego porque ahí no hay consuelo alguno. Yo pregunto: ¿no era el diablo un ser incorpóreo? ¿No era superior a todos los hombres? Y sin embargo, cayó y ¿puede alguno buscar algún consuelo en estar con él en el mismo tormento? ¡De ningún modo! Y acerca de los egipcios, todos aquellos ¿no vieron castigados juntamente a los capataces? ¿no vieron todas las casas en llanto? ¿Y por eso se consolaron? ¿descansaron? ¡No, en absoluto, como se ve claro por lo que luego hicieron. Pues como si una llama los azotara, corrieron al rey y lo obligaron a dejar ir al pueblo de los hebreos.

!Frío consuelo!, grandemente frío es en el tormento con que otros también son atormentados, poder decir: ¡estoy en el mismo caso que los otros! Mas ¿para qué referirme a la gehenna? Piensa en los que sufren de podagra: mientras padecen sus terribles dolores, aun cuando les muestren a otros muchos que sufran dolores aún más agudos, no quieren ni prestar atención. Porque la fuerza del dolor no deja lugar para pensar en otra cosa ni en otros, ni sacar de ahí un consuelo. No alimentemos, pues, esa tan fría esperanza: el consuelo que nace de la companía de otros que padecen el mismo mal, sólo puede tener lugar cuando se trata de males pequenos. Pero cuando se trata de males más graves, y cuando el ánimo es agitado con tan tremendos oleajes, hasta el punto de desconocerse a sí mismo ¿de dónde se recibirá consuelo? En conclusión, que semejantes objeciones son ridículas y a manera de cuentos de muchachos necios. Porque eso que dices sólo tiene lugar en sufrimientos pequenos, cuando oímos que otros sufren lo mismo. Más aún: a veces ni en los sufrimientos pequenos sucede eso; y mucho menos en aquel inexplicable tormento que se significa con el rechinar de dientes. Me doy cuenta de que al decir esto os causo pesadumbre y dolor. Pero ¿qué puedo hacer? Quisiera poder no decirlo, sino ver que todos vosotros y yo cultiváramos la virtud. Pero pues muchos de nosotros vivimos en pecados ¿quién me diera poder de verdad hacer que os dolierais y os conmovierais en vuestros ánimos, oyentes míos? Entonces sí dejaría de hablar. Mas, por lo que hace al tiempo presente, temo que incluso algunos menosprecien lo dicho, y que por la negligencia de quienes me escuchan, el castigo sea mayor aún. Porque cuando el amo amenaza, si alguno de los criados lo desprecia, no queda impune, sino que eso le es causa de un castigo mayor.

Os ruego, pues, que, oyéndome hablar de la gehenna, nos compunjamos. Nada hay más dulce que semejante exhortación, ya que nada hay más amargo que aquellos tormentos. Preguntarás: ¿cómo puede ser dulce el oír hablar de la gehenna? Porque el ir a la gehenna es lo más desagradable. Y semejantes exhortaciones, que parecen gravosas, nos lo evitan. Aparte de que también engendran otro deleite, como es la conversión del alma y el encaminarla a la virtud, y elevan la mente y esclarecen el raciocinio y libran del cerco al alma sitiada por las concupiscencias: son su medicina. 'Permitidme, pues, que, habiendo hablado de la gehenna, os hable ahora del pudor y la desvergüenza. Porque así como en aquel día los ninivitas condenarán a los judíos, así muchos nos condenarán a nosotros: muchos que ahora nos parecen inferiores. Pensemos cuántas burlas, cuantas condenaciones habrá. Sí: pensémoslo, comencemos, abramos las puertas a la penitencia. Hablo conmigo mismo. A mí mismo me exhorto. Nadie se irrite como si yo lo acusara.

Entremos por el camino angosto. ¿Hasta cuándo en placeres? ¿Hasta cuándo en ebriedades? ¿No nos hartamos de rencillas, burlas, risotadas, dilaciones? ¿Serán perpetuos los banquetes, las harturas, la opulencia, los dineros, las posesiones, las construcciones, los palacios? Pero ¿en qué acabarán? En ceniza, en polvo, en túmulo, en gusanos, en la muerte. Pues emprendamos una vida nueva. Hagamos nuevos cielos y nueva tierra y demostraremos así a los gentiles de que clase de bienes se encuentran privados. Cuando vean qué vivimos una vida correcta, con semejante vista contemplarán lo que es el reino de los cielos. Al vernos modestos, mansos, libres de malas concupiscencias, de envidia, de avaricia, y en todo morigerados, dirán: Si ya en este mundo los cristianos se convierten en ángeles ¿cómo serán cuando salgan de la vida presente? Si acá en donde son peregrinos así resplandecen ¿cómo serán cuando lleguen a su patria? De este modo también ellos se harán mejores y se extenderá la doctrina de la piedad con no menor celeridad que en la época de los apóstoles Si éstos, no siendo sino doce, convirtieron ciudades íntegras, íntegros reinos, cuando todos seamos maestros mediante vida cuidadosa y bien ordenada, piensa a qué sublimes alturas llegara nuestro catolicismo. Porque no arrastra tanto a los gentiles un muerto resucitado como uno que vive virtuosamente. De sólo verlo quedará estupefacto el gentil, y de aquí sacara ganancia espiritual. La resurrección de un muerto es un hecho que pasa; el buen ejemplo permanece y continuamente va cultivando el alma del gentil. Cuidemos, pues, de nosotros mismos para que también a ellos los ganemos.

Y no pido cosas trabajosas. No digo: no tomes mujer, abandona las ciudades, apártate de los negocios civiles; sino que ocupado en todo eso, te muestres virtuoso. Yo preferiría que florecieran en virtudes los que habitan las ciudades que no los monjes en las montanas. ¿Por qué? Porque de lo primero se sigue grande ganancia, puesto que: No se enciende una lámpala y se la pone bajo el celemín. 70 Por esto, quisiera yo que todas las lámparas estuvieran sobre el candelabro, para que la luz se difundiera en abundancia. Encendamos el fuego de que os hablo. Hagamos que quienes están sentados en tinieblas queden libres del error. No me digas: tengo esposa, tengo hijos, tengo casa, y no puedo ocuparme en eso. Pues aun cuando no los tuvieras, siendo desidioso, todo se desharía. Y aunque estés rodeado de todas esas cosas, si eres diligente, sobresaldrás en la virtud Lo único que se necesita es la prontitud de una alma generosa y dispuesta. Con esto, nada te impedirán ni la edad, ni la pobreza, ni las, riquezas, ni la cantidad de negocios, ni otra cosa alguna. Ancianos, jóvenes, casados, educadores de ninos, obreros, soldados, todos han cumplido con todos los mandamientos.

Joven era Daniel, siervo era José, obrero era Aquila, una trabajadora en púrpura estaba al frente de la fábrica, otro era guardián de la cárcel, otro centurión, como aquel Cornelio. Uno estaba enfermo, como Timoteo; otro era un esclavo fugitivo, como Onésimo. Pero nada de todo eso fue obstáculo a ninguno de ellos para llevar una vida virtuosa, ya fueran ancianos o jóvenes, siervos o libres, soldados o gente privada. No busquemos, pues, vanos subterfugios, sino formulemos los mejores propósitos de nuestra voluntad. De cualquier condición social que seamos, entreguémonos a la virtud, para conseguir los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos, de los siglos. Amén.

HOMILIA XLIV (XLV)

Mientras El hablaba a la muchedumbre, su madre y sus hermanos estaban fuera y pretendían hablarle. Alguien le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte.

El, respondiendo, dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí a mi madre y mis hermanos (Mt 12, 46-49).

LO QUE HACE poco os decía, que sin la virtud todo es vano, ahora clarísimamente se demuestra. Os decía que eran inútiles la edad, el natural, el vivir en el desierto, si no existe el buen propósito de la voluntad. Pero ahora aprendemos otra cosa además de aquéllas: que ni aun el haber dado a luz a Cristo y haber tenido aquel parto maravilloso, tendría utilidad alguna sin la virtud.

Esto sobre todo queda manifiesto en este pasaje. Pues dice: Mientras El hablaba a la muchedumbre, alguien le dijo: Tu madre y tus hermanos te buscan. Pero El dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y lo dijo no porque se avergonzara de su madre o que negara ser Ella su madre; pues si de Ella se hubiera avergonzado, no hubiera salido de su vientre; sino para declarar que de todo ello ninguna utilidad le provendría a su madre, si ella no guardaba todos los preceptos. Porque lo que Ella entonces hacía, nacía de cierta ambición: quería ostentarse ante el pueblo como si aún mandara sobre su hijo, del cual no imaginaba aún nada grande, de manera que se acercó inoportunamente. 71 Considera, pues, la arrogancia de Ella y de los hermanos. Siendo lo propio que entraran y escucharan con las turbas; o si no querían esto, esperar a que se terminara el discurso, para luego acercársele, lo llaman afuera delante de todos, descubriendo así su vana ambición y demostrando que querían aún mandar sobre El con gran autoridad.

Por su parte el evangelista lo refiere como en cierto modo acusando, pues dice: Mientras El hablaba a la muchedumbre. Como si dijera: ¿acaso no había otro tiempo? ¿no podían haberle hablado llamándolo aparte? Y ¿qué le querrían decir? Si le iban a tratar acerca de la verdad de su doctrina, convenía que lo expusieran abiertamente y delante de todos, para utilidad común de los otros. Pero, si le iban a hablar de cosas particulares de ellos, no convenía que en esa forma le urgieran. Si El no permitió ir a sepultar a su padre para no impedir a quien deseaba seguirlo, mucho menos debió interrumpir su discurso para cosas de poca importancia. De donde se ve claramente que ellos procedieron así por sola vanagloria. Significando esto, Juan dice: Ni sus hermanos creían en Él. 72 Y refiere las palabras de ellos, demasiado locas, y afirma que lo empujaban a Jerusalén no por otro motivo, sino para alcanzar gloria ellos con los milagros de El. Porque le dicen: Nadie hace esas cosas en secreto si pretende manifestarse. Pero El los reprendió y culpó su ánimo aún carnal. Y como los judíos lo despreciaban y decían: ¿No es éste el hijo del carpintero cuyos padre y madre nosotros conocemos? ¿No están entre nosotros sus hermanos? 73 Vituperaban así su linaje como innoble, por lo cual sus hermanos lo impelían a manifestarse con milagros. Pero El los rechaza, tratando de librarlos de semejante enfermedad. De modo que si El hubiera querido negar a su madre, era la ocasión para que la hubiera negado, cuando los judíos se la echaban en cara como un oprobio. Mas, por el contrario, tan grande solicitud muestra por Ella, que estando en la cruz la encomendó al discípulo a quien más amaba y mostró gran cuidado de Ella. En cambio, en este pasaje no procede del mismo modo, con el objeto de hacerle a Ella un bien y también a los hermanos. Como lo creían puro hombre y se dejaban llevar del anhelo de la gloria vana, echa fuera esa enfermedad, no para oprobio de ellos, sino para enmienda. Mas tú, por tu parte, no consideres únicamente aquellas palabras que contienen una moderada reprensión, sino además la importunidad y atrevimiento de sus hermanos y quién es el que los reprende. Porque no es puro hombre, sino el Unigénito Hijo de Dios.

Y la razón de reprenderlos: pues no quería poner duda sobre Ella, sino librarla de una enfermedad tiránica y llevarla poco a poco a la conveniente opinión de lo que El era y convencerla de que no era solamente hijo suyo, sino también su Señor. Y verás haber sido la reprensión en modo extremo conveniente a quien El es, y útil para su madre; y a la vez sumamente llena de mansedumbre. Porque no respondió: ¡anda y di a esa madre que no es ella mi madre! Sino que dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre? Y logró así, además de lo ya dicho, otra cosa. ¿Cuál? Que nadie, ni aun ellos, fiándose en el parentesco, descuidara la virtud. Porque si a ella en nada le ayudaba ser su madre si no estaba muy firme en la virtud, apenas y ni apenas algún otro motivo de parentesco alcanzaría la salvación. Porque la única nobleza consiste en hacer la voluntad de Dios. Este modo de nobleza es más excelente y mejor que el otro basado en la naturaleza.

Sabiendo esto, no nos envanezcamos por los hijos esclarecidos en la virtud, si no estamos dotados de una virtud como la de ellos; ni tampoco por nuestros buenos y nobles padres si no nos les asemejamos. Y aun pudiera suceder que quien nos engendró no fuera nuestro padre, y quien no nos engendró sí sea nuestro padre. Por eso en otro pasaje, como una mujer clamara: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste, 74 Cristo no le respondió: ningún seno me llevó, ningunos pechos mamé, sino: Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan. ¿Observas cómo no niega en forma alguna el natural parentesco, sino que le anade la afinidad que proviene de la virtud? También el Precursor, cuando dice: Raza de víboras, no os gloriéis diciendo: Tenemos a Abraham por padre, 75 no quiso decir que ellos no fueran nacidos de Abraham según la naturaleza, sino que de nada les aprovechaba ser nacidos de Abraham si no tenían otro parentesco por medio de las mismas costumbres. Esto mismo declara Cristo con estas palabras: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. 76 No les niega el parentesco carnal, sino que afirma que hay otro mayor y más verdadero que ése, y que es el que se debe buscar. Lo mismo hace aquí, pero con mayor moderación y suavidad por tratarse de su madre. Porque no dijo: No es mi madre, ni ésos no son mis hermanos, ya que no hacen mi voluntad. Ni sentenció ni condenó, sino que lo dejó al arbitrio de ellos si quisieran serlo, expresándose con la mansedumbre a El conveniente. Pues dice: Quien hace la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre. De manera que si lo quieren ser, que echen por este camino. Y cuando exclamó la mujer y le dijo: Bienaventurado el seno que te llevó, no contestó Cristo: no es mi madre; sino que dijo: Si quiere ser bienaventurada que haga la voluntad de mi Padre. Pues quien así procede, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

!Ah, ah! ¡cuán grande honor! ¡ah, cuán grande es la virtud! ¡a qué cumbres levanta a quienes la practican! ¡Cuántas mujeres han llamado bienaventurada a la santísima Virgen y a su vientre, y anhelaron ser así madres y rechazar de sí todas las cosas! Pero ¿qué obsta para ello? Ancho camino nos abre la virtud y pueden no sólo las mujeres sino también los varones levantarse a semejante afinidad y aun a una superior con mucho. Porque ésta constituye en una verdadera maternidad más que el parto. De manera que si ser madre es una cosa feliz, mucho más y más verdaderamente lo es eso otro, puesto que es más deseable. En consecuencia, no solamente lo desees, sino emprende con gran empeno la senda que té ha de conducir a lo que anhelas.

?Has observado cómo primero los reprendió y luego accedió a sus deseos? Es lo mismo que hizo en las bodas de Caná. Porque también entonces a la que inoportunamente le rogaba la reprendió, y sin embargo no le negó lo que le pedía, tanto para curar su debilidad como para manifestar su benevolencia para con su madre. Así aquí, sanó la enfermedad de la vanagloria y juntamente rindió a su madre él honor debido, aún cuando ella le pidiera algo fuera de oportunidad 77 En aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Como si dijera: pues queréis ver y oír, salgo ya para hablaros. Y pues ya había hecho muchos milagros, ahora aprovecha a los oyentes mediante la doctrina. Sentado a la orilla del mar, se puso a ensenar y a pescar hombres terrenales. No sin motivo se sienta a la orilla del mar, y así lo dejó entender el evangelista. Escogió esta posición para significar que quería reunir un auditorio con todo cuidado: es decir, de manera de tenerlos a todos vueltos hacia El a su frente y ninguno a sus espaldas. Y se le acercaron grandes muchedumbres. Entonces El, subiendo a una barca, se sentó, quedando las muchedumbres sobre la playa, y El les dijo muchas cosas en parábolas.

No procedió del mismo modo allá en el monte, ni les habló con tal cantidad de parábolas; porque allá estaban solamente las turbas y la plebe, pero acá estaban también los escribas y fariseos. Por otra parte, atiende a cuál sea la primera parábola que propone, y cómo Mateo las pone por orden. ¿Cuál de ellas expone la primera? La que convenía exponer primero para captar la atención de los oyentes. Puesto que iba a predicar en forma enigmática, tenía que poner alerta desde luego el ánimo de los oyentes mediante esta parábola. Por esto dice otro evangelista que los reprendió porque no entendían y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? 78 Pero no es el único motivo de hablarles en parábolas, sino también para dar mayor énfasis al discurso y mejor imprimirlo en la memoria y poner las cosas como quien dice ante la vista. Así lo hacían los profetas.

?Cuál es en fin la parábola? Salió un sembrador a sembrar. ¿De dónde salió el que en todas partes está presente y todo lo llena? ¿cómo salió? No por un movimiento local, sino que mediante su figura y por la providencia con que cuida de nuestros intereses, se nos acercó con la vestidura de la carne. Ya que nosotros no podíamos entrar a El porque nuestros pecados nos cerraban la entrada, El sale a nosotros. Mas ¿por qué motivo salió? ¿Acaso para destruir la tierra cubierta de espinas? ¿O para matar a los agricultores? De ningún modo, sino para cultivar la tierra y curarla y para sembrar en ella la semilla de la piedad.

Llama aquí semilla a la doctrina y campo a las almas de los hombres y a Sí mismo, sembrador. Y ¿qué es lo que sucede con la simiente? Que tres partes perecen y sólo una se conserva. Pues dice: Y al sembrar, una parte cayó junto al camino y vinieron las aves y la comieron. Advierte que no dice haberla El lanzado, sino que ella cayó. Y otra parte cayó en un pedregal, en donde no había mucha tierra, y luego, brotó, porque la tierra era poco profunda; pero levantándose el sol, la agostó; y como no tenía raíces, se secó. Otra cayó entre espinas, las cuales crecieron y la ahogaron. Otra cayó sobre tierra buena y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos que oiga. De manera que la cuarta parte se conservó. Pero ésta también dio fruto desigualmente, pues hubo gran diferencia. Significa que El habla a todos con abundancia. Pues así como el que siembra no hace distinciones del campo, sino que sencillamente y sin discriminaciones esparce la simiente, del mismo modo El no hace diferencias del rico y el pobre, del sabio y el ignorante, del desidioso y el activo, del fervoroso y el tímido, sino que a todos habla y para todos habla, cumpliendo con lo que le toca, aun conociendo de antemano lo que sucedería, hasta poder decir: ¿Qué más podía yo hacer que no lo hiciera? 79 Los profetas hablan del pueblo como de una vina. Pues dice Isaías: Tenía mi amado una vina. Y también: Tú arrancaste de Egipto una vid. 80 Cristo en cambio habla como de una simiente. ¿Qué significa esto? Que ahora la obediencia será pronta y más fácil y rápidamente producir a fruto. Y cuando oyes: Salió el sembrador a sembrar, no pienses que hay una repetición inútil; porque muchas veces sale el sembrador para otros menesteres, como para abrir surcos en un campo nuevo o para arrancar y cortar las malas hierbas o quitar las espinas, u otras cosas a éstas semejantes. Pero él salió solamente a sembrar.

Yo pregunto: ¿por qué causa pereció la mayor parte de la simiente? No fue por causa del sembrador, sino de la clase de tierra que recibió la semilla, o sea del alma que no quiso oír. Mas ¿por qué motivo no dijo que unos por pereza recibieron parte de la semilla y la dejaron perecer; y otros por ricos la sofocaron; y otros muelles, la traicionaron? Porque no quería acosarlos con mayor vehemencia ni precipitarlos en la desesperación. Por tal motivo eso lo deja á la conciencia de los oyentes. Ni sucedió esto únicamente con la semilla, sino también con la red. Recogió ésta muchos peces inútiles. Pero El echó mano de esta parábola para ejercitar a sus discípulos y ensenarles que si entre los que recibieran la predicación había muchos que la dejaran perecer, no por eso ellos perdieran el ánimo, ya que lo mismo le sucedió al Señor. Y El, aun sabiendo lo que iba a suceder, no desistió de predicar.

Preguntarás: ¿qué objeto tenía eso de sembrar entre las espinas, sobre las piedras, en el camino? Ciertamente si se tratara de simientes y de tierra, no había objeto. Pero tratándose de las almas y de la doctrina, es cosa muy de alabar. A un labrador si tal hiciera se le recriminaría, puesto que no puede una piedra convertirse en tierra, ni el camino dejar de ser camino, ni pueden las espinas dejar de ser espinas. Pero en los seres racionales no sucede lo mismo. Porque puede la piedra convertirse en tierra fértil, y el camino puede dejar de ser trillado por los hombres y hacerse campo feraz. Y las espinas pueden arrancarse de manera que la simiente, libre de ellas, fructifique. Si todo esto fuera imposible, Cristo no habría sembrado.

Ahora bien, que no en todos se haya verificado ese cambio, no ha sucedido por culpa del sembrador, sino de los que no han querido convertirse. El por su parte hizo todo lo que le tocaba. Si ellos dejaron perecer la simiente que del sembrador recibieron, sin culpa permanece el sembrador que tan gran benevolencia les manifestó por su parte. En cuanto a ti, quiero que consideres cómo no es único el camino para la ruina espiritual, sino que hay varias sendas y muy diversas y separadas unas de otras. Porque los hay que se asemejan al camino, como los desidiosos y negligentes y desocupados; otros más bien se parecen a las piedras, aunque son más débiles.

Dice, pues: Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra y desde luego la recibe con alegría, pero no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble; y cuando se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza. A quien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el Maligno y le arrebata lo que se había sembrado en su corazón; esto es lo sembrado junto al camino. No es lo mismo que la simiente de la palabra se seque sin nadie que la moleste o la maltrate, y que esto suceda cuando prive la tentación. Pero los que se parecen a las espinas son menos dignos de perdón que ésos.

Pues bien, para que nada de eso suframos, cubramos la simiente con la magnanimidad y continuo recuerdo. Pues aun cuando el demonio sea raptor, en nuestra mano está que no nos arrebate la simiente. Ni es efecto del calor el que la simiente se seque. No dice Cristo que ella se haya secado a causa del estío, sino porque no tenía raíz. Ni tampoco la otra fue sofocada por culpa de las espinas, sino de los que las dejaron crecer. Puesto que si quieres, en tu mano está descartar ese mal germen y usar de las riquezas como conviene. Por eso no dijo el siglo sino la solicitud del siglo; ni dijo las riquezas sino la seducción de las riquezas, No culpemos pues a las cosas sino a la voluntad corrompida.

Se puede ser rico y no dejarse enganar; vivir en el siglo y no dejarse sofocar por sus seducciones. Porque hay en las riquezas dos vicios opuestos: la seducción que atormenta y ofusca y las delicias que tornan muelle. Y con toda propiedad dijo: la seducción de las riquezas; pues todo en las riquezas es falacia y seducción. Es cuestión de nombres que no se apoyan en ninguna realidad. Placer, gloria, anhelo de la belleza y todo lo a eso semejante, no son sino apariencias y fantasmas, no realidades de cosas. Y una vez que indicó los varios modos de ruina, finalmente puso la tierra buena, no permitiendo desesperar, sino dando esperanzas de penitencia y demostrando que es posible el cambio de las otras clases de terreno a éste. Pero si la tierra es buena y uno mismo e igual el agricultor, ¿por qué una produjo el ciento por uno, otra el sesenta y otra el treinta? También aquí entra la calidad del terreno, pues en donde el terreno es bueno todavía hay diferencia de calidades.

?Observas cómo no tiene la culpa el agricultor ni la simiente, sino la tierra que recibe la semilla? ¿Observas cómo la diferencia se aprecia según la diversa posición de las voluntades y no de la naturaleza? En todo esto se ve la mucha benignidad de Dios, pues no exige una medida única en la virtud: a los de la primera clase los acoge gustoso; a los de la segunda, no los rechaza; a los de la tercera, les da oportunidad. Y dice El esto para que quienes lo siguen no vayan a pensar que para su salvación les basta con haber oído la doctrina.

Preguntarás ¿por qué no enumera los otros vicios, por ejemplo la concupiscencia de la carne, la vanagloria? Porque con decir los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ya lo dijo todo. La vanagloria y los demás vicios son cuidados del siglo y pueden reducirse a la seducción de las riquezas: por ejemplo, el deleite, la gula, la envidia, la gloria vana y todos los otros semejantes. Anadió lo del camino y la piedra, para significar que no basta con que nos libremos del amor del dinero, sino que es necesario ejercitar las demás virtudes. Porque ¿de qué te aprovecha no estar sujeto a las riquezas pero ser perezoso y muelle? ¿De qué, si no eres perezoso, pero eres tardo para escuchar la doctrina? No basta con una sola de esas virtudes para la salvación, sino que se necesita en primer lugar la presteza para oír la palabra de Dios; en segundo lugar, recordarla constantemente; luego la fortaleza de ánimo; y finalmente el desprecio de las riquezas y de todas las cosas de este siglo. Por tal motivo Cristo pone en primer lugar el empeno en oír y luego lo demás, porque ese empeno es lo primero que se necesita. Pues dice Pablo: ¿cómo creerán si no oyen? 81 De modo que tampoco nosotros podremos saber lo que hemos de practicar si no ponemos atención. Después pone la fortaleza de ánimo y el desprecio de las cosas presentes.

Oyendo, pues, estas cosas, armémonos por todos los costados, atendiendo a lo que se nos dice y echando firmes raíces y quedando expeditos de todo lo secular. Si practicamos unas cosas y descuidamos otras, de nada nos aprovechará y pereceremos, ya de un modo ya de otro. Pero ¿qué importa, si nos hundimos, que sea a causa de las riquezas o a causa de la desidia o de la molicie? El agricultor igualmente llora si la simiente le echa a perder de un modo o de otro. No quieras, pues, consolarte porque no te pierdes de todos los modos posibles, sino llora, sea cual fuere el modo como perezcas. Pongamos fuego a las espinas que sofocan la palabra de Dios. Bien lo saben los ricos que ni para esto ni para otra cosa alguna son útiles. Los siervos y los esclavos de los placeres, no son útiles ni aun para los negocios civiles; y si para éstos no, mucho menos para los celestiales. Su pensamiento se halla acosado por una doble peste: la de los deleites y la de los cuidados; y cualquiera de ellas puede hacer naufragar la barquilla. Pero cuando ambas se juntan, ya puedes imaginarte cuán deshecha será la tempestad.

Ni te espantes de que a los deleites los llame espinas. Tú, por estar embriagado con semejante vicio, lo ignoras; pero los que están sanos saben bien que tales deleites punzan más duramente que las espinas. Los placeres derrotan al alma más que las solicitudes y engendran más recios dolores de cuerpo y de alma. Nadie recibe tan graves heridas de los cuidados como de la hartura. Cuando alguno se halla atormentado con insomnios, enfermo de la cabeza y las sienes, y destrozado, con dolores en sus entranas, piensa tú que esto es más grave que muchas espinas. Pues así como las espinas, como quiera que se las toque, ensangrientan las manos, así los placeres echan a perder los pies, las manos, la cabeza, los ojos y todos los miembros; mientras que esos mismos placeres, al modo de las espinas, son áridos e infructuosos y danan en lo que más importa, más que aquéllas. Porque en la vejez prematura, embotan los sentidos, llenan de oscuridad los pensamientos, ciegan la mente dotada de aguda penetración, debilitan el cuerpo, amontonan mayor cantidad de estiércol, acumulan enfermedades y agravan y hacen más pesada la carga: de ahí se siguen fuentes de desgracias, ruinas y cantidad de naufragios.

Te pregunto: ¿Para qué engordas el cuerpo? ¿Eres acaso una víctima que vayamos a inmolar? ¿Te vamos a poner como manjar a la mesa? Con razón engordas tú las aves. Pero ni aun las aves engordas razonablemente, pues cuando ya redundan en grasa resultan inútiles para que quien está sano las coma. Tan grave mal es el demasiado placer en la comida, que aun para los brutos resulta pernicioso. Con su nimia gordura los tornamos inútiles para sí y para nosotros mismos. De semejante grosura provienen las excesivas indigestiones y la húmeda podredumbre. En cambio, los animales que no son así alimentados, sino que en cierto modo ayunan y trabajan, resultan certísimamente muy útiles para otros, así para alimento como para otros variados menesteres. Los que los comen, gozan de más segura salud. Pero los que comen de los otros más gordos, se hacen como ellos y se tornan más pesados, débiles y como ligados con fuertes ataduras. Porque no hay nada más dañoso para el, cuerpo que los deleites de la comida: nada lo acaba y lo destroza corno la glotonería.

Por tales motivos se admirará sin duda cualquiera de la necedad de tales hombres, pues no se cuidan ni siquiera cuanto otros cuidan de los odres. Los vendedores de vinos no quieren llenar los odres más de lo conveniente para que no se rompan; éstos, en cambio, no juzgan a su propio vientre digno ni siquiera de semejante cuidado; sino que, una vez que lo han repletado y roto, todavía se hinchen de vino hasta las orejas, las narices y las fauces; y se procuran una doble angustia: para el espíritu y para la natural ley que a todo animal gobierna. ¿Se te dio acaso la garganta para que la repletes de vino hasta la boca, lo mismo que de otras materias corrompidas? ¡No, oh hombre! No se te ha dado para eso, sino sobre todo para que cantes a Dios y recites las preces sagradas, leas las ordenaciones divinas al prójimo consejos que le aprovechen. Pero tú, como si para sólo aquello se te hubiera dado, no le permites servir ni aun en una mínima parte al divino ministerio, sino que toda tu vida la consagras a tan pésima servidumbre.

Es como si alguno, habiendo tomado una cítara con cuerdas de oro ajustada y bellamente afinada, no la pulsara para obtener una bella modulación, sino que la repletara de estiércol y de lodo: así proceden los que a la gula se entregan. Y llamo estiércol no al alimento, sino al pacer y a tan exagerada intemperancia. Porque lo que no es de necesidad ya no es alimento, sino únicamente es peste. El vientre no se nos ha dado sino para recibir el alimento; mientras que la boca y la lengua se nos han dado tanto para el alimento como para otras cosas más necesarias que el alimento. Y mucho menos se nos dio el vientre para recibir de cualquier modo los alimentos, sino solamente en forma medida y moderada. El mismo estómago lo demuestra cuando de mil maneras grita, si con esa exagerada abundancia de alimentos lo danamos. Ni sólo clama, sino que se venga de ello, como de una injuria, e impone severísimos castigos. Comienza por azotar los pies con la podagra, los pies que son los que nos llevan a tan pésimos convites. Luego, ata las manos que tantas cosas y en tan gran cantidad suministran. A muchos les ha torcido la boca y han soportado dolores de ojos y de cabeza. Y a la manera de un esclavo al que se le ordena llevar a cabo algo que está sobre sus fuerzas, algunas veces ya irritado y feroz, maldice al que lo manda, así el vientre, cuando se le ha hecho violencia, juntamente con danar a otros miembros, al cerebro mismo lo destruye y acaba. Dios bellísimamente proveyó que de ese usó inmoderado se siga un daño tan grave que, si no quisieres de buen grado ejercitar la virtud, a la fuerza y a lo menos por el miedo de tan perniciosas Consecuencias, aprendas a proceder con moderación.

Sabiendo estas cosas, huyamos de los deleites en la comida y empenémonos, en la moderación, para que gocemos de la salud corporal y nos veamos libres de cualquier enfermedad del alma; y así consigamos los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLV (XLVI)

Acercándosele los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Y El respondió diciendo: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ésos, no (Mt 13, 10-11).

CON RAZÓN debemos admirar a los discípulos que, ansiosos de saber, saben además cuál sea la oportunidad para preguntar. Porque no lo hacen estando presentes las turbas, como lo significa Mateo al decir: Acercándosele. Y no es simple conjetura mía, pues Marcos más claramente lo indicó al decir que ellos se le acercaron aparte. Así hubiera convenido que lo hicieran su madre y sus hermanos, y no llamarlo afuera y ponerse ellos así en evidencia. Advierte, además, su gran caridad para con los otros y cuán grande cuidado tienen de ellos y cómo, antes que nada, buscan lo que a los otros importa y después lo que a ellos. Le dicen: ¿Por qué les hablas en parábolas? Y no: ¿Por qué a nosotros nos hablas en parábolas? Y en muchas otras ocasiones aparecen con esa buena disposición para con los demás. Como cuando dicen: Despacha las turbas; 82 y también: ¿Sabes que se han escandalizado? 83?Qué les responde Cristo? A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ésos no.

Esto dijo no para significar ni necesidad alguna ni algún sorteo hecho al acaso y a la ligera, sino refiriéndose a que ellos mismos son causa de sus males; y para declarar que eso es gracia y don dado de lo alto. Y no porque sea un don suprime el libre albedrío, como se ve por lo que sigue. Observa cómo, para que en oyendo que es un don ni aquéllos desesperen ni éstos procedan con negligencia, declara que el comenzar está en nosotros. Pues dice: Porque al que tiene se le dará más y abundará; y al que no tiene, aun aquello que parece tener le será quitado. Lleno está de mucha oscuridad lo que aquí se dice, y demuestra una justicia inefable. Significa lo siguiente: A1 que está lleno de deseos y empenoso, Dios le dará todas las cosas; pero al que está vacío de esos sentimientos y no hace ni lo que está de su parte, tampoco se le dará lo que está de parte de Dios. Pues parte, lo que parece tener le será quitado, no porque Dios se lo quite, sino porque él no pone lo que está de su parte. Así procedemos aun nosotros: cuando vemos que alguno oye con pereza lo que se explica y que tras de muchas admoniciones no presta atención, guardamos silencio. Al fin y al cabo si continuamos amonestándolo se le aumenta la pereza. En cambió al ansioso de aprender lo atraemos y largamente le hablamos. 84 Bellamente dijo: Aun lo que parece tener. Pues ni siquiera eso tiene. Luego aclara esto explicando qué significa: Al que tiene se le dará, con estas palabras: Pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado. 85 Por tal motivo, dice, ley hablo en parábolas, porque viendo no ven. Dirás que lo propio si no ven, es que se les abran los ojos. Ciertamente si la ceguera les viniera de nacimiento convenía, que se les abrieran los ojos, pero siendo voluntaria, no dijo Cristo: no ven, sino: viendo no ven. De modo que su ceguedad nace de su perversidad propia. Habían visto los demonios expulsados, y decían: Por medio del príncipe de los demonios expulsa a los demonios. Lo habían oído cómo los llevaba a Dios y cómo manifestaba una absoluta concordia con Dios, y dijeron: Este no viene de Dios. Demostrando, pues, ellos y afirmando lo contrario de lo que veían y oían, dijo Cristo: yo les quito la vista y el oído, ya que con ellos no logran otra cosa que una mayor condenación. Porque no sólo no creían, sino que lo increpaban, lo acusaban, le ponían asechanzas.

Sin embargo, esto no se lo dice porque no quiere serles gravoso con su acusación. Al principio no discutía con ellos del mismo modo, sino con gran claridad; pero como ellos avanzaran en su perversidad, ahora les habla en parábolas. Luego, para que no creyeran que los calumniaba, ni fueran a decir: nos recrimina porque es nuestro enemigo, aduce al profeta que ya había dicho lo mismo. Se cumple en ellos la profecía de Isaías que dice: Ciertamente oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis. 86?Observas con cuánta exactitud el profeta los acusa? Porque no dice: no veis, sino: Veréis y no veréis. Ni dice: no oiréis, sino: oiréis y no entenderéis. De manera que ellos se excluyeron a sí mismos, cerrando los oídos, cerrando los ojos, endureciendo sus corazones. Y no sólo no oían, sino que oían con pesadumbre. Y esto lo hacían, dice, para que no se conviertan y los sane. Con lo que daba entender la profunda perversidad de ellos y la aversión cuidadosamente cultivada.

Dice todo esto con el objeto de atraerlos e incitarlos y demostrarles que si se convierten El los sanará. Como si alguno dijera: No me ha querido ver y me alegro, pues si se hubiera dignado verme, al punto me habría doblegado. Habla así para indicar que se habría reconciliado. Pues del mismo modo en este pasaje, dice: No sea que se conviertan y los sane 87. Declara de este modo que ellos pueden convertirse y por medio de la penitencia alcanzar su salvación; y que El, por su parte, todo lo hace no buscando su gloria, sino la salud de ellos. Si no los hubiera querido oír y salvar, lo propio era callar y no hablarles ni una palabra. Ahora, en cambio, hablándoles en forma enigmática los incita. Porque Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y vivas Y acerca de que el pecado no provenga de la naturaleza misma ni de una necesidad, oye lo que dice a los apóstoles: Bienaventurados son vuestros ojos que ven y vuestros oídos que oyen. No habla de la vista y del oído corporales, sino de la vista y el oído de la mente. Porque estos oyentes eran judíos, educados del mismo modo; y sin embargo en nada los danó la profecía, porque tenían bien arraigada la raíz del bien obrar; es a saber, el propósito de la voluntad. ¿Adviertes cómo eso de: A vosotros se os ha dado no lleva consigo necesidad alguna? Porque no se les habría proclamado bienaventurados si esa buena obra no les perteneciera y naciera de ellos. Así que no me arguyas diciendo que les habló oscuramente. Al fin y al cabo, podían también ellos acercarse y preguntar, como lo hicieron les apóstoles; sino que llenos de pereza y desidia, no quisieron. Mas ¿qué digo no quisieron? Incluso recalcitraron. Pues no solamente no le creían ni le daban oídos, sino que lo impugnaban y lo escuchaban grandemente molestos, como lo predijo el profeta acusándolos, cuando les advirtió: Lo oyeron pesadamente.

No fueron así los discípulos y por esto los llama bienaventurados. Además, por otro camino los confirma diciendo: En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron: es decir, mi advenimiento, mis milagros, mi voz, mis ensenanzas. Con semejantes palabras los antepone no solamente a aquellos hombres perdidos y malvados, sino también a los esclarecidos antiguos, puesto que los llama más bienaventurados. ¿Por qué? No sólo porque están viendo lo que los judíos no ven, sino porque ven lo que aquéllos antiguos anhelaban ver. Estos tan sólo lo vieron por fe, mientras que los discípulos lo ven con sus propios ojos, y con mucha mayor claridad.

?Observas cómo de nuevo enlaza la Antigua Ley con la Nueva, al declarar que aquéllos no sólo vieron lo futuro, sino que además vehementemente lo anhelaron? Si hubieran sido adoradores de un Dios extrano y contrario al del Nuevo Testamento, no habrían deseado ver a Cristo. Dice pues: Vosotros a quienes se ha concedido esto, oída la parábola del sembrador. Y luego les explica lo que ya dijimos antes acerca de la pereza y la diligencia, del temor y la fortaleza, de la riqueza y la pobreza; demostrando por una parte la utilidad que de unas se sigue, y por otra los daños que de las otras provienen.

Pasa luego a explicar los varios modos de ejercitar la virtud. Siendo como es misericordioso, no se contentó con abrirnos un solo camino, ni dijo: Quien no lleve el fruto del ciento por uno ha perecido; sino: Quien lleve el sesenta y aun el treinta por uno, se salvará. Y lo dispuso así a fin de que fuera más fácil el camino de la salvación. ¿No puedes tú guardar virginidad? Cásate castamente. ¿No puedes vivir sin posesiones? Haz limosna de tus bienes. ¿No puedes con esa carga? Divide tus bienes con Cristo. ¿No quieres darle todo? Dale la mitad, dale la tercera parte. Es tu hermano, es tu coheredero: hazlo ya desde acá coheredero. Cuanto a él le des, a ti mismo te lo das.

?No oyes lo que dice el profeta: A tus consanguíneos no los desprecies? 88 Pues si no conviene desechar a los parientes, mucho menos al Señor que juntamente con el dominio tiene el derecho de parentesco contigo y muchos otros motivos más. El te ha hecho partícipe de sus bienes sin haber recibido nada de ti; y con este inefable beneficio se adelantó a incitarte. Pues ¿cómo no será el extremo de la locura que no te muestres benigno con él, tras de don tan grande, y le des alguna cosa en compensación, siquiera una cosa mínima por dones tan eximios? Te hizo heredero del cielo ¿y tú no le das ni siquiera un algo de los bienes terrenos? El a ti, que ningún bien le habías hecho, sino que eras su enemigo, te reconcilió consigo ¿y tú ni a tu bienhechor y amigo le darás algo, a pesar de que tienes que agradecerle de antemano el reino y todas las otras cosas que de El has recibido y ahora le das? Los esclavos que han sido hechos libertos, cuando invitan al banquete a sus patronos, no juzgan con esto hacerles un favor, sino que ellos lo reciben, pero tú procedes al contrario. Porque no el siervo al Señor, sino el Señor al siervo se adelantó a invitarlo a la mesa, mientras que tú ni aun después de haber sido invitado lo llamas al banquete. El primero te introdujo a su casa; pero tú ¿ni aun en esto lo imitas? El te vistió cuando estabas desnudo ¿y tú a El no lo hospedas ni aun viéndolo peregrino? El el primero te brindó de su cáliz ¿y tú no le ofreces ni siquiera agua fresca? Te dio a beber del Espíritu Santo ¿y tú no apagas ni siquiera su sed corporal? Te dio la bebida del Espíritu Santo a ti que eras digno de tormentos ¿y tú a El sediento lo desprecias aun siendo así que le habías de dar todo lo tuyo, tornándole sus propios dones? ¿Acaso no estimas en mucho el tener en tu mano aquella copa de la que va a beber Cristo y llevarla a sus labios? ¿No caes en la cuenta de que a sólo el sacerdote pertenece entregar a los fieles el cáliz de la sangre divina? Responderás: Yo no desprecio así tan abiertamente tales cosas; y si tú me las das, las recibo. Por mi parte, aunque seas laico, no lo rehúso, ni te pido de vuelta lo que te he dado. No busco ahora tu sangre, sino un poco de agua fresca. Piensa, pues, a quién das de beber y que te tome escalofrío. Piensa en que te haces sacerdote de Cristo, cuando con tu propia mano le das no tu carne, no tu sangre, no un pan, sino un vaso de agua fresca.

El te viste con vestiduras de soldado y lo hace personalmente; pues vístelo tú a lo menos en sus siervos. Te hace glorioso en los cielos, líbralo tú acá del frío y de la vergonzosa desnudez. Te hace conciudadaño de los ángeles: recíbelo tú bajo tu techo, recíbelo en tu casa siquiera como a uno de tus criados. No rehusé, dice El, semejante mesón, aun cuando Yo te he abierto toda la morada de los cielos. Te libré Yo de estrechísima cárcel. No espero lo mismo de ti ni te digo que me saques de la cárcel: no te exijo eso, sino solamente te digo que a mí, enfermo, me visites.

Siendo, pues, tan grandes los dones y tan poquísimo lo que se nos pide y que sin embargo no lo damos ¿de qué infierno, por grande que sea, no seremos dignos? Justamente vamos al fuego preparado para el diablo y sus ángeles, pues no tenemos sensibilidad mayor que la de una roca. Te pregunto: ¿de cuán grande necedad no es propio que nosotros, tras de haber recibido tan grandes bienes y tan grandes recibiremos luego, estemos hechos siervos de las riquezas que poco después tendremos que abandonar aun contra nuestra voluntad? Hubo quienes dieran por el reino de los cielos y por tan excelsas coronas su vida misma y derramaran su sangre ¿y tú, en cambio, ni siquiera das de lo superfluo que tienes? Entonces, ¿de qué perdón, de qué excusa serás digno cuando de buena gana arrojas en la tierra la simiente, ni perdonas medio alguno para colocar a rédito tus dineros y en cambio cuando se trata de alimentar al Señor en sus pobres te muestras duro e inhumano? Pensando todo esto y considerando en nuestro ánimo lo que hemos recibido y lo que habremos de recibir y lo que esperamos, dediquemos todo nuestro empeno a las cosas espirituales. Volvámonos mansos y humanos, para no atraernos un intolerable suplicio. ¿Qué motivo de castigo nos falta cuando gozamos de tantas y tan grandes cosas y no se nos pide nada extraordinario sino únicamente aquello que luego dejaremos aquí aun contra nuestra voluntad, y sin embargo tanto empeno ponemos en los negocios seculares? Cada cosa de ésas es suficiente para que se nos condene. Pero si se juntan todas ¿qué esperanza de salvación nos queda? Así pues, para escapar de semejante condenación, mostremos para con los necesitados a lo menos algo de liberalidad. Gozaremos así de los bienes presentes y también de los futuros. Ojalá nos acontezca a todos alcanzar éstos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLVI (XLVII)

Les propuso otra parábola diciendo: Es semejante el reino de los cielos a uno que sembró en su campo semilla buena. Pero mientras su gente dormía, vino el enemigo y sembró cizana entre el trigo y se fue. Cuando creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizana. Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor ¿no has sembrado semilla buena en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizana? Y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Y él les dijo: No, no sea que, al querer arrancar la cizana, arranquéis con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan hasta la siega (Mt 13, 24-30).

?Qué diferencia hay entre esta parábola y la anterior? Que en la anterior habla de los que no atendieron, sino que rechazaron la simiente; mientras que en ésta se trata de los grupos de herejes. Antepuso aquélla para no perturbar a los discípulos, una vez que les hubo explicado por qué a los otros hablaba en parábolas. En la anterior decía que no se le recibía; en esta otra dice que hay corruptores recibidos juntamente con los discípulos. Porque es astucia propia del demonio mezclar siempre con la verdad el error coloreado con apariencias de verdad, de manera de poder por este medio enganar fácilmente a los sencillos. Por tal motivo, no nombró otra clase de simientes, sino sólo la cizana, que es una semilla semejante al trigo.

Luego indica el modo de las asechanzas, diciendo: Mientras su gente dormía. Un precipicio y peligro no pequeno se propone aquí a los prelados, a quienes especialmente se ha encomendado el cuidado del campo; pero no sólo a ellos, sino también a los súbditos. Y se declara cómo el error vino en pos de la verdad, cosas que los sucesos han confirmado. Porque en pos de los profetas llegan los seudoprofetas; en pos de los apóstoles, los seudoapóstoles; en pos de Cristo, el Anticristo. Pues si el diablo no ve algo que imitar o algunos a quienes armar asechanzas, ni las pone ni sabe nada. En el caso, como ve que una simiente produjo el ciento por uno, otra el sesenta, otra el treinta, echa él por otro camino.

No pudiendo arrancar lo que ya ha arraigado, ni sofocarlo, ni quemarlo, se vale de otra astucia, y siembra en otros su propia simiente. Preguntarás en qué se diferencian estos hombres que se duermen de aquellos que fueron significados por el camino? En que en éstos la simiente fue arrebatada al punto, pues el diablo ni siquiera la dejó echar raíces, mientras que en los otros tuvo necesidad de un mayor artificio. Esto dijo Cristo para ensenarnos que es necesario vigilar sin interrupción. Como si dijera: aun cuando huyas de aquel daño, todavía queda otro. Como allá el daño vino por la senda, las piedras, las espinas, así acá llega por el sueno. De modo que se hace necesaria una vigilancia continua. Por esto decía: Quien perseverare hasta el fin, ése será salvo. 89 Algo parecido sucedió allá a los comienzos. Porque muchos prelados, habiendo dejado entrar en la Iglesia a malvados herejes, dieron amplio lugar a semejantes asechanzas. Porque ningún trabajo le queda al demonio, una vez que ha introducido a semejantes hombres. Preguntarás un medio para evitar el sueno. En cuanto al sueno natural, es imposible evitarlo; pero no así el de la voluntad. Por lo cual decía Pablo: Velad y estad firmes en la fe. 90 Y demuestra que semejante obra del demonio es no sólo mala y dañosa, sino además superflua; puesto que cuando ya el campo está cultivado y ningún otro trabajo necesita, entonces viene el diablo a sembrar. Es lo que hacen los herejes, porque infiltran su veneno únicamente por vanagloria. Y describe Cristo toda la escena exactamente no sólo con estas palabras, sino también con las que siguen. Pues dice: Una vez que creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizana: que es lo que hacen los herejes. Al principio se ocultan; pero una vez que adquieren mayor confianza y facilidad para hablar, entonces derraman su veneno.

Mas ¿por qué causa mete Cristo en la escena a los hombres que cuentan lo sucedido? Para tener ocasión de decir que no se ha de matar a los herejes. Y al demonio lo llama Enemigo, a causa del daño que hace al hombre. Porque el daño es contra nosotros. El comienzo del daño no nació del odio a nosotros, sino del odio a Dios. De donde se sigue que más nos ama Dios a nosotros que nosotros a nosotros mismos. Pero también por otro camino puede verse la astucia del demonio. Nada sembró anteriormente porque nada tenía que perder. Esperó hasta que todo estuvo terminado, con el objeto de echar a perder todo el empeno del agricultor; de manera que todo lo hacía por odio contra él.

Pero considera también la diligencia de los siervos. Quieren arrancar pronto la cizana, aunque en esto no proceden con suficiente prudencia. Se manifiesta la solicitud que tienen respecto de la simiente y se confirma que ellos sólo atienden a una cosa: no a que el hombre enemigo sea castigado, puesto que por el momento eso no apremia, sino a que no perezca la buena simiente. Piensan pues en ello, pero para que rápidamente se corte la enfermedad. Y no proceden enseguida a su empeno, porque no se arrogan semejante derecho, sino que esperan el parecer de su Señor y dicen: ¿Quieres? Y ¿qué les responde el dueno? Se lo prohíbe diciendo: No sea que arranquéis juntamente el trigo. Lo decía para prohibir las guerras y matanzas, porque no se debe dar muerte al hereje. De lo contrario, brotaría en el orbe una guerra irreconciliable.

Con dos razones mueve a los discípulos a que se abstengan de tal cosa: la primera para que no vayan a danar al trigo; la segunda, que al fin los herejes, enfermos de enfermedad incurable, serán castigados. De manera que si quieres castigarlos sin daño del trigo, espera el tiempo oportuno. ¿Qué otra cosa sino ésta quiere el dueno cuando clama: No sea que arranquéis juntamente el trigo? Si empunáis las armas para matar a los herejes, morirán juntamente muchos santos. Y aun es verosímil que muchos de esos herejes se conviertan en trigo. De manera que si los arrancáis antes hacéis daño al fruto futuro, destruyendo a quienes podrían cambiar y ser buenos.

No es, pues, que vede reprimir a los herejes, cerrarles la boca, quitarles la libertad de hablar, combatir sus reuniones, rechazar sus componendas: lo que veda es matarlos. Advierte, por otra parte, su mansedumbre, pues no solamente así sentencia v ordena, sino que anade la razón. Pero ¿qué sucederá si se deja la cizana hasta el fin? Entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizana y atadla en manojos para que sea quemada. Les trae a la memoria las palabras de Juan el Bautista, aquellas con que él mismo fue presentado como juez; y dice: mientras están juntos el trigo y la cizana, es necesario dejarla, pues puede suceder que se convierta en trigo. Pero cuando sin haberse aprovechado de nada, se aparten y sean separados, entonces les espera un inevitable castigo. Pues dice: Ordenaré a los cegadores: Recoged primero la cizana. ¿Por qué primero? Para que no se espanten ellos, no sea que el trigo se vaya con la cizana. Y atadla en gavillas para que sea quemada; pero al trigo congregadlo en el granero.

Otra parábola les propuso diciendo: Es semejante el reino de los cielos a un grano de mostaza. Pues había dicho que de la simiente las tres partes perecieron y sólo una se salvó y que a ésta que se salvó la amenazaban tan grandes y numerosos males, para que no fueran a decir: entonces ¿quiénes y cuántos serán los que permanezcan fieles? Les quita semejante temor, y les vuelve la confianza mediante la parábola del grano de mostaza, y les demuestra que la predicación penetrará por doquiera. Tal es el motivo de que traiga al medio la comparación con esa legumbre, que viene siendo tan oportuna en esta materia. Con ser, dice, la más pequena de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse árbol, de manera que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas. Quiso dar así un indicio de su grandeza, diciendo que de igual manera sucedería con la predicación. Los discípulos eran los más débiles de todos los hombres y los más pequenos; mas, por haber en ellos una virtud grande, la predicación se difundió por toda la tierra.

Enseguida de esa comparación, puso la del fermento, diciendo: Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta. Pues así como el fermento penetra la mucha harina, así vosotros convertiréis a todo el mundo. Observa la prudencia. Trae comparaciones de las cosas de la naturaleza para dar a entender que así como en éstas todo sucede por el orden natural, así sucederá en la predicación. Como si dijera a los apóstoles: No me vayáis a argüir diciendo: ¿qué podemos nosotros, doce hombres, metiéndonos entre tan inmensas multitudes? Porque eso mismo hará resplandecer mucho más vuestra virtud: que mezclados con semejante muchedumbre, no temáis ni huyáis. Así como el fermento no fermenta la masa hasta que se mezcla con la harina, y no cuando únicamente se le acerca, sino cuando se mezcla con ella, pues no dice Jesús simplemente puso, sino mezcló, así vosotros, mezclados y juntos con los que os impugnan, los venceréis. Y así como el fermento se mete en la masa, empero no se pierde, sino que lentamente comunica a toda la masa su fuerza y virtud, así sucederá con la predicación.

En consecuencia, no temáis por el hecho de haberos yo predicho inmensos trabajos, pues por ese camino brillaréis y superaréis. En cuanto a los tres modios o medidas, tienen aquí muy rico significado. Porque ese número de tres suele usarse para significar muchedumbre. Y no te extranes de que tratando del reino traiga a cuento el trigo y el fermento, pues hablaba a hombres imperitos e ignorantes, a quienes era necesario alentar en esta forma. Eran tan sencillos, que enseguida necesitaron una larga explicación. ¿Dónde están los gentiles? Vengan y conozcan la virtud de Cristo, con ver la verdad de los sucesos. Adórenlo por ambos motivos: por haber predicho cosa tan grande y por haberla realizado. Porque es El quien dio su fuerza al fermento. Para esto mezcló con las multitudes a los que ya creían en El: para que mutuamente nos comuniquemos nuestros conocimientos. Que nadie, en consecuencia, acuse su propia debilidad: mucha es la fuerza de la predicación; y lo que una vez ha sido fermentado, se convierte en fermento para los demás. Lo mismo que una chispita de fuego si cae sobre los lenos, al quemarlos los convierte en llama y por este medio inflama otros maderos: así sucede con la predicación.

Sin embargo, Cristo no dijo llama, sino fermento. ¿Por qué? Porque en la llama no todo brota de solo el fuego, sino que también algo nace de los lenos encendidos, mientras que acá todo lo hace por sí solo el fermento. Y si doce hombres fermentaron todo el orbe, piensa cuán grande sea nuestra perversidad, pues siendo en tan gran número no podemos, a pesar de eso, enmendar a los hombres que pecan, cuando deberíamos bastar para fermentar a mil mundos que hubiera. Objetarás: pero ellos eran apóstoles. Mas esto ¿qué vale? ¿Acaso no eran de tu misma condición? ¿no vivían en medio de las ciudades? ¿no tenían la misma suerte que los demás? ¿no ejercitaban los oficios? ¿eran acaso ángeles? ¿habían bajado del cielo? Alegarás que ellos hacían milagros. Pero no fueron los milagros los que los hicieron admirables. ¿Hasta cuándo abusaremos de sus milagros para encubrir nuestra pereza? ¡Atiende al coro de los santos que no hicieron semejantes milagros! Muchos de los que habían arrojado demonios, porque luego obraron la iniquidad no sólo no fueron admirables, sino que fueron condenados al eterno suplicio.

Preguntarás: entonces ¿qué fue lo que los hizo grandes? El desprecio de las riquezas, el desprecio de la vanagloria, el apartarse de los bienes del siglo. Si esto no hubieran tenido, sino que se hubieran dejado vencer por las enfermedades del alma, aun cuando hubieran resucitado a infinitos muertos, no sólo no habrían sido útiles para nada, sino que se les habría tenido por mentirosos y enganadores. De modo que su manera de vivir es la que por doquiera brilla y lo que les atrajo la gracia del Espíritu Santo. ¿Qué milagros obró el Bautista, que tantas ciudades se atrajo? Oye al evangelista que afirma no haber hecho milagro alguno: Juan no obró milagros. 91?Por qué fue admirable Elías? ¿Acaso no por la fortaleza con que amonestó al rey? ¿acaso no por el celo de la gloria de Dios? ¿acaso no por su pobreza, su manto de piel de camello, su cueva, sus montes? Los milagros fueron a consecuencia y después de esas cosas. ¿Qué milagros vio el demonio en Job para quedar estupefacto? Ningún milagro por cierto, sino una vida excelente y una paciencia más firme que cualquier diamante. ¿Qué milagro obró David, hijo de Jesé, varón según el corazón de Dios que dijo de él: He hallado a David, hijo de Jesé, varón según mi corazón? 92?Qué muertos resucitaron Abraham, Isaac, Jacob? ¿a qué leproso limpiaron? ¿Ignoras acaso que los milagros, si no estamos vigilantes, más bien danan que aprovechan? Por ese camino los corintios en gran número sufrieron disensiones; por ése, muchos de los romanos se ensoberbecieron; por ése Simón el Mago fue arrojado de la Iglesia. Y el joven que anhelaba seguir a Cristo fue desechado cuando oyó aquello de: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo, nidos. 93 Todos ellos porque buscaban o las riquezas o la gloria de hacer milagros cayeron y perecieron. En cambio, la auténtica santidad de vida y el amor a las virtudes, no engendran semejantes codicias, sino que, por el' contrario, si las hay las arrojan fuera. Cristo mismo, al dar sus leyes a los discípulos ¿qué les decía? ¿Acaso que hicieran milagros a fin de que los hombres los vean? ¡De ninguna manera! Sino ¿que?: Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. 94 Tampoco dijo a Pedro: Si me amas, haz milagros; sino: Apacienta mis ovejas 95 Lo antepone siempre a los otros, juntamente con Santiago y Juan. Pero, pregunto: ¿por qué lo antepone? ¿acaso por los milagros? Mas todos los discípulos curaban a los leprosos y resucitaban a los muertos, y a todos por igual les concedió semejante don y poder. Entonces ¿por qué se les anteponían aquellos tres? A causa de su virtud. ¿Observas cómo en todos los casos son necesarias la vida virtuosa y las buenas obras? Porque dice Jesús: Por sus frutos los conoceréis. 96?Qué es lo que propiamente constituye nuestra vida? ¿Son acaso los milagros o más bien la exactitud de un excelente modo de vivir? Es claro ser lo segundo. Los milagros de eso toman ocasión y a eso se encaminan. Quien lleva una vida excelente se atrae la gracia de los milagros; y el que tal gracia recibe, para eso la recibe, para enmendar la vida de los demás. Cristo mismo para eso hizo los milagros, para hacerse digno de fe y atraer así a los hombres e introducir en el mundo el ejercicio de la virtud. Por lo mismo de esto es de lo que sobre todo cuida, pues no se contenta con hacer milagros, sino que amenaza con el infierno y promete el reino; y por este camino establece aquí sus leyes inesperadas, y nada deja por hacer para igualarnos a los ángeles.

Pero ¿qué digo que Cristo lo hacía todo por este motivo? Dime, si alguno te diera a escoger entre resucitar a su nombre a los muertos o morir por su nombre ¿qué escogerías? ¿No es cosa clara que optarías por lo segundo? Pues bien: lo primero es milagro; lo segundo, obras buenas. Si alguno te diera el poder de convertir el heno en oro y te pusiera la disyuntiva entre eso y conculcar el oro como si fuera heno ¿acaso no elegirías lo segundo? Y por cierto, con toda justicia, porque esto segundo atraería a todos los hombres. Si vieran el heno convertido en oro, todos querrían tener un poder semejante, como le sucedió a Simón Mago; y así se acrecentaría la codicia de las riquezas. En cambio, si vieran que todos despreciaban el oro como si fuera heno, hace tiempo estarían libres de aquella codicia y enfermedad.

?Adviertes cómo la vida virtuosa es lo que más ayuda? Y digo la vida virtuosa. No el ayuno, ni el saco, ni la ceniza por lecho, sino el desprecio de las riquezas en la forma en que es conveniente despreciarlas, el amor del prójimo, la limosna, el suministrar el pan al hambriento, el aplacar la ira, el alejar la vanagloria, el echar fuera la envidia. Esto nos ensenó Cristo cuando decía: Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón. 97 No dice: aprended de Mí que he ayunado, aunque podía alegar sus cuarenta días de ayuno. Pero no los alega, sino que dice: que soy manso y humilde de corazón. Y cuando envió a los discípulos a predicar no les dijo ayunad, sino: Comed lo que os fuere servido. 98 En cambio, en lo referente a la riqueza, estableció una ley severa diciendo: No os procuréis oro ni plata ni cobre para vuestro cinto. 99 Y no digo esto en vituperio del ayuno ¡lejos de mí tal cosa! Por el contrario, lo alabo. Pero me aflijo cuando veo que vosotros, dejando a un lado las demás virtudes, creéis que basta con el ayuno para vuestra salvación, siendo así que el ayuno, en el conjunto de las virtudes, ocupa el último lugar. Las virtudes principales son la caridad, la justicia, la limosna, que incluso es superior a la virginidad. De modo que si quieres llegar a ser igual a los apóstoles, nada lo impide. Si semejante vida virtuosa emprendes, eso te basta para que nada tengas menos que aquéllos.

En conclusión: que nadie se detenga esperando milagros. Se entristece el demonio cuando se le arroja de los cuerpos; pero mucho más se entristece cuando ve al alma libre de pecados. Y en esta liberación consiste la mayor virtud del alma. Por el pecado murió Cristo, para destruirlo; porque el pecado introdujo la muerte, y por él vino todo el desorden. Si quitas el pecado habrás quebrantado las fuerzas del demonio, habrás destrozado su cabeza, habrás deshecho toda su fortaleza, habrás dispersado su ejército, habrás hecho el milagro más grande de todos los milagros. No es esto palabra mía sino del bienaventurado Pablo. Porque habiendo él dicho: Aspirad a los mejores dones, pues os he demostrado un camino mejor, 100 no dijo que fuera el de los milagros, sino la caridad, raíz de todos los bienes.

De manera que si ésta ejercitamos y el demás consiguiente ejercicio de la virtud, no necesitamos milagros; así como por el contrario, si no nos ejercitamos en las virtudes, de nada nos servirán los milagros. Considerando todas estas cosas, por las que los apóstoles fueron grandes, imitémoslas. ¿Cómo se hicieron ellos grandes? Oye a Pedro que dice: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué tendremos de premio? 101 Oye a Cristo que le responde: Os sentaréis sobre doce tronos; y todo el que dejare hermanos o hermanas o padre o madre o hijos o campos, recibirá el céntuplo en este siglo y heredará la vida eterna.

En consecuencia, apartémonos nosotros de todos los negocios seculares, consagrémonos a Cristo, para así igualarnos a los apóstoles, según esa sentencia de Cristo; y para así disfrutar de la vida eterna. La cual ojalá que todos alcancemos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLVII (XLVIII)

Todas estas cosas dijo Jesús en parábolas a las muchedumbres, y no les hablaba nada sin parábolas, para que se cumpliera el anuncio del profeta que dice: Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la fundación del mundo. (Mt 13, 34-35).

MARCOS, POR SU PARTE, dice que les habló en parábolas según podían entender. 102 Y para demostrar que Cristo al proceder así no hacía ninguna novedad, alega al profeta que predijo este modo de ensenanza. Y para darnos a entender que no les hablaba así porque quisiera mantener las turbas en la ignorancia, sino para obligarlas a preguntar, anadió: Y sin parábolas nada les decía. Pues aun cuando dijo muchas cosas sin usar de parábolas, pero en esa ocasión, no. A pesar de todo, nadie le hizo preguntas, siendo así que anteriormente con frecuencia interrogaban a los profetas, como por ejemplo a Ezequiel y a otros muchos. Pero aquellas turbas procedieron al contrario, aunque lo dicho por Jesús podía causarles dudas e impelerlos a preguntar. Porque las parábolas amenazaban con graves castigos. Pero ni por eso se conmovieron las turbas. Tal fue el motivo de que las abandonara y se fuera de ahí.

Porque dice el evangelista: Entonces, dejando a la muchedumbre, se vino a su casa. No lo acompana ninguno de los escribas; de donde se deduce que no lo seguían sino para tener ocasión de acusarlo. Y él, puesto que no entendían lo que había dicho, los dejó. Entonces se le acercaron los discípulos y le preguntaron acerca de la parábola de la cizana. Antes, aunque ansiosos de saber, no lo interrogan. ¿De dónde, pues, les nace ahora esa confianza? Le habían oído decir: A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, 103 y de aquí les nació la confianza. Así pues, le preguntan aparte, no porque quieran que no lo sepa la muchedumbre, sino porque quieren guardar el precepto del Señor, pues les había dicho: A éstos no ha sido dado.

Mas ¿por qué dejando a un lado las parábolas del fermento y la mostaza le preguntan acerca de ésta? Pasaron por alto esas otras por ser más claras; mientras que acerca de ésta, por tener afinidad con la anterior y anadir algo más, querían ser ensenados. No es que pretendan investigar si acaso era una repetición de la anterior, pues bien veían que en esta otra había una fuerte amenaza. Por eso él no los reprende, sino que les explica las cosas que había dicho. Como ya indiqué, las parábolas no han de tomarse a la letra, pues de eso se derivarían infinitos absurdos. Y para darnos a entender esto, explica la parábola de esta manera. Desde luego, no dice quiénes eran los siervos que se acercaron al dueno del campo. Sino que, para dar a entender que sólo porque lo pedía el orden de los sucesos y la perfección de la imagen los había introducido en la narración, ahora, omitiendo eso, explica lo que sobre todo hacía al caso, y era el motivo de haber dicho la parábola. Es a saber, que él era el Juez y Señor del universo.

Y respondiendo les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizana son los hijos del Maligno; el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es la consumación del mundo; los segadores son los ángeles. A la manera, pues, que se recoge la cizana y se quema al fuego, así será en la consumación del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad y los arrojarán en el horno de fuego donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. De modo que siendo El quien siembra y de su reino recoge, claro es que este mundo le pertenece.

Considera su inefable misericordia y su ánimo presto para hacer beneficios y cuán lejos se haya de aplicar castigos. Cuando siembra, por su mano siembra; cuando castiga, lo hace por manos ajenas, o sea las de sus ángeles.- Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. No lo dice porque hayan de brillar exactamente como el sol y no más, sino porque no conocemos astro más brillante usó de este ejemplo de todos conocido. En otro sitio dice que la mies ya está presente, como cuando dice de los samaritanos: Alzad vuestros ojos y contemplad los campos que ya están blanquecinos para la siega, 104 y también: La mies es mucha pero son pocos los operarios. 105 Entonces ¿cómo es que ahí dice que ya está la mies delante, mientras que acá afirma que vendrá en lo futuro? Es que la toma en diversos sentidos. Y ¿por qué motivo habiendo dicho en otro sitio que uno es el que siembra y otro el que cosecha, aquí afirma ser el mismo el que siembra? Porque en el otro sitio, comparando a los apóstoles con los profetas o con los judíos o con los samaritanos y no consigo, así se expresaba. Pues también mediante los profetas era El quien sembraba. Y aun hay algún sitio en que a lo mismo llama simiente y cosecha, pero no bajo el mismo aspecto.

Cuando habla de oyentes bien dispuestos y obedientes, los llama mies, para indicar que la obra está completa; cuando busca el fruto de la predicación, llama simiente y cosecha a la misma consumación. Y ¿por qué en otra parte dice que los justos serán los primeros en ser levantados? Serán por cierto los primeros en ser levantados en los aires al venir Cristo; pero luego los perversos serán entregados al suplicio y después los justos marcharán al reino de los cielos. Puesto que los justos han de estar en el cielo y él ha de venir a juzgar a todos los hombres, y a sentenciar acerca de ellos, entonces, a la manera de un rey que se levanta rodeado de sus vasallos y amigos, los conducirá a la bienaventurada herencia y suerte feliz.

?Adviertes el doble suplicio: que por una parte se quemen en el fuego y por otra pierdan aquella gloria? Mas ¿por qué, aun habiéndose apartado las turbas, a los apóstoles mismos les habla en parábola? Por las anteriores explicaciones, ya se habían vuelto algo más sabios y ya entendían. Por esto, como enseguida les preguntara: ¿Habéis entendido todo esto?, respondiéronle: Sí, Señor. De este modo la parábola, juntamente con otras cosas, hizo que en adelante fueran más perspicaces. Y ¿qué dijo enseguida?: Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta, y lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. Es también semejante el reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas y hallando una de gran precio, vende todo cuanto tiene y la compra.

Así como el grano de trigo y el fermento difieren poco entre sí, lo mismo sucede aquí con el tesoro y la perla preciosa. Con ambas parábolas quiere significar que la predicación debe anteponerse a todo. Las parábolas del fermento y del grano de mostaza se refieren a la fuerza de la predicación e indican que ésta vencerá a todo el universo; estas otras dos se refieren al precio y dignidad de la predicación. Puesto que ésta se extiende como el grano de mostaza y vence a la manera del fermento y es de altísimo precio como la perla o margarita y trae consigo ornatos y bienes sin cuenta, como el tesoro.

Pero en este pasaje no aprendemos únicamente que es conveniente despojarse de todo para atender a la predicación, sino además que lo hemos de hacer gozosos. Quien renuncia a todas las cosas ha de saber que esto no es pérdida, sino ganancia. ¿Ves cómo la predicación está escondida para el mundo y cuán grandes bienes hay en ella? Si no vendes tus cosas, no la comprarás; si no la buscas con ansia, no la encontrarás. De manera que dos cosas son necesarias: la renuncia de todo lo del siglo y la suma vigilancia. Porque dice: Es semejante al que busca perlas preciosas; y habiendo encontrado una de gran precio, va, vende todo lo que tiene y la compra.

La verdad es una y no se halla dividida en partes. Y así como aquel que posee una perla sabe y conoce que es rico; pero muchas veces, aun teniéndola en la mano otros no la aprecian puesto que no es notable por su tamano; así sucede con la predicación: los que la guardan, saben que son ricos; los incrédulos, en cambio, por desconocer lo que vale ese tesoro ignoran también nuestras riquezas. Y luego, a fin de que no nos fiemos de sola la predicación, para nuestra salud, ni pensemos que basta con la fe para salvarnos, anade Jesús otra parábola tremenda: ¿Cuál es? La de la red. Es semejante el reino de los cielos a una red barredera que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y una vez llena, la sacan sobre la playa, y sentados, recogen los peces buenos en canastos, y los malos los tiran.

?En qué difiere esta parábola de la de la cizana? Porque también en ésta unos se salvan y otros perecen. Pero en la primera es por causa de la herejía y sus dogmas depravados; y en los que antes se traen a cuento es porque no atienden a la predicación; en esta última, en cambio, es por causa de su vida pecadora, y son los más miserables de todos, puesto que han tenido noticia de la verdad y han entrado en la red de los pescadores, pero ni aún así han logrado su salvación. Dice en otro lugar que el pastor mismo discrimina su rebano; pero aquí dice que lo hacen los ángeles, como sucedió en la parábola de la cizana. ¿Qué diremos a esto? Que unas veces habla a las turbas en una forma más llana y otras en forma más elevada. Por lo que hace a la presente parábola, sin que nadie le ruegue, espontáneamente la explica. Es decir, sólo en parte la explica y aumenta el temor. Pues a fin de que tú, al oír que los peces malos fueron arrojados fuera, no pienses que eso ningún peligro trae, hace con su explicación resaltar el castigo, diciendo Los arrojarán al horno de fuego y trae a la memoria el rechinar de dientes y el indecible dolor.

?Observas cuántos caminos hay para la perdición? Por las piedras, por las espinas, por la senda ancha, por la ceniza y la red. En consecuencia, no sin razón dijo: Espaciosa es la senda que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella. 106 Y habiendo dicho esto y puesto fin a su predicación en esa forma terrible, y habiendo dicho otras muchas cosas más, pues gastó en eso mucho tiempo, dijo a los apóstoles: ¿Habéis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y luego los alaba, por haber entendido, con estas palabras: Así, todo escriba instruido en la doctrina del reino de los cielos, es como el amo de casa que de su tesoro saca lo nuevo y lo viejo. Por lo cual en otra parte dice: Os enviaré sabios y escribas. 107 ¿Adviertes cómo no rechaza el Antiguo Testamento, sino más bien lo alaba y ensalza y lo llama tesoro? En consecuencia, todos los que ignoran las Escrituras divinas, no serán padres de familia, puesto que ni poseen ellos algo ni de otros reciben, sino que se descuidan a sí mismos y perecen de hambre. Y no solamente ellos, sino también los herejes están sin parte en esta felicidad, puesto que no sacan cosas nuevas ni viejas. No teniendo cosas antiguas, tampoco pueden tener presente nuevas, del mismo modo que quienes no tienen cosas nuevas carecen de las antiguas y están privados de ambas: porque antiguas y nuevas se encuentran unidas y enlazadas.

Oigamos esto cuantos descuidamos la lectura de las Sagradas Escrituras: ¡cuán grave daño sufrimos y cuánta pobreza padecemos! 108 ¿Cuánto concordamos la vida con las obras si ni siquiera conocemos las leyes que debemos observar? Los ricos, locos por la codicia de las riquezas, con frecuencia sacuden con el objeto de que no las corroa la polilla; mientras que tú, en tanto que el olvido, más destructor que cualquier polilla, va echando a perder tu alma ¿no lees los Libros Sagrados, no apartas la peste, no adornas tu alma, no contemplas con asiduidad la imagen de la virtud ni la examinas de pies a cabeza? Porque tiene la virtud cabeza y miembros más bellos que el más hermoso de los cuerpos. Preguntarás: ¿cuál es la cabeza de la virtud? Es la humildad. Por tal motivo Cristo empezó por ella diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu. Esta cabeza no tiene cabellos ni rizos, sino una belleza tan grande que atrae a Dios. Pues dice El: A este es al que yo miro, al humilde y abatido de espíritu? Y también: Mis ojos sobre los mansos de la tierra. 109 Y luego: Yavé está próximo a los contritos de corazón. 110 Esta cabeza, en lugar de cabellera y guedejas, ofrece a Dios sacrificios gratos. El ara es de oro, el altar es espiritual. Pues dice el profeta: Mi sacrificio, oh Dios, es en espíritu contrito y humillado. 111 Esta humildad es madre de la sabiduría. Si alguno la posee, poseerá las demás virtudes.

?Has observado esta cabeza tal cual nunca viste otra? ¿Quieres ahora ver su faz o mejor dicho conocerla? Comienza por su color: es rubicundo, florido, muy agraciado. Examina de qué está compuesto. ¿De qué cosas se compone? De pudor y vergüenza. Por eso dijo alguien: A la modestia precede la gracia. 112 La modestia infunde gran belleza a los otros miembros también. Aun cuando mezcles miles de colores, no obtendrás tan gran hermosura. Y si deseas observar sus ojos, mira cuán cuidadosamente presentan la modestia y la pureza. Por eso poseen una penetración tan aguda que logran ver a Dios. Pues dice El: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. 113 Su boca es sabiduría y entendimiento y canto de himnos espirituales. Su corazón es pericia en las Escrituras, conservación de los dogmas verdaderos, benignidad y clemencia. Y así como no podemos vivir sin corazón, así sin ese otro no podemos alcanzar la vida eterna. Porque de él dimanan todos los bienes. Y tiene también la humildad sus pies y sus manos, que son los ejemplos de las buenas obras. Su alma es la piedad. Su pecho de oro es más firme que el diamante, y es la fortaleza. Con mayor facilidad expugnarás otro castillo cualquiera, que llegar a romper este pecho. Y su Espíritu, que vive en su cerebro y en su corazón, es la caridad.

?Quieres que te muestre esta imagen en obras? Piensa en el mismo evangelista Mateo. No tenemos por escrito su vida toda; pero, por lo que resta de ella, podemos contemplar su imagen esplendente. Que fuera varón contrito y humilde, oye cómo él mismo en el evangelio se llama publicano. Que fuera misericordioso, se ve claro, pues despojado de todo, sigue a Jesús. Que fuera piadoso, se ve manifiesto por sus sentencias. Y su inteligencia y su caridad podemos verlas en el evangelio que escribió, pues cuidó de ayudar al orbe entero. Prueba de sus buenas obras la tienes en el trono en que ha de sentarse; y de su fortaleza, en que volvía del Consejo de los escribas y fariseos lleno de gozo.

Entreguémonos, pues, al ejercicio de la virtud y en especial, sobre todas, al de la humildad y misericordia, sin las cuales no podemos alcanzar la salud, como se demuestra por el caso de las cinco vírgenes y el del fariseo. Sin la virginidad, podemos entrar en el reino de los cielos; pero sin la misericordia y la limosna, no. La misericordia es en absoluto necesaria y se cuenta entre las principales y que encierran en sí todas las demás. Por lo cual, no sin motivo hemos dicho que es ella el corazón de la virtud. Pero el corazón mismo si no influye vida en todos los miembros, él mismo pronto perece. Al modo de la fuente que si continuamente no mana los ríos, se corrompe; lo mismo que los ríos, si se guardan sus riquezas, así es ese corazón. Por esto decimos vulgarmente: fulano tiene gran suciedad y corrupción de riquezas; y no decimos gran abundancia, grande tesoro. Pues son ellas podredumbre no sólo de quienes las poseen, sino en sí mismas. Los vestidos guardados se apolillan; el oro guardado es comido del orín; el grano es devorado por los gusanos. Y el alma del rico, más que los otros objetos, es roída y se pudre con los cuidados.

Si quieres sacar al público el alma del avaro, como se hace con un vestido corroído de infinita polilla y nada sano, la encontrarás igualmente comida por todas partes por los cuidados, podrida con los pecados, derruida por la herrumbre. No así el alma del pobre; digo del pobre voluntario, pues resplandece como el oro, brilla como una margarita preciosa, florece como una rosa. No hay ahí polilla; no hay ladrón; no hay solicitudes terrenas, sino que vive en conversación con los ángeles. ¿Quieres ver la hermosura de semejante alma? ¿Quieres conocer las riquezas que su pobreza encierra? El pobre no impera sobre los hombres, pero manda sobre los demonios; no asiste delante del rey pero asiste delante de Dios; no compite con los hombres, pero compite con los ángeles. No tiene una arca, ni dos, ni tres, ni veinte, pero tiene tan gran abundancia que estima en nada todo el universo. No tiene un tesoro, pero posee el cielo. No necesita de siervos, pero tiene sujetas como siervos las enfermedades del alma. Tiene como siervos esos apetitos que dominan a los reyes. Porque esos afectos carnales que dominan aun a los que andan vestidos de púrpura, miran al pobre con respeto y no se atreven a mirarlo a la cara.

El pobre se ríe de los reinos como de juegos de ninos, y lo mismo del oro y cosas semejantes; y juzga que todo eso se ha de despreciar como se hace con las ruedecillas, los astrágalos, las bellotas de encina, los balones. Porque lleva él consigo un ornato que ni siquiera se atreven a mirar los que en aquellos juegos se ocupan. ¿Qué cosa habrá de mayor precio que esta pobreza? Tiene ella como pavimento los cielos. Y si tal es el pavimento, piensa qué tales serán los techos. Dirás que no tiene caballos ni carruajes. Pero ¿qué necesidad tienen de ellos los que van a ser llevados en las nubes y vivirán con Cristo? Pensando estas cosas, oh hombres y mujeres, busquemos aquellas riquezas y aquella abundancia que no se consumen, a fin de que así alcancemos el reino de los cielos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLVIII (XLIX)

Cuando hubo terminado Jesús estas parábolas, se alejó de ahí (Mt 13, 53).

?POR Qué el evangelista dijo éstas? Porque Jesús iba luego a decir otras. ¿Por qué se apartó de ahí? Para sembrar por todas partes la palabra. Y viniendo a su patria, les ensenaba en la sinagoga de ellos. ¿A cuál llama ahora su patria? Me parece que a Nazaret. Porque: no hizo ahí muchos milagros, dice Mateo. En cambio, en Cafarnaúm hizo muchos milagros. Por lo cual decía: Y tú, Cafarnaúm ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran realizado los milagros obrados por ti, hasta hoy subsistiría. 114 En cambio, acá no hizo muchos milagros para no encenderlos más en envidia; y para que a causa de su mayor incredulidad, no cayeran en más grave condenación. En cambio, les propone una doctrina no menos admirable que los milagros.

Pero aquellos hombres necios, cuando debían haber quedado estupefactos y admirarlo por la fuerza de sus sentencias, por el contrario, lo desprecian creyendo que había nacido de un tal padre, a pesar de que había muchos ejemplos en los tiempos antiguos de varones nacidos de padres humildes. David fue hijo de Jesé, humilde agricultor. Amós era hijo de un cabrero y cabrero él mismo. El legislador Moisés nació de un padre que le era muy inferior. De manera que debiendo ellos precisamente honrarlo y admirarlo porque, nacido de tan humildes orígenes, tales discursos pronunciaba, pues era cosa clara que esto no le venía de humanos estudios, sino de la gracia divina, lo desprecian por lo que debían apreciarlo y admirarlo.

Y Acudía con frecuencia a las sinagogas, para que no lo acusaran de enemigo de la ciudad y de las turbas, si continuamente viviera en el desierto. Confusos, pues, y dudosos, decían: ¿De dónde le vienen a éste tal sabiduría y tales poderes? A los milagros llaman poderes o tal vez a su misma sabiduría. ¿No es éste el hijo del carpintero? Pues esto precisamente era el mayor milagro y digno de admiración. Su madre ¿no se llama María, y sus hermanos Santiago y José, Simón y judas? Sus hermanas ¿acaso no están todas con nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto? Y se escandalizaban en él. Advierte cómo todo esto se dijo en Nazaret. ¿Acaso no decían: sus hermanos son fulano y fulano? Pero esto ¿qué importaba? Precisamente lo propio era que esto mismo os infundiera fe. Pero cosa mala es la envidia y que con frecuencia se contradice. Lo que por ser inaudito era admirable y podía atraerlos, eso les sirve de tropiezo.

?Qué les dice Jesús?: Sólo en su patria y en su casa es menospreciado el profeta. Y no hizo ahí muchos milagros por la incredulidad de ellos. Lucas dice: Y no hizo ahí muchos prodigios. Dirás que debía haberlos hecho. Puesto que si logró que se le admirara, como en realidad se le admiró, ¿por qué no obró milagros? Porque no tenía como finalidad la vana ostentación, sino la utilidad de aquellos hombres. Y como por este camino nada se lograra, se abstuvo de lo que era exclusivo suyo, para no aumentarles el castigo. Llegaba a ellos tras de largo tiempo y tras de haber obrado tantos milagros; pero ni aun así lo recibieron y soportaron, sino que ardían de envidia. Entonces ¿por qué, sin embargo, hizo unos pocos milagros? Para que no tuvieran razón al decir: Médico, cúrate a ti mismo; 115 o también: es enemigo y contrario nuestro y desprecia a sus domésticos. Y para que no pudieran alegar y decir: Si aquí hubiera hecho milagros, habríamos creído también nosotros. Por esto hizo algunos milagros, pero pronto dejó de hacerlos. Y los hizo, tanto para cumplir con lo que a El tocaba, como para no aumentarles el castigo.

Medita tú, en cambio, la fuerza de sus sentencias. Aun comidos de envidia, no dejaban de admirarlo. Pero así como en sus obras no reprenden las cosas en sí, sino que fingen las causas y dicen: Por el poder de Beelzebul expulsa este los demonios, 116 así aquí tampoco reprenden su doctrina, sino que acuden y se refugian en lo bajo de su linaje. Por tu parte, considera la moderación del Maestro, pues no los vitupera, sino que con gran mansedumbre les dice: Sólo en su patria es menospreciado el profeta. Y no se detuvo en esto, sino que anadió: y en su casa. Yo pienso que aludía a sus hermanos. En Lucas, Jesús pone ejemplos de lo mismo y dice: No fue Elías enviado a los suyos, sino a una viuda extranjera; y ningún leproso fue curado por Eliseo, sino el extranjero Naamán. En cambio, los israelitas no recibieron ningún favor ni hicieron ningún beneficio, sino sólo los extranjeros. Dijo esto para demostrarles su perversa costumbre y declararles así que nada nuevo le acontecía.

Por aquel tiempo, llegaron a. Herodes el tetrarca, noticias de Jesús. Había muerto ya Herodes, su padre, el que degolló a los ninos. No sin motivo el evangelista anota el tiempo, sino para que conozcas el fausto y la desidia de Herodes hijo. Desde luego, no tuvo noticias desde un principio, sino después de largo tiempo. Suelen así los príncipes fastuosos saber tardíamente semejantes cosas, porque las tienen en poco. Por tu parte, considera cuán grande cosa sea la virtud. Herodes temía a Juan muerto y discurría acerca de su resurrección. Pues dice el evangelio: Dijo a sus servidores: ese es Juan el Bautista a quien yo di muerte, que ha resucitado de entre los muertos y por eso obra en él un poder milagroso. ¿Observas su gran temor? No se atrevió a decir eso en público, sino que a solos sus servidores habla así. Sin embargo, esa absurda opinión tenía ya mucho de combativa. Porque muchos habían resucitado de entre los muertos, pero nadie había obrado tales milagros. A mí me parece que tales palabras tienen un sabor de ambición y a la vez de temor. Con frecuencia los ánimos enloquecidos conciben una mezcla de encontrados afectos. Lucas refiere lo que decía el pueblo: Este es Elías o jeremías o uno de los profetas; pero el rey se persuadía ser más prudente en lo que él decía que los otros.

Es verosímil que al principio, cuando decían que Jesús era Juan (pues muchos lo afirmaban), Herodes lo negara y dijera: A éste yo le di muerte, gloriándose de ello con insolencia. Porque Marcos y Lucas refieren que dijo: Yo degollé a Juan. Pero como la fama prevaleciera, finalmente él afirmó lo mismo que los otros. A continuación el evangelista nos narra esa historia del degüello. ¿Por qué no antes? Porque estaba totalmente ocupado en referir los hechos de Cristo, y los evangelistas no se distraían a contar nada fuera de su asunto, a no ser que tuviera conexión con su propósito. De manera que no habrían referido esta historia si no hubiera sido por lo que se conecta con lo de Cristo y si Herodes no hubiera dicho lo de Juan resucitado. Marcos dice que Juan gozó de honor grande delante de Herodes, aun cuando Juan lo reprendía. ¡Tan gran cosa es la virtud! Luego continúa así la narración: Es de saber que Herodes había hecho prender a Juan, lo había encadenado y puesto en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de Pilipo, su hermano. Pues Juan le decía: No te es lícito tenerla. Y quiso matarlo, pero tuvo miedo a la muchedumbre que lo tenía por profeta. ¿Por qué Juan no habla a Herodías, sino a Herodes? Por ser éste el principal. Observa en qué forma hace menos molesta la acusación, hasta el punto de que más bien parece una simple referencia que no una acusación.

Al llegar el cumpleanos de Herodes, bailó la hija de Herodías ante todos y gustó a Herodes.!Oh diabólico convite! ¡oh espectáculo satánico! ¡oh baile perverso! ¡oh precio de aquel baile, más inicuo aún! Se llevaba a cabo una muerte la más criminal de todas las muertes; y aquel que merecía ser coronado y ensalzado, fue degollado estando en su plenitud el banquete. En aquella mesa se erigió el trofeo de los demonios. Y el modo como se obtuvo la victoria fue digno de las demás hazanas. Porque dice el evangelista: Bailó la hija de Herodías delante de todos y agradó a Herodes. Por lo cual con juramento le prometió darle cuanto le pidiera. Y ella, inducida por su madre, le dijo: Dame aquí en la bandeja la cabeza de Juan el Bautista. Doble crimen: que bailara y que agradara; y que así agradara que mereciera como recompensa una muerte.

Observa cuán cruel, cuán insensato, cuán demente era Herodes. Se ligó con juramento y dio facultad a la joven para pedirle lo que a ella se le antojara. Mas, cuando vio el mal que de ahí se había seguido, dice el evangelista que se contristó. Esto a pesar de que ya desde el principio se había ligado a sí mismo. Entonces ¿por qué se contrista? Tal es la virtud que aun entre los perversos es admirada y alabada. ¡Oh mujer enloquecida! ¡cuando lo conveniente era admirar y venerar a Juan, que incluso trataba de rehabilitarla, ella misma trama toda la tragedia, tiende el lazo y pide un favor satánico! Y dice el evangelista: Pero él temió o causa del juramento y de los convidados las ¿por qué no temiste lo que era más grave? Si acaso temías tener testigos de tu perjurio, mucho más convenía que temieras el asesinato tan perverso, pues tantos testigos de él tenías.

Creo que muchos ignoran el origen de aquella acusación que fue causa de aquella muerte; y así es necesario tratar también esto, a fin de que conozcáis la prudencia del Legislador. ¿Cuál era esa ley antigua que Herodes pisoteaba y que Juan defendió? Era necesario dar al hermano la esposa de quien muriera sin descendencia. Por ser la muerte un mal sin consuelo; y porque para conservar la vida nada hay que no se intente, estatuyó la ley que el hermano que viviera, desposara a la mujer del hermano difunto; y que al hijo que de ese desposorio naciera, le pusieran el nombre del hermano muerto, de manera que no desapareciera su casa. Porque si el muerto no dejaba hijos, que son en el caso de muerte el mayor consuelo, se seguiría un duelo intolerable. Tal fue el motivo de que el Legislador, Moisés, inventara este consuelo para aquellos a quienes la naturaleza no hubiera dado hijos; y ordenó que el futuro vástago se llamara con el dicho nombre. Pero si el difunto dejaba algún hijo, entonces los desposorios del hermano con la viuda eran ilícitos.

Preguntarás la razón; puesto que si podía celebrar los desposorios otro cualquiera, mucho más podría hacerlo el hermano del difunto. Pero no era así, pues quería el Legislador que se multiplicaran las afinidades, y por lo mismo que hubiera muchas ocasiones de entrar en parentesco. Mas ¿por qué, muerto el hermano sin hijos, no podía otro contraer ese matrimonio? Porque en este caso el hijo que naciera no podía ser tenido por ninguna razón como hijo del difunto. En cambio, siendo el hermano el que fecundara a la viuda, había un punto de apoyo probable para aquello en semejante unión. Por otra parte, un extrano no habría creído deber suyo sustentar la casa del difunto, mientras que del otro modo, estaba de por medio el derecho de parentesco.

En consecuencia, habiendo Herodes tomado la mujer de su hermano, que sí tenía hijos, con razón lo acusaba Juan, aunque lo hizo con moderación y al mismo tiempo con libertad de espíritu. 117 Por tu parte, considera en cuántos modos ese espectáculo íntegramente es satánico y diabólico. En primer lugar todo él era de embriaguez y placeres, de donde nada razonable puede nacer. En segundo lugar constaba de espectadores corrompidos y de un rey que a todos recibía. En tercer lugar, se trataba de un género de deleite irracional. En cuarto lugar, la muchacha por la que el desposorio de Herodes resultaba ilegal y a la que más bien convenía ocultar, puesto que era una injuria para la madre, sale al público y se muestra, superando ella, doncella, la desvergüenza de todas las meretrices.

El tiempo mismo nos da ocasión no pequena para acusar de perverso aquel espectáculo. Pues cuando lo conveniente era que Herodes diera gracias a Dios por haberle concedido ver la luz en día semejante, entonces es cuando él lleva a cabo tan grave perversidad. Cuando convenía poner en libertad al encadenado, anadió a las cadenas el asesinato. Escuchad esto vosotras todas las que os atrevéis, seáis vírgenes o mujeres casadas, a manchar los ajenos desposorios con bailes, saltos descompuestos que deturpan el honor de la común naturaleza humana. Escuchadlo también vosotros, los varones que andáis tras de los costosos banquetes y las embriagueces que los llenan. ¡Temed el abismo del demonio! A aquel infeliz rey en tal manera lo absorbió que vino a jurar que daría la mitad de su reino. Así lo afirma Marcos: Juróle: Cualquier cosa que me pidas te la daré, aun la mitad de mi reino. 118!En tan poco estimaba sus dominios! ¡tan esclavo del placer estaba que tal concesión hacía a un baile! Mas ¿por qué te admiras de que entonces tal cosa sucediera, cuando aun ahora, después de que tan insignes ensenanzas he usos recibido, muchos, a causa de los bailes de semejantes jovencillos afeminados han perdido sus almas, aun sin estar constrenidos por los vínculos del juramento? Cautivados por la voluptuosidad, son llevados, a la manera de bestias, a donde el lobo los arrastra. Es exactamente lo mismo que en aquel tiempo sufrió el rey loco, que cometió dos crímenes vergonzosísimos: el haber enloquecido a tal grado a aquella mujer, ebria y que ante ningún crimen se detenía, y el haberse atado a sí mismo con la fuerza del juramento. Pero, aun siendo el rey tan perverso, la mujer fue más perversa que el tirano y que la muchacha. Porque fue ella la que tramó íntegro el drama criminal, cuando debió haber estado agradecida al profeta. La hija, obedeciéndola, obró torpemente y bailó y pidió el asesinato, y Herodes quedó de ella cautivo, como un pez en la red.

Observa cuán oportunamente Cristo dijo: El que ama al padre o a la madre más que a mí no es digno de mí. 119 Si la muchacha hubiera observado este precepto, nunca habría violado tantas leyes, ni habría cometido semejante asesinato. ¿Qué hay peor que semejante brutalidad? Pedir como premio una muerte, una muerte inicua, una muerte en mitad del convite, una muerte que se pide pública e inverecundamente? Porque no se apartó para pedirla, sino que en público, quitada la máscara, descubierta la cabeza, asistida del patrocinio del diablo, habló con el rey. Porque obra fue del demonio que ella bailando agradara y así cautivara a Herodes: porque en donde hay baile, ahí está el demonio. No nos dio Dios los pies para eso: para que los usemos con desvergüenza, sino para que hagamos debidamente nuestro camino; no para que a la manera de los camellos bailemos (pues los camellos cuando saltan producen un espectáculo desagradable, pero mucho más desagradable lo dan las mujeres), sino para que acompanemos los coros de los ángeles. Al fin y al cabo, si en semejantes acciones el cuerpo resulta vergonzoso, mucho más el alma: ¡así bailan los demonios! ¡así adulan los ministros del diablo! Pero considera ya la petición misma. Dice: Dame aquí en la bandeja la cabeza de Juan el Bautista. ¿Observas a esta desvergonzada que totalmente se ha entregado al demonio? Echa por delante la dignidad de Juan, pero no por eso se avergüenza; pues como si se tratara de un manjar, así pide que se le lleve en un plato aquella sacra y bienaventurada cabeza. No da razón alguna, ni podía darla. Simplemente busca ser honrada mediante la ajena desgracia. No dijo al rey: ¡tráelo acá y mátalo! Porque no habría podido soportar la franqueza del que iba a morir. Temía oír la voz terrible de Juan aun ya sacrificado. El profeta, aun en el paso de sufrir la muerte, no habría callado. Por esto dice: Dame aquí en la bandeja, porque anhelo ver ya muda esa lengua. Ni sólo intentaba huir de sus reprensiones, sino insultarlo y burlarlo ya caído.

Y Dios lo permitió y no envió de lo alto un rayo que abrasara aquella cara impudente ni ordenó a la tierra abrirse y absorber todo aquel perverso banquete, pues quería más brillantemente coronar a aquel varón justo, y dejar así un gran consuelo a cuantos posteriormente habían de padecer injusticia. Oigamos esto todos cuantos viviendo rectamente sufrimos de parte de los perversos graves padecimientos. Entonces permitió Dios que sufriera la muerte por medio de una muchacha desvergonzada y de una meretriz corrompida aquel varón que había vivido en el desierto, vestido de un cinturón de piel y de cilicio, y que era profeta mayor que los otros profetas y que nunca de mujer había nacido uno que lo superara; ¡y todo esto mientras él defendía las leyes divinas! Considerando todo esto, llevemos generosamente todo cuanto padezcamos viendo cómo entonces aquella mujer sanguinaria y perversa se vengó a su placer de quien le había causado penas y sació toda su ira, y Dios lo permitió; y eso que Juan a ella nada le había dicho, en nada la había acusado, sino únicamente a Herodes. Pero la conciencia le servía de cruel acusador. Por eso se lanzaba a males mayores, doliente y agitada de remordimientos. Y juntamente echó sobre sí la deshonra y sobre todos los demás: sobre la hija, sobre el esposo abandonado, sobre el rey adúltero que aún vivía. Se esforzaba en superar sus crímenes anteriores. Como si dijera: ¿Te dueles de que el rey sea adúltero? Pues bien: yo lo haré además homicida y asesino de su acusador.

Oíd esto todos los que procuráis agradar a las esposas más allá de lo lícito. Oídlo los que lanzáis juramentos sobre cosas inciertas y dais a otros facultad para arruinaros y os caváis vosotros mismos un abismo. Así se arruinó Herodes. Pensó que la muchacha pediría algo propio del banquete; y que en semejante solemnidad y entre los manjares, pediría alguna cosa agradable y alegre, pero no la cabeza del Bautista; y se enganó. Mas nada de eso lo justificará. Pues aun cuando la muchacha tuviera un ánimo propio de hombres que luchan con las fieras, sin embargo, a él no le estuvo bien ponerse en el caso de ser enganado, ni obedecer el tiránico mandato de la joven.

Desde luego ¿quién fue el que no se horrorizó al ver aquella cabeza destilando sangre, llevada entre las viandas? Pero. . . ¡no! ¡no es perverso Herodes! ¡no es execrable aquella mujer! Al fin y al cabo así son las prostitutas: las más desvergonzadas y crueles de todas las mujeres. Si nosotros, al oír esto, nos estremecemos ¿cuál debemos pensar que sería el ánimo de quienes con sus ojos lo contemplaban? ¿Qué sufrirían los comensales al ver en mitad del banquete puesta ahí la cabeza cortada y la sangre ahí presentada? Pero no se conmovió con semejante espectáculo aquella mujer sanguinaria y más feroz que las furias, sino que saltaba de gozo. Y esto a pesar de que si no por otros motivos, a lo menos por el solo aspecto de aquella cabeza era necesario que se engendraran asco y náuseas. Nada de eso sufrió aquella mujer sedienta de la sangre del profeta.

!Tal es la fornicación! ¡no hace únicamente lascivos, sino además homicidas! Las mujeres ansiosas de adulterio siempre están preparadas para dar muerte a los varones a quienes ellas mismas hacen injuria; y fácilmente procuran no una sola, ni dos, sino innumerables muertes. Muchos testigos hay de semejantes crímenes. Pues eso fue lo que hizo entonces Herodes, con la esperanza de que crimen tan grave fuera al fin relegado al olvido. Pero aconteció todo lo contrario, pues en adelante Juan clamó con voces mucho más penetrantes. Es que la perversidad no mira sino al tiempo presente y es a la manera de los que sufren fiebre cuando piden inoportunamente agua fría.

Si ella no hubiera degollado al que acusaba su crimen, éste no habría tenido tan gran publicidad. Los discípulos de Juan cuando éste fue encarcelado, nada publicaron del crimen; pero cuando fue asesinado se vieron obligados a publicar el motivo y el hecho, y refirieron todo el crimen. Y se vieron obligados a publicar la causa verdadera de la muerte, para que nadie sospechara alguna otra perversa, como sucedió con Teudas y con judas. En conclusión: cuanto más te esforzares en ocultar tu crimen, por los mismos caminos más lo divulgarás. Nunca el pecado se encubre anadiendo pecados, sino que se borra con la penitencia y la confesión.

Advierte la moderación con que narra todo esto el evangelista; y cómo, en cuanto se puede, aminora el crimen. Pues dice que Herodes lo cometió por temor del juramento y de los comensales y que incluso se entristeció. Y acerca de la joven dice haber sido amonestada de antemano por su madre; y que llevó la cabeza de Juan a su madre, como si dijera que la muchacha no hizo sino cumplir lo que la madre le ordenaba. Lo hace el evangelista porque los justos suelen todos dolerse no de quienes sufren males, sino de los que los causan, pues en último término son éstos los perjudicados. En efecto: Juan no fue danado, sino los que tramaron todo el crimen.

A esos justos imitemos nosotros y no injuriemos a los prójimos por sus pecados, sino que, en cuanto sea posible, disimulémoslos. Revistamos de virtud nuestro ánimo, como el evangelista que, en cuanto se pudo, habló con moderación de aquella mujer adúltera y sanguinaria. Porque no dijo: Avisada de antemano por aquella sanguinaria y malvada, sino solamente: avisada de antemano por su madre, usando así de más comedidas palabras. Tú, en cambio, injurias y querellas a tu prójimo, y de tu hermano que te ha injuriado no logras hablar tan comedidamente como el evangelista lo hizo acerca de aquella meretriz; sino que lo haces con feroces oprobios y lo llamas criminal, perverso, astuto, necio y con otras palabras semejantes.

Porque nosotros nos ponemos totalmente como fieras y hablamos al otro como si fuera un extrano, y lo maldecimos y lo colmamos de injurias y dicterios. No lo hicieron así los santos. Estos, más bien, lloran por los pecadores en vez de maldecirlos. Pues hagamos nosotros otro tanto: lloremos a esa Herodías y cuantas la imitan. Porque aun ahora muchos banquetes como ése se celebran. Y aun cuando no se sacrifique a Juan, pero se desgarran con mayor gravedad los miembros de Cristo. Los que en ellos bailan no piden en una bandeja la cabeza de Juan, sino las almas de los comensales. Y una vez que las han reducido a servidumbre y las han empujado a ilícitos amores y a convivir con las meretrices, no cortan las cabezas sino que degüellan las almas, volviéndolas adúlteras, afeminadas y muelles.

Ni me vayas a decir que tú, ebrio y harto de vino, contemplas sin movimiento alguno de concupiscencia a la bailarina que habla obscenidades, y que no te vence la lascivia ni te lleva a la voluptuosidad. Ciertamente sufres algo horrible, como es hacer de los miembros de Cristo, miembros de una meretriz. Pues aun cuando no esté presente la hija de Herodías, pero el demonio que entonces por medio de ella bailaba, ese mismo ahora por medio de estas danzas que él dispone se lleva cautivas las almas de los comensales. Y aun cuando podáis vosotros evitar la embriaguez, sois, sin embargo, copartícipes del pecado ajeno en forma gravísima, ya que semejantes banquetes tienen como base económica infinitas rapinas.

No atiendas a las carnes que tienes delante ni a los bizcochos sino a cómo se han conseguido: verás que proceden de avaricia, violencia y hurto. Instarás diciendo que tu banquete no se prepara así. ¡Desde luego! ¡ni yo lo deseo! Pero aun cuando por este capítulo tus banquetes están limpios, sin embargo, los banquetes costosos no están en absoluto libres de crimen. Oye cómo los reprende el profeta, aun estando libres de los pecados que ya dijimos.!Ay de los que bebéis vino escogido y os ungís con ungüentos los más exquisitos! 120?Ves cómo reprende los placeres? Porque con esas palabras no condena la avaricia, sirio sólo el abuso de los placeres. Comes tú sobre medida cuando Cristo no tiene ni aun lo necesario. Tú devoras en abundancia los bizcochos cuando Cristo no tiene ni siquiera pan árido. Bebes tú vino de Tasos, cuando a El no le has dado ni un vaso de agua fresca en su sed. Te acuestas en un lecho delicado y con adornos mientras El yace rígido al aire frío. Por esto, aun cuando tus banquetes se hallen libres de avaricia, sin embargo, son perversos, pues todo lo consumes más allá de lo necesario y a Cristo no le das ni aun lo indispensable, siendo así que si vives entre placeres es por los bienes que El te ha dado.

Si fueras tutor de algún nino y administrador de sus bienes, y estando él en necesidad extrema lo descuidaras, tendrías diez mil acusadores y recibirías el castigo conforme a las leyes. En cambio, habiendo tú recibido los bienes que a Cristo pertenecen y despilfarrándolos a pesar de todo vanamente ¿no piensas que tendrás que dar cuenta de eso? Y no hablo de los que llevan a sus mesas a mujeres meretrices (pues de ésos habría que hablar como de perros), ni de los que mediante el robo hinchen los vientres ajenos, pues no me meto con ellos (como no lo hago con los cerdos ni con los lobos), sino de quienes disfrutan los bienes que les son propios, pero nada dan a los demás. Hablo de los que vanamente despilfarran los bienes paternos.

Tampoco éstos están libres de culpa. Porque yo pregunto ¿cómo puedes estar libre de culpa y acusación cuando repletas el vientre del parásito, lo mismo que el de un perro que se halla presente, mientras a Cristo no lo juzgas digno ni aun de ese beneficio? Cuando el bufón que te hace reír recibe de ti tantas cosas ¿cómo estarás sin culpa cuando a Cristo que te ofrece el reino de los cielos en pago, no le das ni aun la más pequena parte de ellas? Para que diga algo gracioso, el bufón se marcha repleto; y Cristo, que nos ensena doctrinas tales que si no las aprovechamos en nada nos diferenciamos de los canes, ¿no recibe ni siquiera ese beneficio? ¿Te horrorizas oyendo esto? ¡Horrorízate de hacerlo! Echa fuera a los parásitos y pon a Cristo a tu mesa. Si comunica contigo tu sal y tu mesa, será para ti tu juez lleno de mansedumbre: porque El sabe respetar la mesa. Puesto que si así suelen hacerlo los ladrones ¿cuánto más el Señor? Piensa en qué forma alabó desde la mesa a la meretriz, como ya justificada, y en cambio, reprochó a Simón: No me diste el ósculo. 121 Sin hacer tú eso, todavía El te alimenta; pues mucho más te colmará de mercedes si lo haces. No desprecies al pobre porque se te acerca pálido y mugroso. Piensa que en él Cristo visita tu casa. No sigas insultándolo con duras palabras: esas con que sueles meter a los que se te acercan, llamándolos importunos, perezosos y usando aun de palabras más duras.

Yo quisiera que cuando tales cosas dices pensaras en lo que hacen para ti los parásitos y en si acaso te son útiles en algo doméstico. Dirás que anaden suavidad al banquete. Pero ¿cómo es eso de que lo hacen más agradable cuando se dan bofetones y hablan liviandades? ¿Puede haber cosa más desagradable que el abofetear a quien es imagen de Dios? ¿Te deleitas en eso y haces de tu hogar un espectáculo y llenas de mimos tu banquete imitando a los vulgares comediantes, siendo así que tú eres noble y nacido de condición libre? Porque lo que ahí se ven son bofetadas y risadas. ¿A esto llamas tú deleite? te pregunto. ¿A esto que es digno de lágrimas, de llanto y de gemidos? Cuando debías exhortarlos a llevar una vida virtuosa y cumplidora de su deber ¿los provocas al perjurio y a palabras soeces? ¿y a eso llamas deleite? Lo que conduce a la gehenna ¿lo tienes tú como motivo de placer? Porque cuando los parásitos no logran decir algo gracioso, se desquitan con juramentos y perjurios. Pero tales cosas ¿son dignas de risa? ¿no lo son más bien de lágrimas y llanto? ¿quién que no esté loco puede afirmar tal cosa? No digo esto con el objeto de que no se les suministren alimentos, sino para que no sea ese el motivo. Aliméntalos por beneficencia y humanidad y no por crueldad; ¡esté presente la misericordia y no las injurias! Alimenta al parásito porque es pobre y porque en él alimentas a Cristo, y no porque dice palabras demoníacas y mancha su vida. No lo atiendas cuando ríe, sino examina su conciencia y encontrarás que él mismo maldice miles de veces y llora sus procederes. Si lo oculta es por tus respetos. Procúrate comensales pobres, libres, no perjuros ni comediantes. Si quieres que en alguna forma te lo paguen, ordénales que si algo notan menos decoroso, te lo reprendan, te amonesten y procuren el bien de tu casa y tu familia. ¿Tienes hijos? Que tus comensales les sean padres como tú, y maestros y te alcancen bienes a Dios agradables. Introdúcelos en las negociaciones del espíritu. Si observas que alguno necesita de auxilio, ordena que le suministren el auxilio. Por medio de ellos anda a caza de los peregrinos, viste a los desnudos, envíalos a las cárceles, alivia las necesidades ajenas. Que sea este el pago que te den por los alimentos, pago que a ti y a ellos aproveche y que jamás se les pueda reprochar.

Por estos medios os uniréis con más estrecha amistad. Pues ahora, aunque piensen que se les ama, sin embargo, se avergüenzan como si gratuitamente vivieran contigo. En cambio, si llevas a cabo lo que he dicho, procederán de mejor gana y con mayor libertad, y tú con más presteza los admitirás a tu mesa, puesto que en eso no haces gasto sin fruto. Vivirán ellos contigo confiadamente y con la debida libertad; y tu casa, que antes era un teatro, se convertirá en una iglesia. Huirá de ella el demonio y entrará Cristo con el coro de los ángeles. Y en donde están Cristo y sus ángeles ahí está el cielo: ¡hay ahí una luz más espléndida que la del sol! Y si deseas obtener de ellos otro consuelo, ordénales que lean en algún libro las leyes divinas. En esto te obedecerán más gustosos que en otras cosas. Esto a ti y a ellos los torna más decentes; mientras que las otras cosas que acabo de recordar, a todos los deshonran: a ti como querelloso y ebrio; a ellos como a miserables y esclavos del vientre. Y si por querellosos los alimentas es peor que si los mataras. Pero si por utilidad y fruto lo haces, más lucrativo es eso que si ya condenados a muerte los libertaras. Ahora, en cambio, los afrentas más que si fueran esclavos, pues los siervos gozan en tu casa de mayor libertad y confianza que ellos. En cambio, del otro modo los igualas a los ángeles. Libérate, pues, a ti mismo y a ellos; y quita de en medio ese título de parásitos y llámalos comensales. Quita ese nombre de aduladores y dales el nombre de amigos. La amistad la hizo Dios no para daño de amantes y amados, sino para bien y utilidad de ambos. La otra clase de amistades es peor que cualquier enemistad. Porque de los enemigos, si queremos, podemos obtener algún provecho, mientras que de esas amistades necesariamente salimos con daño.

No retengas amigos que son maestros en danarte. No retengas amigos que más cuidan de la mesa que de la amistad. Todos éstos, si suprimes los placeres de la comida, terminan con su amistad. Quienes viven contigo por razones de virtud, permanecen perpetuamente a tu lado sobrellevando cualesquiera vicisitudes de la fortuna. En cambio, los parásitos con frecuencia se vengan de ti y difunden mala fama de ti. He conocido a muchos honorables varones que por aquí alcanzaron pésima fama y fueron acusados: unos, de actos maléficos; otros, de adulterio; otros, de corruptores de menores. No teniendo los parásitos oficio ni beneficio, sino llevando una vida a como haya lugar, caen en sospechas de ejercer el mismo vergonzoso oficio de muchachos prostituidos.

En consecuencia, para apartar semejante fama y antes que nada para evitar la gehenna futura y para hacer lo que a Dios agrada, desterremos esta diabólica costumbre. Haciéndolo así, ya comamos, ya bebamos, procediendo en todo a gloria de Dios, seremos consortes de su gloria. La que ojalá todos alcancemos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLIX (L)

A esta noticia, Jesús- se alejó de ahí en una barca, a un lugar desierto y apartado; y habiéndolo sabido las turbas, lo siguieron a pie desde las ciudades (Mt 14, 13).

Observa cómo Jesús se aparta lo mismo cuando Juan fue encarcelado que cuando fue muerto y también cuando los judíos oyeron que él hacía muchos discípulos. Quería en muchas cosas proceder al modo humano, pues no había llegado aún el tiempo de revelar su divinidad. Por igual motivo ordenaba a los discípulos que a nadie dijeran ser Él el Cristo. Quería que esto no se hiciera público y sabido, hasta después de su resurrección. El mismo motivo tuvo para no ser severo con los judíos que antes de ese tiempo no creyeron en El, y fácilmente los perdonaba.

Al apartarse ahora, no va a ninguna ciudad sino al desierto, y cruza el lago en una barca a fin de que nadie lo siga. Considera cómo los discípulos de Juan desde entonces más se le adhirieron. Porque fueron ellos los que le llevaron la noticia de lo que se hizo con Juan el Bautista. Por esto lo abandona ron y a sólo El se refugiaron. Así procedió Jesús tras de aquella no pequena calamidad y tras de haber dispuesto todo correctamente, después de que le dieron la noticia. Mas ¿por qué no se apartó antes de que se la dieran, ya que conocía bien todo el negocio desde antes que se lo anunciaran? Para demostrar en todo la verdad de la nueva providencia y economía de su encarnación. Quería confirmar no sólo con lo que ellos veían, sino también con sus obras, que estaba al tanto de las astucias del demonio, el cual no dejaba piedra por mover para deshacer semejante opinión. Tal fue la causa de haberse apartado. Pero ni aun así lo dejan las turbas, sino que lo siguen y se le adhieren, sin que la muerte de Juan las aterrorizara. Así es el carino, así es el amor: todo lo pesado y molesto lo supera y hace a un lado. Y por esto al punto recibieron su premio.

Porque dice el evangelista: Al desembarcar vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella y curó a todos sus enfermos. Pues aun cuando era grande el empeno con que lo seguían, pero el premio que de Cristo recibían superaba con mucho al empeno de ellos. Y así el evangelista pone la razón de aquellas curaciones, que es la compasión: ¡la compasión profunda! lo repito. Y los curaba a todos. Aquí no exige la fe. Pues el que se le acerquen, el que abandonen las ciudades, el que lo busquen con empeno, el que permanezcan con él aun con la amenaza del hambre, declara bien su fe. Y El va a proporcionarles alimento. Pero no lo hace espontáneamente, sino que espera a que se lo pidan. Guarda su costumbre, como dije, de no proceder a obrar milagros si no se le piden. Mas ¿por qué ninguno de la turba se le acerca a suplicarle los alimentos? Por la gran reverencia que le tenían y por el ansia de seguirlo y oírlo no sentían el hambre. Tampoco los discípulos, por ser aún algo imperfectos, le rogaron que diera alimento a las turbas. Pero ¿qué fue lo que sucedió? Dice el evangelista: Llegada la tarde se le acercaron los discípulos y le dijeron: El lugar es desierto y es ya la tarde; despide, pues, a la muchedumbre para que vayan a las aldeas y se compren alimentos. Si los discípulos después de verificado el milagro lo olvidaron; si después de haber recogido las espuertas con los restos, todavía creían que Jesús les hablaba de panes cuando a la doctrina de los fariseos la llamó fermento, mucho menos podían ahora sospechar nada de lo que Cristo iba a hacer, sobre todo porque nunca habían visto un milagro semejante. Aunque antes había Jesús curado a muchos enfermos, los discípulos no esperaban lo que haría acerca de los panes: tan imperfectos eran aún.

Pero tú considera la sabiduría del Maestro y cómo claramente los conduce a tener confianza. Porque no les dijo inmediatamente: Yo los alimentaré, porque no le hubieran dado fácilmente crédito. Entonces ¿qué fue lo que les dijo?: No tienen necesidad de ir; dadles vosotros de comer. No dijo yo les daré, sino dadles vosotros; porque aún pensaban ser El puro hombre. Pero ellos, ni aun así levantaron más arriba sus pensamientos, sino que le responden como a un hombre: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. Por esto Marcos anadió que ellos no entendían lo que decía, pues tenían su corazón embotado.

Pues bien: como ellos anduvieran tan rastreros, finalmente procede Cristo como quien es y les dice: Traédmelos acá. Aunque el sitio sea desierto, pero está presente el que alimenta al orbe. Aunque ya es pasada la hora, pero aquel que no está sujeto a las horas es el que habla. Juan dice que los panes eran de cebada. Y no lo dijo sin motivo, sino para ensenarnos a despreciar las mesas opíparas. Así era la mesa de los profetas. Y mandando a la muchedumbre que se sentara sobre la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces; y alzando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes y se los dio a los discípulos y éstos a la muchedumbre. Y comieron todos y se saciaron y recogieron de los fragmentos sobrantes doce cestos llenos, siendo los que habían comido unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los ninos.

?Por qué alzó los ojos al cielo y bendijo? Para que se creyera que El había salido del Padre y era igual a El. Pero las pruebas de ambas cosas parecían contradecirse. Demostraba la igualdad el que todo lo hacía con potestad propia; pero que hubiera venido del Padre no lo habrían creído sino viéndolo obrar todas las cosas con humildad y refiriéndolo todo al Padre e invocándolo para las obras que llevaba a cabo. Por tal motivo, no hace ni sólo una cosa, ni sólo la otra, para confirmar ambas verdades: hace los milagros con plena potestad unas veces y otras invocando al Padre. Y para que no pareciera que en esto había contradicción, en las cosas de menor importancia alza sus ojos al cielo; pero en las de mayor importancia procede con potestad propia: para que comprendas que también en las cosas menores su potestad no la recibe de otra parte, pero que honra a su Padre.

Cuando perdonó los pecados y abrió el paraíso para introducir al ladrón, y cuando con imperio abrogó la Ley antigua y cuando resucitó innumerables muertos y cuando enfrenó el mar y descubrió los secretos de los corazones y creó los ojos -obras todas propias de sólo Dios y no de otro-, jamás se dice que rogara; en cambio cuando procuró que los panes superabundaran -cosa que es, con mucho, inferior a esas otras-, alza los ojos al cielo, demostrando así lo que ya dije; y ensenándonos a no sentarnos a la mesa antes de dar gracias a Dios que nos proporciona el alimento.

Mas ¿por qué no creó los panes de la nada? Para cerrar la boca de Marción y de los maniqueos que afirman no ser Él el Creador; y para ensenarnos por las obras mismas, que todas las cosas visibles son obras y criaturas suyas; y que es Él quien proporciona los frutos. El, que allá a los principios dijo: Germine la tierra hierba verde. 122 Y también: Hiervan las aguas de animales. Pues no es esta obra menor que aquella otra. Al fin y al cabo, si esos seres brotaron de donde no los había, pero ciertamente salieron del agua. Ni es menos de cinco panes producir tantos otros y del mismo modo multiplicar los peces, que sacar de la tierra los frutos y de las aguas animales vivientes. Senal de que El imperaba en la tierra y en el mar.

Y pues para los enfermos hacía milagros siempre, ahora hace uno en beneficio universal, a fin de que muchos no sólo fueran espectadores de lo que a otros sucedía, sino que además disfrutaran del don por sí mismos. Lo que a los judíos antiguos les parecía en el desierto admirable y decían: ¿Podrá también darnos pan y prepararnos la mesa en el desierto? 123 eso ahora lo hizo Cristo. Y los llevó al desierto para que no recayera sospecha alguna sobre el milagro, y nadie pensara que de algún pueblo cercano había provisto las mesas de pan. Por esto el evangelista recuerda no sólo el sitio sino además la hora. También aprendemos aquí la prudencia de los discípulos que demostraban en las cosas necesarias y en cuán alto grado despreciaban los placeres. Pues siendo ellos doce, no tenían sino cinco panes y dos peces. Hasta tal punto despreciaban las cosas materiales y sólo cuidaban de las espirituales. Más aún: ni aun eso poco que tenían se lo guardaron, sino que en cuanto se les pidió, lo entregaron.

Aprendamos por aquí que, aun cuando sea poco lo que poseemos, lo ofrezcamos a los pobres. Pues los apóstoles, mandados presentar los cinco panes, no exclamaron: Entonces ¿de dónde nos alimentaremos después? ¿cómo podremos aplacar el hambre? Sino que al punto obedecen. Aparte de la razón que ya adujimos, parece que Cristo con estos panes hizo el milagro, para llevar los discípulos a la fe, pues aún eran débiles en ella. Por esto mira al cielo. Tenían ya muchos ejemplos de otra clase de milagros, pero de ésta ninguno.

Habiendo, pues, tomado los panes, los partió; y por medio de los discípulos los repartió, confiriéndoles este cargo de honor. Ni sólo lo hizo para honrarlos, sino para que, palpando la realidad del milagro, no le negaran la fe ni se olvidaran luego del suceso, del que sus manos mismas daban testimonio. Y permitió que primero las turbas sufrieran el hambre y esperó a que los discípulos se acercaran y le preguntaran. También por medio de ellos hizo que las turbas se recostaran en la hierba, y por medio de ellos distribuyó los panes, queriendo así anticiparse y comprometer a cada uno por confesión propia y por sus obras. Por esta causa, de ellos recibió los panes, a fin de que se multiplicaran los testimonios del milagro y tuvieran ellos documentos y recuerdos del prodigio. Pues si tras de tantos preparativos todavía lo olvidaron ¿qué habrían hecho si Jesús no lo hubiera de tantos modos preparado? Y ordenó que se recostaran en la hierba, ensenándolos así a vivir austeramente. Porque no deseaba únicamente que los cuerpos se alimentaran, sino que las almas quedaran ensenadas.

De manera que por el lugar, por no suministrarles sino panes y peces, por haber ordenado que a todos se les diera lo mismo y en comunidad lo tomaran, de manera que ninguno recibiera más que otro, ensenó la humildad, la templanza y la caridad; y quiso que todos amaran a todos con igual afecto y tuvieran todas las cosas comunes a todos. Y habiendo partido los panes, los dio a los discípulos, y los discípulos los dieron al pueblo. Les dio los cinco panes ya partidos; y estos cinco panes, como si fueran una fuente, se multiplicaban y brotaban de las manos de los discípulos.

No terminó con esto el milagro; sino que hizo Jesús que no solamente los panes sobreabundaran, sino también los pedazos, para que se viera que estos pedazos eran de aquellos panes y pudieran también los que no estaban presentes saber lo que había sucedido. Para esto permitió que las turbas padecieran hambre; a fin de que nadie pensara que todo se reducía a meras apariencias. Permitió que sobraran doce canastos, para que incluso judas llevara el suyo. Podía simplemente haber apagado el hambre en las turbas, pero los discípulos no habrían experimentado su poder, pues así sucedió en tiempo de Elías. En esta ocasión los judíos quedaron de tal manera estupefactos que quisieron constituirlo rey, cosa que en los otros milagros no habían intentado.

Pero ¿quién podría con palabras expresar en qué forma los panes brotaban como de una fuente? ¿cómo fluían en aquel desierto? ¿cómo vinieron a quedar saciados tantos hombres? Porque eran cinco mil, sin contar las mujeres y los ninos. Grande alabanza era para el pueblo que mujeres y ninos siguieran a Cristo. ¿Cómo se hicieron los fragmentos sobrantes? Porque esto no es menor milagro que lo otro. Y fueron tantos los fragmentos que los canastos igualaron al número de los apóstoles y no fueron ni más ni menos. Y habiendo recogido los fragmentos, Jesús no los adjudicó a las turbas, sino a los discípulos, porque aquéllas eran más imperfectas que los discípulos.

Luego, habiéndoles hecho una sena, obligó a los discípulos a subir en la barca y precederle a la otra orilla, mientras él despedía a la muchedumbre. Para que, si estando él presente pareciera que lo sucedido eran meras apariencias y no la realidad, a lo menos una vez él ausente, vieran que no era así. Por esto, dejando el hecho a que lo examinaran cuidadosamente, ordenó que se apartaran los que habían recibido el beneficio y las pruebas y constataciones del milagro. En cambio, en otras ocasiones, tras de hacer grandes prodigios, apartaba de sí juntamente a las turbas y a los discípulos, para persuadirnos que jamás se ha de buscar la gloria vana de los hombres ni el aura popular, ni procurar atraerse las multitudes.

Cuando dice el evangelista que los obligó significa con esto que los discípulos estaban muy fuertemente adheridos a su presencia. Los despachó al parecer para evitar el concurso de las multitudes; pero lo que él quería era subir al monte, para ensenarnos así que ni se han de frecuentar continuamente las muchedumbres ni tampoco se han de huir; sino que hay que hacer ambas cosas mirando siempre a la utilidad, de manera de proceder ya de un modo ya de otro, según convenga.

Aprendamos a adherirnos a Cristo Jesús, no para alcanzar favores en las cosas sensibles, no sea que esto nos acarree desdoro, como a los judíos. Pues Cristo les dijo: Vosotros me buscáis no por haber visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado. 124 Por eso Jesús no hizo muchas veces semejante milagro, sino solamente dos, para que aprendiéramos que no se ha de servir al vientre, sino que hay que ocuparse asiduamente en las cosas del espíritu. Ocupémonos en ellas y busquemos el pan del cielo, y una vez recibido echemos fuera todos los cuidados del siglo. Pues si aquellos hombres, habiendo abandonado su casa, parientes y ciudades y todo, se mantenían en el desierto y no se apartaban ni aun apretándolos la necesidad del hambre, mucho más debemos nosotros, cuando a semejante mesa nos acercamos, mostrar mayores virtudes, mayor amor de las cosas del cielo, y buscar las cosas sensibles sólo en segundo término.

No acusó Jesús a los judíos porque lo buscaran a causa de los panes, sino porque lo hacían a causa solamente de los panes y sobre todo por los panes. Si alguno desprecia los dones que son de mucho valor y se apega a otros menores que aquel que los concede desea sean despreciados, pierde también los mayores. Por el contrario, si deseamos los dones de alto precio, se nos anadirán los de menos precio, puesto que estos segundos se dan como anadidura de los primeros, por ser tan viles, aun cuando parezcan grandes, si con los grandes se comparan. En consecuencia no busquemos empenosamente esos dones pequenos, sino mantengámonos indiferentes en cuanto a poseerlos o perderlos. Así lo hizo Job, quien ni se apegaba a los bienes presentes ni se quejaba de que le fueran quitados. Las riquezas se llaman Jremata, no para que las enterremos, sino para que según convenga las usemos. 125 Así como cada artífice posee su propio arte, así el rico que ignora la herrería ni sabe construir embarcaciones ni manejar el telar ni construir casas ni otra alguna de esas artes; pero si aprende a usar de las riquezas en la forma que conviene y a repartirlas entre los pobres, acabará por ser maestro en un arte que es mejor que todos los otros.

Porque este arte es más elevado. Su oficina la tiene construida allá en el cielo; y no usa instrumentos fabricados con hierro y bronce, sino la buena voluntad y la bondad. Maestro de este arte es Cristo, lo mismo que su Padre. Pues dice El: Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos. 126 Y es cosa admirable que precediendo este arte en excelencia a todos los otros en tan alto grado, no necesite de trabajo alguno, ni de tiempo, para ejercitarse, pues basta con querer y todo está hecho. Pero veamos también cuál sea tu finalidad.

Cuál es, en conclusión? El cielo y los bienes celestiales: es decir, aquella gloria inefable, aquel tálamo espiritual, aquellas lámparas brillantes, aquel habitar con el Esposo, y otras cosas que con palabras no pueden declararse ni con pensamiento alguno concebirse. De manera que por este lado semejante arte en gran manera difiere de todos los otros. La mayor parte de las artes solamente nos son útiles en el tiempo presente, pero éste lo es para la vida futura. Pues si tanto difiere de las otras artes que nos son necesarias en la vida presente, como la medicina, la arquitectura y otras semejantes, mucho más diferirá de esas otras que, si alguien bien las examina, verá que ni a artes llegan; de manera que yo a esas otras superfluas ni las tengo por artes.

?Para qué nos son útiles las artes culinarias y las de los condimentos? En verdad, para nada. Peor aún: son harto inútiles y aun dañosas, pues enferman el alma y el cuerpo y acarrean pomposamente un deleite que es madre de todas las enfermedades y padecimientos. Más todavía: ni a la pintura ni al bordado de variadas labores y colores los llamaría yo propiamente artes, pues nos llevan a gastos inútiles. Las artes que son necesarias para el sustento de nuestra vida, conviene que nos aporten y preparen lo que necesitamos. Para esto nos puso Dios en el ánimo la sabiduría, para que encontremos modos de conservar nuestra vida. Pero representar en las paredes y en los vestidos animalillos, pregunto yo: ¿qué utilidades trae? Mucho habría que recortar de las artes de los zapateros y de los tejedores, puesto que con mucho han contribuido al lujo, mientras que sí han suprimido de lo que sí era necesario, mezclando con su arte un pésimo artificio: lo mismo que sucede en el arte de construir.

Sin embargo, así como a este último arte, mientras construya casas y no teatros y edifique lo necesario y no lo superfluo, lo llamaré arte, lo mismo que al de tejer con tal de que fabrique vestidos y mantos y no se dedique a imitar aranas excitando así grande hilaridad y generando grande molicie, también lo llamaré arte. Y el arte zapateril, mientras fabrique zapatos, no lo privaré del nombre' de arte. Pero mientras convierta a los hombres en figura de mujeres y con las formas del calzado los torne afeminados y muelles, lo pondré entre las artes dañosas y superfluas. Ya sé yo que a muchos les parece que me entretengo demasiado en minuciosidades, pero no por eso me abstendré de hacerlo. Ciertamente la causa de todos los males es que semejantes pecados parezcan de poca importancia y por eso se descuiden. 127 Preguntarás: pero ¿qué pecado habrá más leve que el llevar zapatos adornados y brillantes y bien ajustados a los pies, al es que tal cosa ha de llamarse pecado? ¿Queréis, pues, que acometa a quien tal objeción pone, y le demuestre cuán grande torpeza hay en la naturaleza misma de eso? ¿No os irritaréis? Pero... ¡vamos! ¡aun cuando os irritéis no me preocuparé por ello! Al fin y al cabo, sois vosotros mismos los causantes de semejante falta de sentido común: vosotros los que juzgáis que tal cosa ni siquiera es pecado y así nos obligáis a combatir ese lujo. ¡Ea, pues! Exploremos el asunto y veamos cuán grave mal sea. Desde luego, eso de mezclar en el calzado hilos de seda que ni siquiera es honroso poner en el vestido ¿cuán grave afrenta es y cuán digno de burla? Y si desprecias mi parecer, oye a Pablo, quien con suma vehemencia lo prohíbe y por ahí comprenderás la ridiculez de la cosa. Y ¿qué es lo que dice?: Sin rizado de cabellos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos? Pues ¿de qué perdón serás digno si cuando Pablo no permite a tu esposa usar costosos vestidos, tú llevas semejante lujo hasta en Como se advierte, el santo se fija principalmente en lo moral.

el calzado y de mil maneras te proporcionas una cosa tan ridícula y molesta? Para que tú la uses se construye la nave, se alquilan remeros, se amaestran patrones y timoneles, se despliegan las velas, se cruza el mar dejando abandonada a la mujer, a los hijos, a la patria; y el comerciante expone su vida a las olas y se va hasta las regiones de los bárbaros y se enfrenta con infinitos peligros: todo para que tras de tantas cosas, tú en tu calzado lleves cosidos unos hilos y adornes la piel del zapato. ¿Hay cosa más loca que ésta? No eran así los calzados de los antiguos, sino tales como convenían para hombres. De manera que me temo que, andando los tiempos, los jóvenes vengan a usar calzado de mujer, sin que esto les cause vergüenza. Y lo que es más grave aún, sus padres lo ven y no se indignan sino que lo llevan con indiferencia. ¿Queréis que os presente algo más grave aún? Pues bien: todo eso se hace al mismo tiempo que muchos se hallan oprimidos por la miseria. ¿Queréis que os presente aquí en medio a Cristo hambriento, desnudo, cercado por todos lados y aprisionado y atado? Pues ¿de qué rayos no seréis dignos cuando a El necesitado de alimento lo descuidáis, mientras tan cuidadosamente andáis adornando las pieles de vuestros zapatos? Cuando El imponía la ley a sus discípulos no les permitió ni aun el llevar calzado, ¿mientras que nosotros no sólo no soportamos caminar con los pies descalzos, pero ni aun calzados de modo decente? ¿Qué hay peor que semejante absurdo? ¿qué hay que sea más ridículo? En verdad que eso es propio de un ánimo afeminado, inhumano, en exceso curioso y vanísimo. ¿Cuándo podrá ocuparse en lo que es necesario quien a tales superfluidades se entrega? ¿Cuándo un joven así podrá cuidar de su alma? ¿o siquiera pensar que la tiene? Vanísimo será quien se halle necesitado de admirar tales cosas. Cruelísimo será quien ocupado en ellas, descuide a los pobres. Sin virtud estará quien ponga todo el empeno de su vida en semejantes anhelos. El que anda cuidadoso de esos hilos de seda y del brillo de los colores y de la belleza de las hiedras que de semejantes tejidos nacen ¿cuándo podrá mirar al cielo? ¿Cuándo admirará la hermosura de allá arriba quien inclinado a la tierra, anda extasiándose en la belleza de las pieles de su calzado? Dios extendió los cielos y encendió el sol para arrastrar tus miradas a lo alto; y tú en cambio a ti mismo te obligas a mirar al suelo, al modo de los cerdos, y le das gusto al demonio. Porque fue el mismísimo malvado demonio quien inventó semejante desvergüenza, para apartarte de aquella otra hermosura. Para eso te arrojó en aquélla. Para que a Dios que te muestra los cielos lo pospusieras al demonio que te muestra las pieles. O mejor dicho, no pieles, pues al fin y al cabo éstas son obras de Dios, sino cierta molicie y pésimo artificio. ¡Allá va el joven inclinado al suelo! ¡él, a quien se le ha ordenado el ejercicio de la virtud y pensar en el cielo! ¡y se gloría más de su calzado que si hubiera llevado a cabo alguna gran empresa; y muelle y delicadamente cruza la calle y la plaza; y se cubre de tristeza y de dolor por el miedo de que la lluvia le manche con el barro su calzado o el estío se lo cubra de polvo! ¿Qué dices, oh hombre? A causa de semejante lujo has arrojado al lodo toda tu alma ¿y en cambio con tan grave angustia piensas en tu calzado? Reflexiona en el uso que éste tiene y avergüénzate de tenerlo en tanta estimación. El calzado se inventó para calcar el lodo y el cieno y las otras horruras que hay en el pavimento. Si pues no te es posible dejar que se manche, desátalo, póntelo al cuello o en torno de tu cabeza... ¿Os reís vosotros al oír esto? Pues yo me derrito en lágrimas viendo la locura de semejantes jóvenes y de semejantes cuidados. Porque de mejor gana dejarían que todo su cuerpo se manchara, antes que su calzado. Y por aquí se tornan ligerísimos de espíritu; y por el otro motivo, ávidos de riquezas. Quienes se han acostumbrado a dejarse llevar de tan loco empeno es obvio y aun necesario que mucho gasten en sus vestidos y en todas sus cosas. Y si tienen un padre lleno de ambiciones, se les acrece su absurda codicia. Pero si lo tienen avaro, entonces se ven obligados a entregarse a varias torpezas para lograr un poco de oro para sus gastos. Por este camino muchos jóvenes han vendido su hermosura y acabaron en parásitos de gente rica y en ocuparse en otros viles servicios para por este medio comprar los modos de satisfacer su codicia.

Y que un joven así se convierta en amante del dinero y en ligerísimo de espíritu y del todo perezoso para las cosas de obligación, y por aquí se vea necesitado de cometer muchos pecados, es cosa que queda en claro por lo que ya se dijo. Y que además se tornará cruel y ansioso de vanagloria, nadie hay que lo niegue. Y así, como inhumano que es, cuando vea a un pobre, se dejará llevar del amor de sus propios adornos y no se dignará dirigirle una mirada; y aun cuando el pobre se muera de hambre, lo despreciará. Y como anheloso de la vanagloria, se le encontrará bien amaestrado en captarse la estima de los que lo ven aun en cosas que son simples nimiedades. Porque yo pienso que ni un capitán se gloría de sus ejércitos y de sus triunfos, como ese joven depravado del ornato de sus zapatos, de la amplitud de sus vestidos, de la cabellera de su cabeza. Y esto, siendo así que todas esas cosas, obras son de otros artífices.

Pues si nunca acaban de gloriarse de esas obras ajenas ¿cuándo lo harán de las propias? Y aun anadiría yo cosas más graves que éstas; pero, con éstas es ya suficiente. Conviene, pues, que aquí termine mi discurso. Lo dicho es contra los querellosos litigantes que afirmaban no haber nada absurdo en lujo semejante. Sé bien que muchos de los jóvenes no hacen caso de lo que dejo dicho: ¡hasta tal punto están embriagados y presos de semejante enfermedad! Pero no por eso convenía callar. Los padres que no estén locos podrán reducirlos a la modestia debida, aun contra la voluntad de ellos. Ni diga el joven: ¡total, nada de nada! Porque esto es precisamente lo que ha echado a perder todo. De todos modos, convenía instruirlos y volverlos decentes en estas cosas al parecer mínimas y hacerlos magnánimos despreciadores de tales ornatos. Por este otro camino los hallaremos más tarde preclaros y eximios para las grandes empresas.

?Qué hay más despreciable que el aprendizaje de las letras primeras? Pero por ellas se forman los oradores, los sofistas, los filósofos. Si ellos ignoran aquéllas, nunca llegarán a eso otro. Y lo decimos no únicamente para los jóvenes, sino también para las jóvenes y las mujeres; pues se hallan del mismo modo expuestas a los mismos pecados; y tanto más cuanto más conviene que las doncellas usen de mayor modestia. Pensad, pues, como dicho para vosotras cuanto se dijo de los jóvenes, a fin de que no tengamos necesidad de repetir eso mismo. Porque tiempo es ya de que cerremos la predicación con las acostumbradas oraciones.

HOMILIA L (LI)

Rogad, pues, juntamente con nosotros, para que los jóvenes que pertenecen a la iglesia puedan vivir en especial modestamente y llegar honorables a la ancianidad. Pues para los que no viven con templanza no hay que desear que lleguen a la vejez. Pero para los que siendo jóvenes imitan a los ancianos, por mi parte oro para que lleguen hasta una ancianidad extrema y engendren hijos excelentes que sean el gozo de sus padres, y antes que nada de Dios, creador de todos. Y ruego a Dios que aparte de ellos toda enfermedad espiritual; no solamente esa que trasluce en el calzado y en el modo de vestir, sino toda otra cualquiera. Porque la adolescencia, si se descuida, es como la tierra sin cultivo, que por todas partes brota espinas. Metamos ahí el fuego del Espíritu Santo y quememos esas malas pasiones. Cultivemos esos campos incultos, para que puedan recibir la simiente. Mostremos a nuestros jóvenes más sabios que los ancianos extranjeros. Cosa admirable es que en la juventud resplandezca la templanza; pues no merece gran premio quien en la ancianidad se muestra temperante, ya que la edad le ayuda. Lo admirable es gozar de paz en medio del oleaje y no quemarse entre las llamas y en la juventud guardar la pureza.

Pensando en esto, imita al bienaventurado José, que en todo eso resplandeció, a fin de que consigamos las mismas coronas que él consiguió. Ojalá todos las disfrutemos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Una vez que hubo despedido a la turba, subió a un monte apartado para orar; y llegada la noche, estaba ahí El solo.

La barca, ya en medio del mar, era agitada por las olas, pues el viento le era contrario (Mt 14, 23).

?Por qué sube al monte? Para ensenarnos que para orar a Dios es cómoda la soledad y el desierto. Por esto con frecuencia se retira a sitios desiertos, y ahí pasa la noche en oración. Nos amonesta así que es necesario buscar sitio y tiempo oportuno para orar con tranquilidad. La soledad es madre de la tranquilidad y puerto de la quietud, que nos libra de todo alboroto. Por esa causa subió Cristo al monte, mientras los discípulos andaban agitados por las olas, y como en otrora iban azotados por la tempestad. Sólo que en la otra ocasión sufrían teniéndolo a El en la barca, pero ahora se encuentran solos y separados de Jesús. Es porque El los va conduciendo poco a poco a más altos grados de virtud a fin de que luego todo lo soporten con fortaleza. Por eso, cuando al principio tenían que experimentar el peligro, estaba él presente, aunque dormía, para acudir prontamente en auxilio de ellos. Ahora, en cambio, para ejercitarlos en más perfecta paciencia, no procede así, sino que está ausente. Permite que se levante la tempestad estando ya ellos en medio del mar, con el objeto de que no les quede prácticamente esperanza de salvación. Y los deja agitados por las olas durante toda la noche, creo que para despertar su corazón adormecido; porque tal es el efecto del terror que producen las tempestades y la noche. Y mediante ese terror, los inflamó en más desearlo y que tuvieran una más continua memoria en El.

Tales fueron los motivos de que no les acudiera enseguida. Pues dice el evangelista: En la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar. Les ensenaba así a no buscar un acabe inmediato de los males, sino llevar con fortaleza lo que les acontecía. De modo que mientras esperaban ser liberados, se acreció el peligro y el temor subió de punto. Pues dice Mateo: Al verlo ellos andar sobre el mar, se turbaron y decían: Es un fantasma. Y de miedo comenzaron a gritar. Así procede siempre Jesús. Cuando se prepara a borrar las tristezas, echa por delante otras más pesadas y tremendas, como sucedió en este caso. La tempestad no menos que aquella visión los perturbó. Pero, como ya dije, El ni aclaró las tinieblas, ni se descubrió inmediatamente, ejercitándolos con el continuo terror y ensenándoles a tener paciencia.

Así procedió con Job cuando iba a quitarle el terror y la tentación. Permitió que el final fuera más terrible aún, no por la muerte de sus hijos, ni por las injurias de su mujer, sino por los insultos de sus amigos y de sus criados. Y al tiempo en que Jacob fue librado en tierra extrana de sus trabajos, fue cuando Dios permitió que fuera perseguido y sufriera mayor perturbación. Pues fue cuando su suegro lo amenazó de muerte. Y luego cayó en extremo peligro con la visita de su hermano Mas, como no convenga que los justos sean tentados por muy largo tiempo, Dios, cuando van ya a salir del certamen, les aumenta las pruebas para su mayor ganancia. Lo mismo procedió con Abraham, cuyo certamen postrero fue el de inmolar a su hijo Isaac. Porque lo intolerable, entonces se torna tolerable cuando viene estando ya uno, como quien dice, en la puerta y se acerca la liberación.

Así lo hizo entonces Cristo. No se les dio a conocer hasta que gritaron de miedo. Pero cuanto mayor había sido el terror, tanto más grata fue su presencia. Cuando clamaron, dice el evangelista, al punto les habló Jesús y les dijo: Tened confianza; soy yo, no temáis. Estas palabras les quitaron el temor y les infundieron confianza. Como no lo podían entonces conocer por su rostro y a causa de aquel modo inaudito de caminar y ser de noche, se les dio a conocer por la voz. Y ¿qué hace Pedro? Es siempre fervoroso, y siempre se adelanta a los demás. Y le dice: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. No le dice ruega, ni suplica, sino manda. ¿Observas su gran fervor y cuánta es su fe? Aunque por esto con frecuencia se hallara en peligro, por emprender lo que estaba sobre sus fuerzas. Aquí pedía algo exorbitante, pero sólo por amor a Jesús y no por vana ostentación. Porque no dijo: Manda que yo ande sobre las aguas; sino ¿qué?: Mándame ir a ti. Es que nadie lo superaba en el amor. Lo mismo hizo después de la resurrección, pues no soportó el ir al sepulcro con los demás, sino que se adelantó corriendo. De modo que da pruebas no solamente de su amor, sino también de su fe. Ni creyó que sólo Jesús podía andar sobre las aguas, sino que podía dar a otros la misma facultad; y anhelaba llegar hasta El cuanto antes.

Y Jesús le contestó: Ven. Y habiendo bajado de la barca Pedro, anduvo sobre las aguas y vino hacia Jesús. Pero viendo el viento fuerte, temió; y comenzando a hundirse, gritó: Señor, sálvame. Al instante Jesús le tendió la mano, lo tomó y le dijo: Hombre de poca fe ¿por qué dudaste? Esto es más admirable que lo primero, y por eso aconteció enseguida. Porque tras de haber demostrado que imperaba sobre el mar, hizo luego un mayor milagro. En la ocasión anterior únicamente imperó a los vientos. Pero ahora anda él sobre las aguas y concede a otro que también ande así. Si allá al principio le hubiera dado ese mandato, Pedro quizá no habría hecho lo que ahora hizo, pues aún no tenía tanta fe.

Mas ¿por qué se lo concedió? Porque si le hubiera contestado: No puedes hacerlo, Pedro, fervoroso como era, le habría contradicho. Por esto quiso que se persuadiera por el hecho mismo, a fin de que para en adelante fuera más modesto. Mas Pedro, ni aun así se pudo contener. Y habiendo bajado de la barca, lo sacudían las olas porque él temía. Las olas hacían que él se agitara; el viento, que temiera. Juan anade que ellos querían recibir a Jesús en la barca; y que la nave llegó al punto a tierra, a donde iban. Viene a significar lo mismo, o sea que, cuando ya estaban para tocar tierra, El subió a la barca.

Habiendo, pues, Pedro bajado de la barca, iba hacia Jesús, no tan gozoso de andar sobre las aguas como de acercarse a Cristo. Pero habiendo logrado lo que era más, peligró en lo que era menos. Es decir por el ímpetu del viento y no por el mar. Tal es la humana naturaleza: con frecuencia, tras de vencer en lo grande, es vencida en lo pequeno. Así le sucedió a Elías con Jezabel y a Moisés en Egipto y a David con Bersabé. Y lo mismo a Pedro. Todavía con el torre: e la visión se atrevió a andar sobre las olas; y en cambio no se pudo sostener contra el ímpetu del viento, y eso que ya estaba al lado de Cristo. De nada te aprovechará estar al lado de Cristo si no estás junto a El por la fe.

El suceso demostró la gran distancia que había entre el Maestro y el discípulo, y sirvió a los otros de consuelo. Porque si más tarde se irritaron por la petición de los dos hermanos, mucho más se habrían irritado en el caso presente, pues aún no habían recibido el Espíritu Santo. Más tarde ya no fueron así, porque en todo conceden el primado a Pedro y para la pública predicación le ceden el primer lugar, aunque pareciera algo más rudo que los otros. Mas ¿por qué no imperó a los vientos, que se aplacaran, sino que extendió su mano y tomó a Pedro? Porque se necesitaba el acto de fe de Pedro. Porque cuando no hacemos lo que está de nuestra parte, también cesa lo que a Dios toca. Y así, demostrando a Pedro que aquel su hundirse no se debía a los vientos impetuosos, sino a su poca fe, le dice: Hombre de poca fe ¿por qué dudaste? De modo que si no hubiera sido débil su fe, aun contra la fuerza del viento se habría él mantenido fácilmente. En tomándolo Jesús, dejó de soplar el viento, demostrando así que en nada lo habría danado si hubiera sido firme su fe. A la manera que al polluelo salido del nido antes de tiempo y ya casi desplomándose, la madre lo sustenta sobre sus alas y lo vuelve al nido, así Cristo hizo con Pedro.

Y habiendo subido a la barca cesó el viento. Antes decían: ¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen? 128 Pero ahora no. Pues dice el evangelista: Los que estaban en la barca se postraron ante él, diciendo: Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios. ¿Observas cómo lentamente los va conduciendo a todos a cosas más sublimes? Porque anduvo sobre las aguas y porque ordenó a Pedro hacer lo mismo, y cuando peligraba lo salvó, se les acrecentó la fe en gran manera. En la otra ocasión increpó al mar; ahora no lo increpa, demostrando su poder de otro modo más excelente. Por esto decían los discípulos: Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios. Y ¿qué? ¿acaso los reprendió porque así hablaban? En absoluto al contrario. Los confirmó en lo que decían cuidando más poderosamente de los que se le acercaban, y no como anteriormente.

Terminada la navegación, dice el evangelista, vinieron a la región de Genesaret; y reconociéndolo los hombres de aquel lugar, esparcieron la noticia por toda la comarca y le presentaron todos los enfermos, suplicándole que los dejase siquiera tocar la orla de su vestido, y todos los que lo tocaban quedaban sanos. Porque ya no hacían como anteriormente, ni le llevaban a sus casas, ni le pedían que los tocara con su mano y que lo ordenara con su palabra; sino que, con más alta sabiduría y con mayor fe, alcanzaban la curación. La mujer que padecía flujo de sangre sirvió de maestra a todos para esta forma de fe. Y para mostrar el evangelista que ya mucho antes Jesús había ido por aquellas tierras, dice: Y reconociéndolo los hombres de aquel lugar, esparcieron la noticia por toda la comarca y le presentaron todos los enfermos.

El tiempo en que lo vieron no sólo no acabó con su fe, sino que la acrecentó y la conservó floreciente. ¡Ea, pues! toquemos también nosotros la orla de su vestido. Más aún: si queremos, podemos íntegro poseerlo. Pues ahora se nos ha puesto delante su cuerpo; no únicamente su vestido, sino su cuerpo; y no para que solamente lo toquemos, sino para que lo comamos y nos saciemos. Acerquémonos, pues, todos los que andamos enfermos. Porque si los que tocaban la orla de su vestido, tan gran virtud participaban ¿cuánto mayor la participarán quienes íntegro lo reciben? Pero recibirlo con fe no es solamente recibir el cuerpo que se nos ofrece, sino tocarlo con un corazón limpio y con tales afectos como que a Cristo en persona te acercas. Pero ¿es que no oyes su voz? Mas lo ves yaciendo en la hostia. Más aún: percibes su voz que te habla por medio de los evangelistas.

Tened, pues, fe en que ahora se celebra aquella misma cena en la que El se recostó; porque ésta en nada difiere de aquélla. No es que ésta la celebre el hombre y aquélla Cristo; sino que ambas las celebra Cristo. En consecuencia, cuando ves al sacerdote que te entrega la hostia, no pienses ser el sacerdote quien eso hace, sino que esa mano que se alarga es la de Cristo. Pues así como cuando el sacerdote bautiza, no es él quien bautiza sino Dios que con su invisible virtud toca la cabeza, de manera que no se atreve a acercarse y tocar ni un ángel ni un arcángel ni otro alguno, así sucede acá. Como Dios es el único que regenera, eso es don de sólo El.

?No has visto cómo entre nosotros, cuando alguno es adoptado por hijo, no se encomienda eso a los criados, sino que los adoptantes personalmente se presentan ante el juez? Pues del mismo modo, tampoco Dios ha encargado semejante ministerio a los ángeles, sino que está presente en persona y ordena y dice: No llaméis padre a nadie sobre la tierra. 129 Y no es porque desprecie a los padres, sino para que antepongas a ellos tu Creador, que te ha inscrito entre sus hijos. Quien te dio lo que era más, o sea a sí mismo, mucho más se dignará darte su cuerpo. Demos, pues, fe a los sacerdotes y a los encargados por ellos, acerca del más grande don que se nos ha concedido. Oigámoslos y temblemos. Nos ha dado su sacratísima carne en comida; se nos ha puesto a la mesa El mismo inmolado. ¿Qué excusa tendremos cuando con tal alimento apacentados en tal forma pecamos? ¿cuando comiendo el Cordero nos convertimos en lobos? ¿cuando comiendo la Oveja luego robamos a la manera de leones? Misterio tan grande nos obliga no sólo a vivir siempre limpios de rapinas, sino aun de la más leve enemistad.

Porque este misterio es misterio de paz, que no nos deja apegarnos a las riquezas. Si Cristo por nosotros no se perdonó a Sí mismo ¿de qué castigo no seremos dignos si nos adherimos a las riquezas y descuidamos el alma, por la que El no se perdonó a sí mismo? Instituyó Dios que los judíos anualmente celebraran fiestas para recordar sus beneficios; pero a ti te los recuerda diariamente, mediante estos misterios sagrados. No te avergüences de la cruz, porque estos son nuestros motivos de honor, estos son nuestros misterios, este don es nuestro ornato de él nos gloriamos! Si yo dijera que Dios extendió los cielos y la tierra y derramó los mares y envió profetas y ángeles, no habré dicho nada que iguale a este misterio. Porque este es el resumen de todos los bienes: que no haya perdonado a su propio Hijo para salvar a los que le eran enemigos.

En consecuencia, que no se acerque a esta mesa ningún judas, ningún Simón Mago, pues ambos perecieron por su avaricia. Huyamos de semejante abismo. No pensemos que nos basta para la salvación el que, tras de haber despojado a viudas y pupilos, ofrezcamos al altar cálices de oro con adornos de piedras preciosas. Si quieres de verdad honrar este santo Sacrificio, ofrece tu alma por la que Cristo fue inmolado. A ella hazla de oro. Pero si es de calidad inferior al plomo y aun al barro ¿qué lucrarás con que el cáliz sea de oro? No cuidemos, pues, únicamente de ofrecer cálices de oro, sino que éstos sean fabricados de lo adquirido en justo trabajo. Entonces serán más preciosos que el oro, pues provendrán no de avaricias ni de rapinas. No es la iglesia orfebrería ni platería, sino reunión de ángeles; de manera que lo que necesitamos son almas, ya que los cálices Dios los admite en vista de las almas. No era de plata la mesa aquella ni de oro el cáliz aquel en que Cristo dio su sangre a los discípulos; y sin embargo, mesa y cáliz eran a la vez preciosos y temibles, porque todo estaba lleno del Espíritu Santo.

?Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando anda desnudo. No lo vayas a honrar aquí dentro con panos de seda, mientras allá fuera lo olvidas a El, afligido del frío y la desnudez. El que dijo: Esto es mi cuerpo, 130 y de verdad realizó lo que decía, ese mismo dijo también: Me visteis hambriento y no me disteis de comer; y también: Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequenuelos, conmigo no lo hicisteis. 131 El cuerpo sagrado no necesita aquí de vestido, sino de una alma pura; en cambio allá fuera necesita de muchos cuidados. Aprendamos a ser sabios y a honrar a Cristo en la forma que él quiere. Porque para quien recibe honor, el honor más grato es aquel que él mismo desea y no el que nosotros ideemos. Pensaba Pedro honrar a Cristo cuando le impedía lavarle los pies; pero eso que él intentaba no era honor, sino todo lo contrario. Pues también tú hónralo en la forma que El mismo ordenó con ley, repartiendo tus riquezas con los pobres. No necesita Dios de vasos de oro, sino de almas de oro.

Y no digo esto para prohibir que semejantes dones se ofrezcan, sino rogándoos que juntamente con ellos y aun antes que ellos, se haga limosna. Cristo acepta esos dones, pero mucho más la limosna. Porque en esos dones solamente el que los ofrece saca utilidad, pero en la limosna también el que lo recibe. En aquéllos puede haber ocasión de vanagloria y vana ostentación; pero en la limosna solamente hay benignidad. ¿Qué utilidad se sigue de que la mesa de Cristo esté cargada de vasos de oro, mientras El perece de hambre? Antes que nada sacia tú al hambriento, y luego, de lo sobrante, adorna a Cristo en su mesa. ¿Cáliz de oro fabricas y no das un vaso de agua? ¿Qué necesidad hay de ornamentar la mesa con telas tejidas de oro y en cambio no dar a Cristo ni siquiera lo necesario para el indispensable vestido? ¿qué utilidad se saca de eso? Porque, ven acá y dime: si vieras tú a uno privado del necesario sustento, pero dejándolo así muerto de hambre, te pusieras a adornar la mesa revistiéndola de oro y nada más hicieras ¿te daría ese pobre las gracias? ¿acaso no más bien se encolerizaría? Y ¿qué si lo vieras vestido de ropas desgarradas y aterido de frío y tú, omitiendo darle vestido, le erigieras columnas de oro y pregonaras ser en su honor lo que hacías? ¿Acaso no pensaría que lo burlabas y que le hacías la mayor de las injurias? Pues piensa del mismo modo acerca de Cristo, cuando pasa El errabundo y necesitado de hogar; mientras que tú, tras de negarle el hospedaje, te pusieras a exornar el pavimento y los capiteles y las columnas y a suspender lámparas con cadenas de plata; y a él, encarcelado y atado, ni siquiera te dignaras dirigirle una mirada.

Y no digo esto para prohibir que semejantes adornos se empleen, sino para que juntamente se cuide de ambas cosas. Más aún: yo os exhorto a que primero hagáis las limosnas y después lo demás. A nadie se le ha acusado por no haber proporcionado semejantes adornos; mientras que a quienes descuidan la limosna, les está preparada la gehenna y el fuego inextinguible y han de tolerar semejante suplicio en companía de los demonios. No por adornar tu casa, descuides a tu hermano que se halla en aflicción: porque él es templo más precioso que este otro material. De éste pueden arrancar los cimientos los reyes paganos, los tiranos, los ladrones; pero cuanto hagas benignamente por tu hermano hambriento, peregrino, desnudo, no puede arrebatarlo ni el demonio mismo, sino que queda guardado en el tesoro aquel intangible.

?Qué dice Jesús?: A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a Mí no siempre me tendréis. 132 Esto sobre todo debe movernos a misericordia: que no siempre, sino solamente en esta vida, tendremos a Cristo hambriento. Y si quieres penetrar el sentido íntegro de su sentencia, óyelo. Esto no lo dijo a los discípulos, aun cuando así parezca, sino que fue acomodado a la debilidad de la mujer aquella. Por ser aún imperfecta y porque ellos la molestaban, habló así a fin de consolarla. Y se ve claro por lo que dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Que a El siempre lo tengamos con nosotros, El mismo lo afirmó: Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo. 133 Queda pues en claro, de todo eso, que Cristo no dijo aquello sino para que la reprensión de los discípulos no danara la fe que brotaba en aquella mujer.

No opongamos, pues, este pasaje, que fue dicho en aquellas circunstancias; sino que, leyendo cuantas leyes hay en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, pongamos gran cuidado en hacer limosna. Esto limpia del pecado. Pues dice Cristo: Dad limosna y todo será puro para vosotros 134 Ella vale más que los sacrificios, pues dice: Misericordia quiero y no sacrificio. 135 Ella abre los cielos, pues al centurión Cornelio le dijo el ángel: Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios. 136 Más necesaria es la limosna que la virginidad, pues por haber olvidado aquélla las vírgenes necias fueron excluidas del tálamo, mientras las otras eran recibidas.

Sabiendo todo esto, sembremos largamente para recoger con mayor abundancia; y que así consigamos los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por todos los siglos. Amén.

HOMILIA LI (LII)

Entonces se acercaron a Jesús fariseos y escribas venidos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos, etc. (Mt 15, 1).

ENTONCES. ¿Cuándo? Cuando hizo infinitos milagros; cuando curó a los enfermos al contacto de la orla de su vestido. Declara el tiempo el evangelista para manifestar la enorme perversidad de aquellos hombres que por nada cedían. ¿Qué significa eso de fariseos y escribas venidos de Jerusalén? Lo dice porque aun cuando estaban dispersos entre todas las tribus y divididos en las doce partes, pero los de Jerusalén eran los más perversos, porque disfrutaban de más crecidos honores y eran muy arrogantes. Observa cómo por su mismo modo de preguntar quedan cogidos. Porque no dicen: ¿por qué traspasan la Ley de Moisés? sino: la tradición de los ancianos. Por aquí se ve que los sacerdotes habían metido muchas innovaciones, a pesar de que Moisés con terrores grandes y muchas amenazas había prohibido que algo se anadiera o quitara a la Ley: No anadirás nada a lo que yo os prescribo ni nada quitarás. 137 Sin embargo, ellos anadían novedades como era eso de no comer sin lavarse las manos y sin lavar las copas y vasos de bronce y purificarse. Y precisamente cuando ya era tiempo de eximirse de tales observancias fue cuando ellos más se ataron a ellas. Temían que alguien les arrebatara el principado y anhelaban hacerse más temibles con su papel de legisladores.

Llegó a tales términos la perversidad que sus preceptos se guardaban y en cambio se violaba la Ley de Dios. Y en tal manera se habían impuesto, que era pecado violar sus mandamientos. Había en esto una doble falta: que introducían innovaciones y que, sin tener en cuenta lo de Dios, vindicaban en forma tan rígida lo suyo. Ahora, haciendo a un lado lo de las medidas y lo de las copas de bronce, que eran cosas ridículas, traen al medio lo que les pareció de mayor importancia; y esto con el objeto, según me parece, de concitar contra Cristo la cólera del pueblo. Por lo mismo, trajeron a la memoria los ancianos, como si Cristo los despreciara, y tomar de aquí ocasión de acusarlo.

Nosotros debemos ante todo examinar por qué los discípulos comían sin lavarse las manos. ¿Por qué causa comían así? No lo hacían deliberadamente y con torcida intención, sino que para atender a lo necesario omitían lo superfluo. Tampoco tenían como ley el comer con las manos lavadas o sin lavar, sino que hacían lo uno y lo otro según se presentaba la ocasión. Si no se cuidaban del necesario sustento ¿por qué se iban a cuidar con diligencia de eso otro? Como esto aconteciera a los discípulos muchas veces en que de pronto y como fortuitamente tenían que hacerlo, por ejemplo cuando comían en el desierto y cuando arrancaron las espigas, los escribas y fariseos, que siempre descuidaban lo importante y en cambio cuidadosamente procuraban lo superfluo, tomaron ocasión de aquello como si fuera un pecado, para acusar a Cristo. ¿Qué hace Jesús? No atiende a eso ni rechaza la acusación, sino que al punto los recrimina, con el objeto de reprimir su audacia. Y para manifestar que quien cae en pecados mayores no debe tan cuidadosamente indagar las faltas pequenas de otros. Como si les dijera: Vosotros que debíais ser acusados, acusáis.

Quisiera yo que consideres cómo Jesús, cuando quiere abrogar alguna de las prescripciones legales, lo hace como si quisiera excusarse. Y así procede ahora. Porque no procede inmediatamente a tratar de las transgresiones, ni dice: Esto no tiene importancia, pues habría vuelto a los escribas y fariseos más feroces aún, sino que primero les humilla su audacia, trayendo al medio un crimen de ellos mucho mayor y echándoselo en cara. Tampoco dice de ellos que obren rectamente en las transgresiones para no darles agarradera, ni los reprende para no parecer que confirma la Ley, ni tampoco acusa a los ancianos como perversos y malos, pues lo habrían odiado como a querelloso; sino que haciendo a un lado todo eso, echa por otro camino. Aparentemente parece redargüir a los que se le acercaron, pero en el fondo alude a los que semejante ley pusieron, sin nombrar para nada a los ancianos, aunque reprobándolos también a éstos en la acusación que pone contra aquéllos y pone de manifiesto que cometen un doble pecado: el no obedecer a Dios y el proceder así por agradar a los hombres.

Como si les dijera: precisamente esto es lo que os ha perdido, que en todo obedezcáis a los ancianos. No lo dice claramente, pero lo deja entender cuando les responde: ¿Por qué traspasáis vosotros el precepto de Dios por vuestras tradiciones? Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y quien maldijere a su padre o a su madre sea muerto. 138 Pero vosotros decís: Si alguno dijere a su madre: Cuanto de mí pudiere aprovecharte sea ofrenda, ése no tiene que honrar a su padre; y habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición. No dice por la tradición de los ancianos, sino vuestra, y también: vosotros decís. No dice ancianos para que la contestación resultara menos molesta. Pues los escribas y fariseos intentaban demostrar que los discípulos eran transgresores de la Ley, Cristo les prueba que son ellos los transgresores verdaderos, y que los discípulos están libres de culpa. Ni es ley lo que los hombres establecen, y por eso la llama tradición, que es cosa propia de hombres en exceso perversos. Y como el mandato de lavarse las manos no era contrario a la Ley, El les trae al medio otra tradición que sí era contraria a la Ley.

Lo que dice Jesús significa lo siguiente. Los escribas y fariseos ensenaron a los jóvenes, so capa de piedad, a despreciar a sus padres. ¿Cómo y por qué medio? Si algún padre decía a su hijo: dame esa oveja que tienes, o ese ternero u otra cosa cualquiera, el hijo respondía: Eso que quieres que te dé es don prometido a Dios y tú no puedes recibirlo. De donde se seguía un doble mal. Pues ni lo daban a Dios y en cambio defraudaban a sus padres bajo la excusa de ser aquello oblación hecha a Dios; de manera que les hacían injusticia en nombre de Dios, y a Dios en nombre de los padres. Pero Jesús no les dice esto al punto, sino que primero les recuerda la Ley, por la que Dios manifiesta su voluntad absoluta de que se honre a los padres. Porque dice: Honra a padre y madre para que vivas largo tiempo sobre la tierra. Y también: Quien maldijere a su padre o a su madre, muera. Cristo, dejando a un lado el premio que recibirán los que honren a sus padres, enuncia lo que es más tremendo, o sea el castigo que recibirán los que no los honren. Y lo hace tanto para apartarlos de ese crimen como para atraer a los que sean prudentes. Además por aquí hace a los escribas y fariseos dignos de muerte. Porque si quien con palabras no honra a sus padres es castigado, mucho más lo seréis vosotros: como si les dijera -pues los deshonráis con obras. Y no sólo los deshonráis, sino que ensenáis lo mismo a otros.

Entonces ¿por qué vosotros, que ni aun debíais estar entre los vivos, acusáis a los discípulos? No es de maravillar que contra mí, a quien hasta ahora no conocíais, os mostréis tan rijosos cuando lo mismo hacéis respecto de vuestros padres. Porque por todas partes afirma y demuestra que de esta raíz les ha nacido toda su arrogancia. Hay algunos que interpretan este pasaje de otro modo, es decir, aquello de: Cuanto de mí pudiere aprovecharte sea ofrenda. Es decir: No te debo honor alguno; si te honro lo hago sin obligación, puesto que todo podía yo convertirlo en oblación a Dios. Pero Cristo aquí no trató de esa forma de injuria. Marcos lo dice más claro: Corbán, esto es ofrenda, sea todo lo que de mí pudiera serle útil, 139 que propiamente no significa don o regalo, sino oblación en sentido estricto.

Una vez que Cristo les demostró que quienes pisoteaban la ley de Dios no tienen derecho a reprender a otros, por haber traspasado la tradición de los ancianos, luego aduce la prueba con las palabras del profeta. Y tras de haberlos redargüido con vehemencia, prosigue adelante, como lo hace siempre citando las Escrituras, para demostrar además que El está de acuerdo con la palabra de Dios. ¿Qué es lo que dice el profeta?: Este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra sólo con los labios, mientras que su corazón está lejos de mí; y su temor de mí no es sino un mandamiento humano. 140?Ves cuán exactamente consuena la profecía con lo dicho, y cómo ya de antiguo predice la perversidad de ellos? Lo que ahora Cristo dice acusándolos eso mismo ya anteriormente lo había dicho Isaías, o sea que despreciaban los mandatos de Dios.

Porque dice: Sólo me honra con los labios, mientras que cuidan grandemente de sus propios preceptos, ensenando mandatos de hombres. Con razón, pues, los discípulos no los guardan. Dado este golpe mortal y reforzada su acusación por los hechos, las propias sentencias de ellos y lo del profeta, ya no se ocupa de aquellos escribas y fariseos, puesto que era imposible enmendarlos; sino que se vuelve con su discurso a las turbas para exponerles una verdad sublime, grande, llena de alta sabiduría. Y tomando pie de lo dicho, explicó algo más eximio aún y excluyó la diferencia de alimentos. Pero atiende a la ocasión. Habiendo limpiado al leproso, removió la ley del sábado, se declaró rey de tierras y mares, estableció leyes, perdonó pecados, resucitó muertos y dio infinitas pruebas de su divinidad; y finalmente ahora habla de los alimentos. Porque todo el judaísmo a esto se había reducido; y si esto suprimes, a todo él lo habrás suprimido. Porque partiendo de aquí demuestra que también es necesario abrogar la circuncisión. Aunque esto último no lo aclaró por entonces, por ser un precepto más antiguo y que con mayor reverencia y piedad se guardaba. Más adelante lo abrogó por medio de sus discípulos. Era un precepto tan magno que cuando los discípulos quisieron abrogarlo, pasado ya mucho tiempo, comenzaron por practicarlo y hasta al fin lo abolieron.

Considera en qué forma Cristo induce la ley. Dice el evangelista: Y llamando en seguida a la multitud, les dijo: Oíd y entended. Porque no simplemente lo anuncia a las turbas, sino que primero procura, mediante el honor y la oficiosidad, ganar atención para sus palabras. Esto es lo que deja entender el evangelista cuando dice: Y llamando enseguida. Lo mismo procura aprovechando la oportunidad del tiempo. Una vez que había refutado victoriosamente a los escribas y fariseos y los había confundido con la autoridad del profeta, entonces comienza a legislar, o sea cuando más fácilmente podían captar lo que les decía. Y no sólo llama a las turbas, sino que las hace atentas diciendo: Entended, es decir, meditad, levantad vuestros ánimos, porque digna es de atención la ley que luego quedará escrita.

Porque si ellos, fuera de oportunidad, quebrantaron la ley por causa de su tradición y vosotros les habéis dado oídos, mucho más conviene que ahora me oigáis a mí que oportunamente os llevo a más alta sabiduría. No dijo: la distinción de alimentos nada es; ni tampoco: Moisés erróneamente mandó eso; ni tampoco: lo hizo para acomodarse a vosotros; sino que, entre amonestando y aconsejando y apoyándose en la naturaleza de las cosas, les dijo: No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca. Atendiendo a la naturaleza de las cosas, profiere su ley y establece su parecer. Cuando esto oyeron no lo contradijeron ni le alegaron y objetaron: ¿Qué es lo que dices? Habiendo Dios dado innumerables preceptos acerca de la discriminación de alimentos ¿tú ahora estableces esta ley? Sino que, puesto que con vehemencia los había reprimido, no solamente refutándolos sino poniendo de manifiesto su dolo y revelando lo que ellos a ocultas tramaban y los secretos de sus corazones, se apartaron en silencio.

Pero tú considera cómo ni en público ni claramente había Cristo hablado de los alimentos. Por esto ni siquiera los nombró diciendo alimentos, sino: Lo que entra no mancha al hombre. Cosa que podían ellos suponer referirse a las manos no lavadas. Hablaba de los alimentos, pero podía entenderse de las manos no lavadas. Pues tan sagrada era la discriminación de alimentos, que aun después de la resurrección, Pedro decía: Señor, nunca he comido nada común o inmundo. 141 Pues aun cuando esto lo decía por causa de otros y preparándose una defensa contra sus acusadores y mostrar así que se había resistido, sin embargo con esto demuestra la gran estima y cuidado que en la discriminación de animales se tenía.

Por eso Cristo a los comienzos no habló claramente acerca de los alimentos, sino que dijo: Lo que entra por la boca. Y también cuando luego más claramente parece haber hablado, no lo dio a entender sino hacia el fin, cuando dijo: Pero comer sin lavarse las manos eso no contamina al hombre; como si por aquí comenzara su discurso y que las otras cosas solamente las había intercalado. Por eso no dijo: la comida de los alimentos no contamina al hombre, sino que habló como si tratara de otra cosa, para que nada le pudieran objetar. Anade el evangelista que oyendo esto se escandalizaron, no ciertamente las turbas, sino los fariseos. Porque dice: Se le acercaron los discípulos y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos al oírte se han escandalizado? Y sin embargo, Cristo nada había dicho contra ellos. Y ¿qué hace Cristo? No se pone a contradecir el escándalo, sino que los increpa diciendo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada. Porque sabía él muy bien cuándo se ha de despreciar el escándalo y cuándo no. Porque en otra parte dice: Mas, para no escandalizarlos, vete al mar y echa el anzuelo. 142 Aquí, en cambio, dice: Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos. Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa.

Lo que dijeron los discípulos no fue tanto porque se condolieran de los fariseos, sino porque ellos mismos sentían un poco de turbación. Pero como no se atrevían a decirlo de sí mismos, querían aclarar la cosa contándola como de otros, Y que esto sea así, oye cómo el fervoroso Pedro, que siempre se adelantaba a los demás apóstoles, le dice: Explícanos esta parábola. Declaraba así la turbación de su ánimo, pero sin atreverse a decir abiertamente que aquello le molestaba, sino rogando que mediante la interpretación se le apaciguara su turbación. Pero entonces él a su vez fue reprendido. ¿Qué le dijo Cristo?: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada.

Los enfermos de maniqueísmo alegan este pasaje como dicho de la Ley; pero con lo que ya explicamos les quedan cerradas las bocas. Si de la ley lo decía ¿cómo es que poco antes la defendió y argumentó en su favor diciendo: Por qué traspasáis vosotros el mandato de Dios por vuestras tradiciones? ¿Cómo es que alega el testimonio del profeta que dice: Este pueblo me honra con los labios, etc.? ¡No! ¡esto lo afirma hablando de ellos y de sus tradiciones! Pues si Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre ¿cómo puede ser que lo que El dijo no sea implantación de Dios? También lo que sigue demuestra que Cristo hablaba de los fariseos y de sus tradiciones. Porque anade: Son ciegos y guías de ciegos. Si hubiera tratado de la Ley, habría dicho que ella es guía de ciegos. Pero no dijo así, sino: Son ciegos y guía de ciegos, vindicando así a la Ley de toda acusación y refiriéndolo todo a ellos. En seguida, para apartarles las turbas y que no las despenaran al abismo, dice Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya.

Gran mal es la ceguera. Pero ser ciego y no tener guía y además ofrecerse como guía es doble y triple crimen. Pues si es cosa peligrosísima que el ciego no tenga guía, es más peligroso aún que él se ofrezca como guía. Y ¿qué hace Pedro? No dijo: ¿por qué has dicho eso? Sino que pregunta como si le molestara la oscuridad de lo dicho. Ni dice ¿por qué has hablado en contra de la Ley? Pues temía que lo tuvieran por escandalizado. Tal es el motivo de que hable como si la cosa fuera oscura. Pero es cosa clara que no lo dijo por la oscuridad del dicho, sino por haberse escandalizado, ya que en lo dicho no había tal oscuridad.

Por esto Cristo lo increpa y dice: ¿Tampoco vosotros entendéis? Quizá las turbas no entendieran lo que Cristo decía, pero los discípulos sí se escandalizaron. Por lo cual al principio, como si preguntaran acerca de los fariseos, pedían una explicación. Pero cuando le oyeron que pesadamente conminando decía: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada; y luego: Son ciegos y guías de ciegos, se contuvieron. Por su parte Pedro, siempre ardoroso, ni aun así pudo callar, sino que dijo: Explícanos esta parábola. Cristo le responde con vehemencia: ¿Tampoco vosotros entendéis? ¿No comprendéis? Lo dijo en tono de reprensión para quitarles el prejuicio y opinión preconcebida. Y no terminó aquí, sino que anadió: Todo lo que entra por la boca va al vientre y se expele en la letrina. Pero lo que sale de la boca procede del corazón, y eso hace impuro al hombre. Porque del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que contamina al hombre; pero comer sin lavarse las manos, eso no contamina al hombre.

?Observas con cuánta vehemencia los increpa? Además toma sus argumentos de la naturaleza misma de las cosas, para de este modo rectificarles sus ideas. Pues cuando dice: Va al vientre y se expele en la letrina, todavía les habla en el bajo sentido de los judíos, pues dice que esas cosas no permanecen en el hombre, sino que se expelen. Pero aun cuando permanecieran, no manchan al hombre. Pero esto aún no podían entenderlo. Por esto el legislador le concede tanto tiempo cuanto el alimento permanece dentro; pero cuando ya ha salido, no, sino que ordena por la tarde lavarse y estar limpios, midiendo cuidadosamente el tiempo de la digestión y de la expulsión.

En cambio, lo del corazón, dice, permanece dentro, y cuando sale es cuando mancha y no mientras está dentro. Y pone en primer lugar los malos pensamientos, que era lo propio de los judíos. Y no argumenta aún por las leyes naturales, sino por lo que sale del vientre y del corazón, y de que unas cosas sale y otras no. Pues unas cosas de fuera entran y salen de nuevo; otras, en cambio, nacidas dentro, cuando salen, manchan; y sobre todo al salir. Pero ellos no podían aún entender esto con la debida sabiduría, como ya dije. Marcos anade que Cristo lo dijo para declarar puros todos los alimentos. Pero Cristo no dijo abiertamente que comer tales alimentos no mancha al hombre; sin duda porque no le hubieran dado oídos si tan claramente les hablara.

Aprendamos, pues, qué cosas manchan al hombre: sepámoslo y apartémoslas. Porque veo que hay en la iglesia una costumbre de venir con los vestidos muy limpios y con las manos lavadas, pero en cambio, no se preocupan de presentar al Señor una alma limpia. Y no lo digo prohibiendo lavarse las manos o la boca, sino que yo prefiero que os lavéis no con agua, sino como debe ser con el bano de las virtudes. Las suciedades de la boca son las maldiciones, las blasfemias, las querellas, las palabras llenas de ira u obscenas, los chistes y payasadas. Si tienes conciencia de no haber dicho tales cosas y que no estás manchado con semejantes horruras, acércate confiadamente. Pero si en esto tienes innumerables manchas ¿para qué en vano te lavas con agua la lengua, mientras llevas en ella esas mugres daninas y perniciosas? Porque, dime: ¿Si tuvieras en tus manos estiércol y lodo te atreverías a orar? ¡De ningún modo! Y sin embargo, eso no causa daño alguno; mientras que lo otro es dañosísimo. Entonces ¿por qué en lo que es indiferente te muestras pío, mientras que eres negligente en lo que está prohibido? Dirás: ¿qué pues? Entonces: ¿no se ha de orar? En verdad que es necesario, pero no manchado con horruras, no cubierto de tanto lodo. Pero ¿y si por casualidad he caído? ¡Límpiate! ¿Cómo?' Llora, gime, haz limosna, ponte de acuerdo con aquel a quien injuriaste, reconcíliate con él, limpia tu lengua, para que no irrites a Dios más gravemente.

Si alguien se te acercara como suplicante a tocar tus pies con las manos llenas de excremento, sin duda que no sólo no lo oirías, sino que a puntapiés lo rechazarías. Entonces ¿cómo te atreves a presentarte así a Dios? Porque manos del que suplica es la lengua y con ella toca las rodillas de Dios. ¡No la manches, para que no te diga: Cuanto multiplicáis las plegarias yo no escucho! 143 Y también: La muerte y la vida están en el poder de la lengua. 144 Y además: Pues por tus palabras serás declarado justo o por tus palabras serás condenado. 145 Guarda, pues, tu lengua más que la pupila de tus ojos. Corcel regio es la lengua. Si le pones freno y la ensenas a caminar rítmicamente, el rey se sentará en ella con quietud; pero si la dejas ir sin freno y que ande saltando, será cabalgadura del diablo y de los demonios. Cuando tú has dormido con tu mujer, cosa que no es pecado, no te atreves a orar; y en cambio, tras de la querella y las injurias, merecedoras de la gehenna ¿te atreves a levantar en oración tus manos antes de purificarte? Pero yo pregunto: ¿cómo es que no te horrorizas? ¿No oyes a Pablo que dice: El matrimonio sea tenido por todos en honor y la unión conyugal sea sin mancha? 146 Pues si levantándote de esa unión que es sin mancha, no te atreves a orar, cuando lo haces de una unión diabólica ¿cómo te atreves a invocar aquel tremendo y venerando nombre? Porque lecho del demonio es querer lavarse con oprobios y querellas. 147 La ira a la manera de un danino adúltero, nos acomete con gran deleite y arroja en nosotros simientes perversas y engendra enemistades diabólicas y hace todo lo contrario del desposorio. Porque el desposorio hace que dos sean uno en una carne, mientras que la ira a los que estaban unidos los separa y aun rasga y hiere al alma misma. En consecuencia, para que te acerques confiadamente a Dios, no des cabida a la ira que te acomete, sino apártala como se hace con un can rabioso. Pues Pablo ordenó: Levantando las manos puras, sin ira ni discusiones.

No manches tu lengua, pues ¿rogará ella por ti no teniendo ya tú confianza? Adórnala con la modestia y la humildad en las palabras; hazla digna de Dios a quien ella ruega; llénala de bendiciones mediante la limosna. Porque también con la lengua puedes hacer limosna. Pues dice el Eclesiástico: La buena palabra es mejor que el don; 148 y también: Responde al pobre con mansedumbre y con palabras amables. Y el resto del tiempo, adórnala con la narración de las leyes divinas. Tu conversación sea toda según la ley del Altísimo. Acerquémonos al Rey eterno adorándolo en esta forma y caigamos en sus rodillas no sólo corporalmente, sino también con la mente. Pensemos a quién nos acercamos y en favor de quiénes y con qué finalidad. Nos acercamos a Dios ante el cual los serafines apartan su rostro porque no pueden soportar su esplendor, y a quien la tierra al verlo tiembla. Nos acercamos a Dios que habita en una luz inaccesible. Nos acercamos para que nos libre de la gehenna y para alcanzar perdón de nuestros pecados; para vernos libres de aquel intolerable suplicio; y para conseguir el Cielo con todos los bienes que allá están preparados.

Postrémonos, pues, ante El con el cuerpo y con la mente, para que El, a nosotros postrados, nos levante. Hablémosle con toda modestia y mansedumbre. Preguntarás: ¿quién hay tan miserable e infeliz que no sea humilde en su oración? El que al orar lanza maldiciones contra sus prójimos y está lleno de furor y clama contra sus enemigos. Si quieres acusar, acúsate a ti mismo. Si quieres aguzar la espada de tu lengua, agúzala contra ti mismo, contra tus pecados. No hables del mal que otro te ha causado, sino del mal que tú le has hecho: lo contrario sería el mayor de los males. Porque nadie puede danarte si tú no te danas a ti mismo. Si quieres, pues, levantarte contra los que te danan, levántate primero contra ti mismo. Nadie te lo impide. Si acometes a otros saldrás con mayor daño.

Pero ¿qué injuria que se te haya hecho puedes alegar? Dirás que fulano me injurió, me arrebató mis bienes, me puso en peligro. Pero esto, si estamos vigilantes, no nos es dañoso, porque todo eso puede sernos de gran provecho. El danado es aquel que causó esos males, no el que los sufre. Y esto sobre todo es causa de todos los males: que no caemos en la cuenta de quién es el que dana y quién el danado. Si bien lo supiéramos, nunca nos vengaríamos, nunca pecaríamos contra otro, sabiendo ya que nadie puede danarnos. Que no es daño ser robado, sino robar. Si robaste, acúsate a ti mismo; si otro robó lo tuyo, ora por el ladrón, pues en gran manera te ha aprovechado. Pues aun cuando él no pensara en aprovecharte, tú, si con fortaleza lo sufres, habrás logrado máximas utilidades. Al ladrón las leyes divinas y humanas lo llaman mísero, mientras que a ti, como a danado, te celebran y te coronan.

Si uno que padece fiebre arrebata a otro un vaso lleno de agua y así satisface su dañoso deseo de beber, nunca diremos que ha sido danado por aquel a quien arrebató el vaso, sino que se ha danado a sí mismo aquel que lo arrebató, porque a sí mismo se aumentó el ardor de la fiebre e hizo más grave su enfermedad. Piensa tú lo mismo acerca del codicioso de dineros y riquezas. Porque éste, más aún que el enfermo de fiebre, con la rapina enciende su propia llama. Si alguno furioso arrebata a otro la espada y con ella se atraviesa ¿quién es el que recibe daño? ¿aquel a quien arrebató la espada o aquel que la arrebató? Ciertamente éste. Pues pensemos lo mismo acerca del robo de las riquezas. Lo que es la espada para el loco, eso son las riquezas para el avaro.

Y aun son más dañosas. Porque el que está loco furioso y se traspasa con la espada, al fin queda libre de su locura y no recibe va nuevas heridas. En cambio, el avaro, día por día recibe nuevas y más graves heridas, sin que se vea libre de semejante locura; antes bien, la aumenta cada día. Cuantas más son las heridas que recibe, tanto mayor ocasión presenta de recibir otras mayores. Considerando estas cosas, huyamos de semejante espada, de semejante locura; y aunque sea tardíamente, vigilemos. Razonablemente a tal virtud le damos el nombre de continencia, no menos que a la otra que así comúnmente se llama. Porque en ésta se lucha contra la tiranía de una sola concupiscencia; pero en aquélla otra se hace necesario vencer muchas y variadas concupiscencias. Nadie hay más necio ¡nadie! que quien es esclavo de la riqueza. Cree que reina y es súbdito; le parece que Señorea y es siervo; cuando se ata con cadenas, se goza; mientras vuelve cada vez más feroz a la fiera, se alegra; mientras es llevado cautivo, salta de gozo; mientras ve al can atacado de rabia y que acomete a su alma, mientras convenía encadenarlo y domarlo por el hambre, él largamente lo alimenta, para que con mayor vehemencia lo acometa y se torne más feroz.

Pues bien: pensando todo esto, rompamos las ataduras, demos muerte a la fiera, echemos de nosotros semejante enfermedad, librémonos de esa locura, para que disfrutemos de tranquilidad y tengamos verdadera salud; y así con abundante placer lleguemos al puerto sereno y sin olas, y alcancemos los bienes eternos. Ojalá que todos los obtengamos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LII (LIII)

Salió de ahí Jesús y se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Una mujer cananea de aquellos contornos comenzó a gritar diciendo: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: Mi hija es malamente atormentada por el demonio. Marcos, por su parte, dice que él no pudo ocultarse cuando fue a una casa. 149

?POR QUÉ Cristo fue a aquellas partes? Una vez que liberó a las turbas de la falta de alimentos, siguiendo la misma línea de conducta fue para abrir la puerta del reino a los gentiles. Como lo hizo Pedro cuando se le ordenó derogar esa ley de los alimentos, pues enseguida fue enviado a Cornelio. Y si alguno preguntara: ¿cómo es que habiendo dicho Cristo a los apóstoles: No vayáis a los gentiles, 150 ahora El va a ellos? le responderemos en primer lugar que Cristo no estaba obligado a guardar ese precepto, dado por El a los discípulos. En segundo lugar, que en realidad no fue allá precisamente para predicarles. Dando a entender esto, dice Marcos que no pudo permanecer oculto aun cuando se escondió.

Así como el orden de las cosas pedía que no fuera Él el primero en acercárseles, así también no decía con su bondad rechazarlos cuando iban a El. Si era conveniente ir en busca de los que huían, mucho más conveniente era no huir de los que lo buscaban y seguían. Advierte cómo aquella mujer es digna de cualquier beneficio. No se atrevió a ir a Jerusalén por temor y por no creerse digna de ello. Pues si tal temor no la hubiera cohibido, sin duda habría ido allá, como parece claro por la urgencia que al presente demuestra, y porque salió de los términos de su país. Hay algunos que explican esto alegóricamente; y dicen que cuando Jesús salió de Judea, entonces se atrevió a acercárseles la Iglesia, saliendo ella misma de sus confines. Porque dice en un salmo: Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre. 151 Salió Cristo de su país y también la mujer salió de su país, y así pudieron dialogar. Pues dice el evangelista: Una mujer cananea, habiendo salido de los términos de su país. Acusa el evangelista a esa mujer para hacer ver el milagro y para más enaltecerla. Porque al oír que es cananea debes recordar que aquella gente malvada había arrancado de raíz hasta los fundamentos mismos de la ley natural. Y al recordarlo, piensa en la virtud y fuerza del advenimiento de Cristo. Pues los que habían sido arrojados de en medio de los judíos para que a éstos no los pervirtieran, ahora se tornan mejores que los judíos, hasta el punto de salir de su país para acercarse a Cristo, mientras los judíos lo rechazaban, siendo así que para ellos había venido.

Se acercó, pues, la mujer y no dijo sino:!Compadécete de mí! y con su clamor suscitó un gran espectáculo. Porque gran espectáculo era contemplar a aquella mujer gritando con tan crecido afecto; ver a una madre suplicando por su hija; por su hija, repito, que tan intensamente sufría. No se atrevió a llevar a la posesa a la presencia del Maestro, sino que la dejó en su casa y se presentó ella como suplicante, y únicamente representó el caso, sin anadir nada más. Tampoco se atrevió a llevar a su casa al Médico, como el príncipe aquel que decía: Ven e imponle las manos y baja antes de que muera mi hija; sino que, habiendo expuesto su desgracia y lo terrible del padecimiento, con grandes clamores implora la misericordia del Señor.

Y no dice: Compadécete de mi hija, sino: Compadécete de mí. Como si dijera: ella no se da cuenta de su enfermedad, pero yo estoy inmensamente atormentada y siento como propia su enfermedad y al verla enloquezco. Pero él no le contestó ni una palabra. ¡Cosa más nueva e inaudita! A los judíos Cristo los atrae aun siendo ellos ingratos; aun blasfemando ellos, les ruega. En cambio, a esta mujer que lo busca, le ruega, le suplica, y que no ha sido instruida en la Ley ni en los profetas, y que por otra parte demuestra tan gran piedad, ni siquiera se digna responderle. ¿Quién no se habría dado por ofendido al ver un comportamiento tan contrario a la fama de Cristo? Había ella oído que Jesús recorría las villas curando las enfermedades; pero ahora, cuando ella se le acerca, él la rechaza. Por otra parte, ¿a quién no habría conmovido aquel padecimiento y aquellas súplicas que la mujer hacía en favor de su hija posesa del demonio? Porque no se acercó a Cristo como digna de aquel beneficio y como si exigiera una deuda, sino pidiendo misericordia y declarando su trágico padecer; y sin embargo, no reporta ninguna respuesta. Quizá muchos de los oyentes quedaron mal impresionados, pero ella no. ¿Qué digo muchos de los oyentes? Pienso que los discípulos mismos, impresionados por la desgracia de aquella mujer, se conturbaron. Sin embargo, ni aun así impresionados se atrevieron a decirle a El: Concédele ese beneficio; sino que se le acercaron y le rogaron diciéndole: Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros. Porque sucede que nosotros, cuando queremos persuadir de algo, con frecuencia decimos cosas inoportunas. Cristo en cambio dice: Yo no he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.

?Qué hace entonces la mujer? ¿decayó de ánimo al oír semejante respuesta? ¿se alejó? ¿abandonó su empeno y anhelos? ¡De ninguna manera! Al revés, instó con mayor fuerza. No lo hacemos así nosotros. Por el contrario, si no conseguimos lo que pedimos, desistimos al tiempo en que lo conveniente sería instar con mayor fuerza. ¿A quién no habría derrotado la palabra de Jesús? El silencio mismo del Maestro podía haberla hecho desesperar, pero mucho más semejante respuesta. Al ver que juntamente con ella eran rechazados los que por ella intercedían; y al oír que lo que pedía no era posible, podía esto haberla hecho desesperar. Pero no decayó de ánimo, sino que, viendo que sus abogados nada lograban, perdiendo laudablemente la vergüenza, tomó atrevimiento.

Antes no se había atrevido a presentarse de frente, pues los discípulos dicen: Clama detrás de nosotros. Pero cuando lo verosímil era que ella, dudosa ya en su ánimo, se apartara, entonces se acercó mucho más, y adorándolo le dijo:!Señor, ayúdame!?Qué es esto, oh mujer? ¿Tienes acaso una confianza mayor que la de los apóstoles? ¿Tienes mayor fortaleza? ¡No! responde: ni mayor confianza, ni mayor fortaleza. Más aún: estoy llena de vergüenza. Pero echo mano de la audacia para suplicar. El se compadecerá de mi atrevimiento. Mas ¿por qué lo haces? ¿no has oído que dijo: No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel? Responde la mujer: ¡Sí, lo he oído! Pero él es el Señor. Porque por este motivo ella no le dijo: ruega, suplica; sino ¡ayúdame! Y ¿qué hace Cristo? No se contentó con la prueba, sino que la aumentó, diciendo: No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los canes. Jesús con tal respuesta la colmó de tristeza más aún que con el anterior silencio. Ya no pasa el negocio a otro, ni dice: Yo no he sido enviado. Sino que cuanto más ella insiste pidiendo, tanto mayor repulsa recibe. Ya no llama él ovejas a los judíos, sino hijos, y a ella can.

?Qué hace la mujer? De las mismas palabras de Cristo saca su argumento. Como si dijera: ¡si perro soy, a lo menos ya no soy extranjera! Con razón Cristo decía: Yo he venido al mundo para juicio. 152 Aquella mujer, aun injuriada, muestra virtud, muestra perseverancia y fe grande; mientras que los judíos, cultivados cuidadosa y honorablemente, se portan de modo contrario. Como si ella dijera: bien sé yo que el alimento es necesario para los hijos, por lo cual yo no por eso debo ser rechazada. Si en absoluto está prohibido recibir alguna cosa, será necesario abstenerse aun de las migas; pero si en alguna cosilla se puede participar, aun cuando yo sea un can, no se me prohíbe, sino al revés, por eso mismo se me debe dar alguna partecilla.

Bien sabía Cristo que ella iba a responderle así, y por eso difería el beneficio, para que apareciera públicamente la virtud de aquella mujer. Pues si no pensara en concederlo, tampoco luego lo hubiera concedido ni a ella de nuevo la hubiera reprendido. Lo que hizo en el caso del centurión cuando le dijo: Yo iré y lo curaré, 153 con el objeto de que conociéramos la piedad del centurión y lo oyéramos decir: No soy digno de que entres bajo mi techo; y lo que hizo con la mujer que padecía el flujo de sangre, cuando dijo: Yo he conocido que una virtud ha salido de mí, 154 y lo que hizo con la samaritana para dejar ver que ella ni aun refutada desistía, eso mismo hace ahora. Porque no quería que tan gran virtud de aquella mujer permaneciera oculta. En realidad lo que él le decía no era para reprenderla, sino para instarla a más acercarse y para ir descubriendo aquel oculto tesoro.

Por tu parte, considera juntamente la fe y la humildad de aquella mujer. El a los judíos los llamó hijos; ella, no contenta con eso, los llamó Señores: ¡tan lejos estuvo de dolerse por las alabanzas ajenas! De modo que respondió: ¡Cierto, Señor! Pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus Señores. ¿Observas la prudencia de esta mujer? ¿Cómo no se atreve a contradecir ni envidia las alabanzas ajenas ni se entristece o irrita por la injuria? ¿Ves su perseverancia? El le dice: No está bien; ella responde:!Cierto, Señor! El a los judíos los llama hijos; ella, Señores. El a ella la llama can; ella arguye con la costumbre de los canes. ¿Observas su humildad? Compara esto con la jactancia de los judíos. ¡Somos linaje de Abraham y de nadie hemos sido siervos jamás; y hemos nacido de Dios 155 No así la mujer, sino que se llama can y a ellos Señores; y por esta humildad fue constituida hija. ¿Qué le responde Cristo?:!Oh mujer! ¡grande es tu fe! Por esto difería el don, para que brotara semejante expresión de aquellos labios, y por este camino coronar a aquella mujer. Hágase como quieres. Como si dijera: tu fe puede hacer aun cosas mayores que ésta. Hágase, pues, como tú quieres. Esta palabra tiene afinidad con aquella otra: Hágase el cielo, y el cielo fue hecho. Y su hija desde aquella hora quedó sana.

Considera cómo esta mujer ayudó no poco a la curación de su hija. Por esto no dice Cristo: Sea sana tu hija, sino: Grande es tu fe: hágase como quieres. Para que veas que no fueron palabras de adulación, sino que hubo ahí una excelentísima virtud de fe. Y dejó Cristo que los sucesos dieran una exacta prueba y demostración de la verdad. Pues dice el evangelista que al punto quedó sana la hija. Advierte cómo, venciendo a los apóstoles y sin que ellos hicieran nada de su parte, fue la mujer la que todo lo hizo. Tan gran cosa es la perseverancia en la oración. Prefiere Dios, cuando se trata de nuestros propios intereses, que seamos nosotros mismos los que le supliquemos, a que otros lo hagan por nosotros.

Pues en el caso, los apóstoles tenían una mayor confianza, pero la mujer tuvo mucho mayor perseverancia. Por lo demás, con el feliz éxito del negocio, Jesús como que se justificó delante de los discípulos de haber retardado el milagro; y que, con razón, cuando ellos le rogaban, El no había accedido. Y partiendo de ahí Jesús vino al mar de Galilea; y habiendo subido a una montana se asentó ahí. Y se le acercó una gran muchedumbre, en la que había cojos y mancos, ciegos y mudos y muchos otros que se echaron a sus pies y los curó. Y la muchedumbre se admiraba viendo que hablaban los mudos, los mancos sanaban, los cojos andaban y veían los ciegos. Y glorificaban al Dios de Israel. Unas veces va por las aldeas, otras se asienta en espera de los enfermos y lleva a los cojos hasta la montana. Ahora no tocan sus vestidos; sino que llevados a lo alto, se arrojan a sus pies y demuestran así su doble fe. Porque cojos, suben al monte y no necesitan otra cosa, sino arrojarse a los pies de Jesús. Y era cosa de maravilla ver andar, sin que nadie les ayudara, a quienes antes eran llevados por otros; y que los ciegos veían, sin necesidad de lazarillos.

Llenó así de admiración a todos tanto la gran multitud de los que fueron curados, como la facilidad con que lo fueron. ¿Adviertes cómo a la hija de la mujer cananea la curó tras de larga espera, mientras que acá a estos enfermos los curó al punto? No fue porque éstos fueran mejores, sino porque la fe de aquélla fue más fervorosa. Por eso en el caso de la mujer, dio largas para hacer ver su perseverancia; mientras que a estos enfermos los cura al punto, para cerrar la boca al judaísmo incrédulo, y quitarle toda justificación y excusa. Pues cuanto son mayores los beneficios que alguno ha recibido, a tanto mayor castigo se le condena, en el caso de que se muestre ingrato, y ni por el honor que se le ha concedido se torne mejor. Por esto los ricos son con mayor rigor castigados que los pobres, si son malvados; puesto que ni por la mayor abundancia de bienes se tornaron más mansos.

Ni me vayas a argüir diciendo que los ricos hicieron limosnas. Pues si, no las hacen conforme a las riquezas que poseen, tampoco escaparán del castigo. Porque el valor de la limosna no se estima por la cantidad que se da, sino por la generosidad del alma. Pero si tales ricos así sufren castigo, mucho más serán castigados los que andan anhelando lo superfluo; los que se construyen casas de tres y cuatro pisos y en cambio desprecian a los pobres, y se entregan a la avaricia y descuidan hacer limosnas. Y, pues hemos mencionado la limosna ¡ea! ¡volvamos hoy al discurso sobre la beneficencia que hace tres días dejamos sin terminar! Recordáis que hace poco os hablé del cuidado excesivo en el calzado; es decir, de la vanidad que hay en eso y de la molicie de los jóvenes. En esa ocasión, habiendo empezado a tratar de la limosna, fuimos a dar en el calzado. Pues bien: ¿de qué tratábamos entonces? Dijimos que la limosna es un arte que tiene su oficina en el cielo, y que su maestro no es un hombre, sino Dios. Y luego, inquiriendo en lo que puede llamarse arte y en lo que no, fuimos a tratar de las artes perversas y vanas, y en esa parte hablamos del calzado. ¿Acaso lo recordáis? Pues bien: tomemos de nuevo el hilo y demostremos cómo la limosna es un arte y por cierto el arte más excelente de todos.

Porque si es propio del arte tener como fin algo útil, y no hay cosa más útil que la limosna, queda claro que ella es arte y el arte más excelente de todas las artes. No nos prepara ella calzado, no nos teje vestidos, no nos construye casas de barro, sino que nos alcanza la vida eterna, nos arranca de las manos de la muerte y nos hace resplandecer en esta vida y en la otra; y nos edifica las celestiales mansiones y aquellos eternos tabernáculos. Ella no deja que nuestras lámparas se extingan, ni que entremos al convite nupcial con los vestidos manchados y sucios; sino que nos lava y torna más blancos que la nieve. Pues dice el profeta: Aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve. 156 La limosna no permite que vayamos a caer en el sitio a donde fue a dar el rico Epulón, ni oír la terrible sentencia, sino que nos lleva al seno de Abraham. En las artes seculares, cada una tiene su objeto: el de la agricultura es nutrir; el del arte textil, vestir. Pero ni aun eso pueden conseguir, porque no basta ninguna por sí sola para habilitarnos en lo que a ella le toca. Si te parece, comencemos por la agricultura. Si no la acompana la herrería, que proporciona azadones, rejas, hoces, hachas y otros muchos instrumentos; si no la acompana la carpintería, que construye arados, yugos, carretas y trillos; si no la acompana la talabartería, que hace las coyundas; y la arquitectura, que fabrica los establos para los bueyes y casas para los agricultores; y el arte de cortar la madera; y aun el de la panadería, que suministra los panes, en absoluto no puede ejercitarse.

Pero también el arte textil, para valerse necesita de muchas artes que le ayuden; y si no lo hacen, permanece inútil. De modo que en resumen, todas las artes necesitan unas de otras. En cambio, si queremos ejercitar la misericordia, no necesitamos sino de la voluntad. Si alegas que además se necesitan casas, dineros, vestidos, calzado, lee las palabras que Cristo dijo acerca de la viuda, y echa fuera ese cuidado. Si eres pobre y más necesitado que los mismos mendigos, con tal de que des los dos cornadillos, todo lo has logrado; y aun cuando no des sino la masa que para tu alimento posees, habrás logrado la finalidad de este arte. Acojámonos, pues, a esta asignatura, a este arte, y ejercitémoslo. Es preferible poseerlo a ser un rey y portar diadema. Porque eso de no necesitar él de otras artes, no es la única prerrogativa suya, sino que además lleva a cabo muchas otras y variadas obras.

Porque él construye en el cielo mansiones que para siempre permanecen; y a quienes lo cultivan les ensena el modo de huir de la muerte eterna, les adquiere tesoros que nunca se acaban y que no están expuestos a pérdidas. No temen al ladrón ni a los gusanos ni a la polilla ni al tiempo. Si alguien te ensenara un arte tal acerca de la conservación del trigo, ¿qué no darías por poder guardar por muchos anos tu trigo? Pues bien, la limosna te apronta la guarda no sólo del trigo, sino de todos tus haberes; y te ensena el modo de que tus bienes, tu cuerpo y tu alma, permanezcan sin daño. Mas ¿para qué voy recorriendo parte por parte las obras que la limosna lleva a cabo? Ella te ensena de qué modo te has de llegar a ser semejante a Dios, que es el resumen de todos los bienes.

?Adviertes cuán variadas son sus obras y cuán abundantes? Ella, sin auxilio de otras artes, edifica mansiones, teje vestidos, conserva tesoros seguros, hace vencedores de la muerte, manda sobre los demonios, hace semejantes a Dios. Entonces ¿qué cosa habrá más útil que este arte? Las demás artes, aparte de lo ya dicha, pasan con la vida presente; cesan cuando el artífice enferma; sus obras no son permanentes; necesitan de mucho tiempo y trabajo y de otras muchas cosas. Esta, en cambio, será al fin del mundo cuando más brille y demuestre su obra. Ni necesita de tiempo ni de trabajo, ni de otra cosa alguna. Porque, aun estando tú enfermo o consumido por la ancianidad, ella trabaja y pasa contigo a la vida futura y jamás te abandona y te hace superior a todos los retóricos y sofistas.

Los que en éstas florecen están expuestos a muchas envidias; pero los que en aquella otra sobresalen, son ayudados con las oraciones de muchos. Retóricos y sofistas se presentan en los tribunales y defienden a quienes sufren injusticias; pero la limosna está presente ante el tribunal de Cristo, y no sólo te patrocina, sino que convence al juez mismo a que se torne en patrono del que es juzgado y sentencie en su favor; y aun cuando éste haya pecado millones de veces, ella lo corona y lo ensalza. Pues dice el Señor: Dad limosna y todo será puro para vosotros. 157 Pero ¿qué digo para la vida futura? Si en esta presente vida se preguntara a los hombres qué escogerían entre que hubiera muchos retóricos y sofistas o muchos benignos y misericordiosos, sin duda que preferirían esto último; y con razón. Porque si se suprime la facilidad oratoria, ningún mal se sigue para nuestra vida, ya que ésta ha permanecido desde mucho antes que aquélla existiera. En cambio, si se suprimiera la misericordia, perecería todo. Así como no podéis navegar por los mares si se cierran todos los puertos y estacionamientos, así tampoco podría nuestra vida mantenerse si se suprimen la misericordia y el perdón y el amor de los prójimos.

Por tal motivo Dios no dejó esto en manos del simple raciocinio humano, sino que lo instiló en la fuerza misma de la naturaleza humana bajo muchos aspectos. Así los padres y las madres son misericordiosos para con sus hijos y los hijos para con sus padres; y esto no únicamente tratándose del hombre, sino también de los animales; y del mismo modo están dispuestos los hermanos y los parientes y los afines y aun unos hombres respecto de otros. Pues por ley natural tenemos inclinación a compadecernos. Por esto nos indignamos contra los iracundos, nos dolemos de los asesinados, lloramos si vemos que otros lloran. Queriendo Dios que se observe la misericordia, ordenó que la naturaleza llevara consigo ese afecto y tuviera mucho de eso, manifestando así ser este uno de sus más grandes anhelos.

Considerando esto, instruyámonos en el arte de la limosna, e instruyamos en él a nuestros hijos y parientes. Que sea esto lo primero que se aprenda, porque esto es sobre todo ser hombre: Gran cosa es el hombre, y el varón misericordioso no tiene precio. 158 Entonces, si esto no tiene el hombre, deja de ser hombre. Esto es lo que hace sabios. Pero ¿por qué te admiras de que ser misericordioso sea ser hombre? Es más: es ser Dios. Dice el Señor: Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos. 159 Aprendamos a ser misericordiosos, tanto por el bien común, como porque nosotros necesitamos de mucha misericordia. Todo el tiempo en que no somos misericordiosos pensemos que en realidad no vivimos. Claro está que hablo de la limosna cuando está limpia de avaricia y de rapina. Pues si quien, contento con poseer los bienes propios, nada da a los demás, no es misericordioso, mucho menos lo será el que roba lo ajeno: ¿cómo será misericordioso, aun cuando reparta dones infinitos? Si el que sólo disfruta de sus bienes y nada da, no es misericordioso, mucho menos lo será el que roba lo ajeno. Si quienes ningún daño hicieron al prójimo, sin embargo son castigados por no haber dado nada, mucho más lo serán los que robaron lo ajeno.

No alegues que fue uno el que recibió la injusticia del robo y otro es el que recibe la limosna. Porque precisamente aquí está lo perverso. Lo justo sería que recibiera la limosna el mismo que fue danado. En cambio, en el caso, andas hiriendo a unos y curando a otros a quienes no heriste, cuando lo propio sería que curaras a los mismos que heriste; y mejor aún, no haberlos herido. Porque no es benigno el que hiere aunque luego cure, sino quien cura a los que otros han herido. Cuida de los males que tú has causado y no de los ajenos; o mejor aún, no hieras ni eches por tierra a nadie (pues eso sería propio de quienes están jugando), sino levanta a los caídos. Al fin y al cabo no puedes curar el mal que causó tu avaricia, con una medida igual de misericordia.

Si robaste un óbolo, no basta con que des de limosna un óbolo para que sanes la herida de la rapina, sino que se necesita un talento. Por eso el ladrón, cuando se le atrapa, tiene que pagar el cuádruplo. 160 Pero el plagiario es peor que el ladrón. Pues si al ladrón se le exige el cuádruplo, conviene que el secuestrador restituya el décuplo y aun más; y es cosa deseable que siquiera así se pueda aplacar a Dios, a causa de la injusticia. De otro modo no se conseguirá el fruto de la limosna. Por esto dijo Zaqueo: Señor: doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si a alguno he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo. 161 Si en el tiempo de la Ley era necesario devolver el cuádruplo, mucho más lo será en el de la gracia.

Si es necesario que el ladrón restituya en proporción tan grande, mucho más lo es que lo haga el secuestrador, puesto que además del daño está la injuria. De modo que aun cuando dieres el céntuplo, aún no has dado lo que se debía. ¿Ves cómo no en vano dije que si has arrebatado un óbolo debes devolver un talento? Porque apenas así habrás curado la herida que causaste. Y si procediendo así apenas si logras curarla, cuando inviertes el orden y arrebatas posesiones enteras y en cambio das muy poco y no a quienes danaste, sino a otros ¿qué defensa podrás tener? ¿qué perdón? ¿qué esperanza de salvación? ¿Quieres saber cuán grande es el mal que haces cuando en esa forma das limosna? Oye a la Escritura que dice: Como quien inmola al hijo a la vista de sus padres, así es el que ofrece sacrificios de lo robado a los pobres. 162 Salgamos, pues, de aquí llevando escrita esta amenaza en la mente: escribámosla en los muros, en las manos, en la conciencia, en todas partes; a fin de que a lo menos este temor, viviendo en el alma, reprima nuestras manos de las diarias matanzas, ciertos de que la rapina es peor que el asesinato, puesto que lentamente va consumiendo al pobre.

Para quedar libres de semejante mancha, meditemos estas cosas y tratémoslas con los demás. De este modo nos encontraremos algo más inclinados a la misericordia y lograremos limpios premios, y bienes eternos, por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LIII (LIV)

Jesús llamó a sus discípulos a sí y dijo: Tengo compasión de la muchedumbre, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen qué comer; no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino (Mt 15, 32).

EN EL caso anterior primero curó a los enfermos del cuerpo, y ahora hace lo mismo: tras de la curación de los ciegos y cojos, procede de igual manera. Mas ¿por qué entonces los discípulos dijeron: Despacha las turbas, y ahora en cambio nada dicen, aunque han pasado ya tres días? Pues o porque ya habían adelantado en la perfección, o porque advirtieron que ahora las turbas no estaban tan oprimidas por el hambre, sino que estaban empleadas en glorificar a Dios por los milagros.

Observa, sin embargo, cómo tampoco ahora procede Jesús simplemente a obrar el milagro, sino que llama la atención y provoca a los discípulos. Las turbas que habían venido en busca de la curación corporal no se atrevían a pedir panes; pero él, próvido y benigno, lo dio a quienes no lo pedían; y dijo a sus discípulos: Tengo compasión de la muchedumbre y no quiero enviarlos en ayunas. Y para que nadie dijera que llevaban bastimento consigo, dice: Ha ya tres días que están conmigo. De modo que aun cuando hubieran llevado bastimento ya lo habían consumido. Por lo mismo no hizo Cristo el milagro el primer día ni el segundo, sino cuando ya faltaba todo, a fin de que puestos en la necesidad recibieran el milagro con mayor anhelo.

Y dice: No sea que desfallezcan en el camino, indicando con esto que vivían lejos y que ya habían consumido sus provisiones. Pero ¿si no quieres enviarlos ayunos, por qué no haces desde luego el milagro? Para que mediante esta pregunta y la subsiguiente respuesta, los discípulos pusieran mayor atención y así manifestaran su fe y dijeran: Haz panes. Pero ellos ni por la pregunta entendieron el motivo ni le preguntaron nada. Por lo cual después dijo, como refiere Marcos: ¿Aún está obcecado vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís? 163 Si no fue ese el motivo ¿para qué les decía esto a los discípulos? ¿para qué les manifestaba ser las turbas dignas de aquel beneficio y anadía estar conmovido de compasión? Por su parte, Mateo dice que después los increpó con estas palabras:!Hombres de poca fe! ¿Aún no entendéis ni os acordáis de los cinco panes para cinco mil hombres y cuántas espuertas recogisteis? ¿ni de los siete panes y los cuatro mil hombres y cuántos canastos recogisteis? Tan concordes entre sí están los evangelistas. ¿Y los discípulos? Aún se arrastran sobre la tierra. Y aunque Cristo tomó todos los medios para que conservaran en la memoria el milagro anterior, ya preguntándoles, ya constituyéndolos servidores y distribuyéndoles las espuertas, no caían en la cuenta: eran aún imperfectos. Por esto le dijeron: ¿De dónde vamos a sacar en el desierto panes para tantos? Tanto en el milagro anterior como en éste, traen a cuento el desierto; pero hablando así a causa del embotamiento de su ánimo, libraban el milagro de toda sospecha. Para que, como anteriormente dije, nadie pudiera alegar que Cristo había traído tantos panes de algún pueblo vecino, se declara la naturaleza del lugar, a fin de que se dé crédito al milagro. Tal fue el motivo de hacer tanto el milagro anterior como también éste en lugar desierto y lejos y a distancia de los poblados.

Nada de esto entendían los discípulos, sino que decían: ¿De dónde vamos a sacar en el desierto tantos panes? Pues pensaban que lo decía con el fin de ordenarles luego que ellos alimentaran a las turbas. Pero lo pensaban con grande estulticia. En el milagro anterior sí les dijo: Dadles de comer vosotros, para ponerlos en oportunidad de pedir el milagro. Pero ahora no les dice: Dadles de comer, sino ¿qué?: Tengo compasión de la turba y no quiero despedirlos ayunos. Con esto los mueve más apretadamente y los excita a que caigan en la cuenta y vean que han de pedir el milagro. Pues por sus mismas palabras declaraba Cristo que podía no despedir a las turbas en ayunas y así declaraba a la vez su omnipotencia. Porque el no quiero tiene ese sentido.

Y porque ellos trajeron a cuento la multitud, el lugar y la soledad, pues dicen: ¿De dónde vamos a sacar en el desierto panes para tan gran muchedumbre? y no entendieron las palabras de Cristo. Finalmente El procede a su obra, y les dice ¿Cuántos panes tenéis? Ellos contestaron: siete y algunos pececillos. Ahora ya no anaden, como en el milagro anterior: Pero esto ¿qué es para tantos? 164 De modo que aun cuando no todo lo comprendieran, pero poco a poco se iban levantando. Y El elevándoles los pensamientos por estos medios, les preguntaba exactamente como antes, para traerles a la memoria, al menos por el modo de preguntar, el suceso anterior. Por tu parte, así como ves aquí la imperfección de ellos, así comprende también su prudencia y su veracidad; pues al escribir estas cosas no ocultaron su ceguedad, aunque fue tan notable.

Quiero además que consideres otro modo de virtud de ellos: cuán poco se cuidaban del vientre y cómo Cristo los iba instruyendo para que en absoluto se descuidaran del alimento. Puesto que estando en el desierto ya tres días, no tenían sino sólo los siete panes. Todo lo demás Cristo lo dispone como en la vez anterior. Ordena que se sienten en tierra, y en manos de los discípulos multiplica los panes. Pues dice el evangelista: Y ordenó a la multitud que se recostara en tierra. Y tomó los siete panes y los peces; y dando gracias, los partió y los dio a los discípulos, y éstos a la muchedumbre. El fin del milagro fue como el del anterior. Y comieron todos y se saciaron, y se recogieron de los pedazos que quedaron siete espuertas llenas. Los que comieron eran cuatro mil hombres sin contar las mujeres y los ninos.

Mas ¿por qué en la vez anterior, siendo cinco mil, sobraron doce canastos, y ahora, siendo cuatro mil sobran siete espuertas? ¿Por qué el sobrante fue menor, habiendo sido menos los que comieron? Habrá que responder o que las espuertas eran mayores que los canastos o bien que para que la igualdad del número no engendrara olvido del milagro. Con esa disparidad numérica excitó Cristo la memoria de ellos, de manera que, con tales diferencias recordaran ambos milagros. Por esto en la primera ocasión igualó el número de los canastos con el de los discípulos, mientras que ahora iguala con el de los panes el de las espuertas. Y también en esto demuestra su inefable poder y la facilidad para ordenar, pues puede obrar los milagros ya de un modo ya de otro.

Y no fue muestra de pequeno poder el poder conservar en ambos casos el mismo número de reliquias, tanto cuando comieron cinco mil como ahora que comieron cuatro mil, haciendo que no sobrara ni más ni menos, sino exactamente los mismos fragmentos en número, que podían contener entonces los canastos y ahora las espuertas, aun no siendo igual el número de los comensales. Y la forma de acabar el milagro, en el caso anterior y en el presente, fue igual. Porque entonces, despachadas las turbas, se apartó en una barca, y ahora hizo lo mismo. Porque no había milagro que así indujera a las turbas a seguir a Cristo como ese de multiplicar los panes; y seguirlo de tal forma que aun quisieran constituirlo rey. Pero El, para quitar toda sospecha de ambicionar el reinado, tras del milagro se aparta de las turbas. Y lo hace en una barca, a fin de que no pudieran seguirlo a pie. Pues dice el evangelista: Y habiendo despedido a la turba, subió a la barca y vino a los confines de Magadán. Y se le acercaron los fariseos y los saduceos para tentarle, y le rogaron que les mostrara una senal del cielo. El respondiendo les dijo: Por la tarde decís: Buen tiempo, si el cielo está arrebolado. Y a la manana decís: Hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no sabéis discernir las senales de los tiempos. Esta generación mala y adúltera, busca una senal; mas no se le dará sino la senal de Jonás profeta. Y los dejó. Marcos dice: Habiéndosele acercado, cono le preguntaran, gimió en su espíritu y dijo: ¿Por qué esta generación busca una senal? 165 Aunque la pregunta podía excitar la ira e indignación, sin embargo el mansísimo Señor no se irrita, sino que se compadece de ellos como de gente que sufre una enfermedad incurable y que a pesar de tan grandes demostraciones de su poder, todavía se acerca para tentarlo. Porque no se acercaban para creer, sino para acusarlo y reprenderlo. Si se hubieran acercado para creer, sin duda que El les habría concedido la senal que pedían. Pues quien dijo a la mujer cananea: No es bueno, etc., y luego le concedió el milagro, con mayor razón se lo habría concedido a ellos. Mas como no lo pedían porque quisieran creer, en otra parte los llama hipócritas, porque decían una cosa y sentían otra. En realidad, si hubieran creído, no habrían pedido la senal.

También por otro camino se hace manifiesto que no creían. Puesto que reprendidos y refutados no insistieron ni dijeron: No sabemos, pero queremos saber. Y ¿qué senal del cielo pedían? Que detuviera el curso del sol o enfrenara la luna o enviara rayos o mudara la condición de la atmósfera, o algo semejante. Y El ¿qué les dice?: Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no sabéis discernir las senales de los tiempos. ¿Observas la mansedumbre y moderación? Porque no se negó simplemente, como en otra ocasión, ni dijo: No se le dará, sino que pone el motivo de no darles la senal, a pesar de que ellos no preguntaban para saber.

Y ¿cuál es el motivo? Pues así como en el cielo, les dice, una senal es de tempestad y otra de bonanza; y nadie, cuando ha visto senales de tempestad espera la bonanza, ni tampoco en la bonanza espera una tempestad, así se ha de juzgar respecto de mí. Porque un tiempo es el del advenimiento presente y otro el del advenimiento futuro. Ahora es el propio tiempo de las senales que se dan en la tierra; pero las que se darán en el cielo quedan reservadas para lo futuro. Ahora he venido como médico; luego vendré como juez. Ahora he venido a buscar a los que andan errantes; luego vendré para juzgar. Por esto ahora he venido a ocultas; pero luego vendré públicamente, abiertamente, y conmoveré los cielos y oscureceré el sol y no permitiré que la luna dé su luz. Entonces se conmoverán los Poderes celestes y mi venida se parecerá al relámpago, que a todos al punto se manifiesta. Pero ahora no es tiempo de semejantes senales. Ahora he venido a morir y padecer terribles humillaciones. ¿No oís al profeta que dice: No gritará ni hablará recio ni hará oír su voz en las plazas?, 166 y también: Descenderá como la lluvia sobre el césped. 167 Y si alegaren los milagros que se verificaron en el tiempo del Faraón, responderemos que en aquel entonces con toda razón se verificaban, pues eran necesarios para librar a Israel de sus enemigos; mientras que ahora, viniendo Jesús a sus amigos, ya no son necesarios. Por otra parte, es como si dijera: ¿Cómo les daré aquellas senales mayores, cuando no caen en la cuenta de las menores? Es decir, pequenas cuanto al brillo, pues como obras de su poder son mayores que aquellas otras. ¿Qué cosa hay mayor que el perdón de los pecados? ¿qué hay más admirable que resucitar a los muertos, echar los demonios, restituir los miembros del cuerpo y volver a poner todo en orden? Considera la ceguedad y dureza de aquellos corazones; pues habiendo oído que no se les dará otra senal sino la de Jonás profeta, ya nada preguntan. Y sin embargo, convenía que ellos, conociendo bien al profeta y todo lo que sucedió y oyéndolo citar ya por segunda vez, investigaran y aprendieran el motivo por el que tal cosa se les decía. Pero, como ya dije, no pedían la senal por deseos que tuvieran de aprender. Por esto Jesús los abandonó y se partió de ahí. Continúa el evangelista: Yendo los discípulos a la otra ribera, se olvidaron de tomar consigo pan. Jesús les dijo: Ved bien de guardaros del fermento de los fariseos y saduceos. ¿Por qué no les dijo: Guardaos de la doctrina de los fariseos? Porque quiere traerles a la memoria los sucesos de esos días, porque conocía que ya los habían olvidado. Pero no parecía oportuno en esa ocasión simplemente echárselos en cara: tomar ocasión de lo que ellos dijeran y así increparlos hacía más llevadera la acusación.

?Por qué no los increpó cuando ellos dijeron: De dónde vamos a sacar en el desierto tantos panes? Porque esa parecía buena ocasión. Fue para no parecer que tenía ansia de hacer el milagro. Por otra parte, no quería reprenderlos delante de las turbas, ni hacer ostentación de sí mismo. En cambio ahora la acusación resulta más oportuna, pues tales se mostraban ellos tras del doble milagro. Tal es la causa de que, después del segundo milagro, los increpe y saque al medio los pensamientos de ellos. ¿Qué era lo que pensaban?: Es porque no hemos traído panes, dice el evangelista. Todavía estaban adheridos a las purificaciones judaicas y a la discriminación de alimentos; y por lo mismo los increpa Jesús con mayor vehemencia y les dice: ¿Qué pensamientos son los vuestros, hombres de poca fe? ¿Que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni recordáis? Como si les dijera: Obcecado está vuestro corazón, y teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís. ¿Aún no habéis entendido ni recordáis los cinco panes para cinco mil hombres y cuántos canastos recogisteis? ¿De los siete panes para cuatro mil hombres cuántas espuertas recogisteis? ¿Adviertes su gran indignación? En ninguna otra parte, según parece, los increpó en tal forma. ¿Por qué lo hace? Para de nuevo desterrar la discriminación en los alimentos. Por esto anteriormente sólo les dijo: No entendéis, no comprendéis. En cambio ahora anade: Hombres de poca fe, increpándolos con vehemencia. Porque no siempre conviene echar mano de la mansedumbre. Así como antes les había infundido confianza, así ahora los increpa, siempre buscando con esta variedad su salud espiritual. Pero observa cómo al mismo tiempo que los increpa, les muestra su gran mansedumbre. Pues enseguida, como justificándose de haberlos reprendido con aspereza, les dice: ¿Aún no habéis entendido ni os acordáis de los cinco panes para cinco mil hombres y cuántos canastos recogisteis? ¿Ni de los siete panes para los cuatro mil hombres y cuántas espuertas recogisteis? Recuerda el número así de los que comieron como de los sobrantes, tanto para traerles a la memoria los milagros pasados, como para hacerlos más atentos a los que van a seguirse.

Y para que veas cuánto pudo aquella increpación y cómo despertó la mente sonolienta de los discípulos, oye lo que dice el evangelista. Pues como Cristo nada más dijera, sino solamente los hubiera increpado, anadiendo: ¿Cómo no habéis entendido que no os hablaba del pan? Guardaos digo del fermento de los fariseos y saduceos, el evangelista prosigue: Entonces cayeron en la cuenta de que no les había dicho que se guardaran del fermento del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos; aunque él claramente los increpó para eso.

Considera cuántos bienes se siguieron de esa increpación. Pues por una parte los retrajo de las observancias judaicas; por otra, como ellos antes estuvieran sonolientos los volvió más atentos y los fortificó en la fe, de manera que no teman ni se atemoricen si les acontece tener pocos panes, ni se afanen por cuidarse del hambre, sino que desprecien todas las cosas. En consecuencia, tampoco nosotros querramos adular a los súbditos y caerles bien siempre, ni querramos que quienes nos gobiernan nos den continuamente gusto en todo. El alma humana necesita de ese doble remedio. Y este es el motivo por el que Dios administra así las cosas humanas, procediendo a veces de un modo y a veces de otro, sin permitir que los bienes ni los males sean inmutables.

Así como unas veces es de día y otras es de noche, y unas veces hay invierno y otras verano, así en las cosas humanas: unas veces hay alegría y otras tristeza; unas veces enfermedad y otras salud. No nos espantemos, pues, si caemos enfermos, siendo así que aun deberíamos admirarnos de estar con salud. No nos turbemos cuando nos aprieta el dolor, pues aun al tiempo en que gozamos, lo conveniente sería que nos perturbáramos. En conclusión: todo viene según el orden natural de las cosas. ¿Cómo puedes admirarte de que así suceda cuando vemos que aun a los santos iguales cosas les han acontecido? Y para que lo comprendas ¡ea! ¡traigamos al medio la vida de alguno que tú pienses estar más lejos de los negocios y más lleno de delicias! ¿Te parece que examinemos desde el principio la vida de Abraham? ¿Qué fue lo primero que se le ordenó?: Sal de tu tierra y de tu parentela. 168?Observas cómo semejante mandato está pleno de dolor? Pues advierte cómo se le sigue una prosperidad: Y ve a la tierra que yo te mostraré. Yo te haré un gran pueblo. Y ¿qué sucedió? ¿Acaso una vez que llegó a la tierra aquella y tomó puerto ahí, ya no hubo más tristezas? De ninguna manera. Cayó en cosas más amargas: hambre, peregrinación, rapto de su mujer. Mas luego hubo bienes de nuevo: el castigo del Faraón, el salir libre, el honrarlo aquéllos con dones abundantes y el retorno a su casa. Y en fin, todo lo que sigue es una cadena de bienes y de males, entremezclados.

También a los apóstoles acontecieron cosas semejantes. Por esto Pablo decía: El que nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados. 169 Dirás: pero a mí eso ¿qué me importa, pues vivo en perpetuo dolor? No seas malagradecido ni olvides los beneficios. No es posible que alguien viva solamente en perpetuos dolores, pues la naturaleza no lo podría tolerar. Porque quisiéramos vivir en perpetuo gozo, creemos que vivimos en perpetuo dolor. Y no es este el único motivo, sino que al punto nos olvidamos de las cosas buenas y de la prosperidad, mientras que, por el contrario, continuamente nos acordamos de lo que aflige; y por esto decimos que pasamos la vida en perpetuo dolor. Si os place, examinemos la vida de quien la pasa entre continuas delicias; es decir, la de un hombre delicado, que tiene abundancia de todo, sin aflicciones, sin tristezas, sin molestias. Os probaremos que ni éste está del todo libre del dolor, ni aquel otro de alguna tranquilidad. Pero no os conturbéis.

Veamos a un esclavo y a un rey joven y a un pupilo que ha logrado una enorme herencia. Consideremos a un operario que todo el día trabaja y a otro que vive en continuos placeres. ¿Te parece que ante todo describamos los dolores del que vive entre continuos placeres? Pues considera cuánto es necesario que se agite y fluctúe al anhelar una gloria mayor que la que puede alcanzar; y cuando lo desprecian sus criados; y cuando los inferiores lo injurian; y cuando ve que tiene infinitos acusadores que lo calumnian acerca de que hace gastos enormes; y cuando le acontecen infinitas otras cosas que suelen acaecer en medio de la abundancia de riquezas, como son las enemistades, los enojos, las acusaciones y reproches, los daños, la cantidad de asechanzas de parte de los envidiosos que no pudiendo apoderarse de sus riquezas, por todas partes lo acometen, lo desgarran y le levantan infinitas tempestades.

?Quieres que ahora te enumere los deleites de aquel obrero mercenario? Se halla libre de todo lo dicho. Aun cuando alguno lo injurie, no se duele; a nadie teme ni tiene por superior a él; no tiembla por causa de las riquezas; toma con placer sus alimentos, duerme gozoso. No se alegran como él los que beben el vino de la isla de Tasos, cuando va a las fuentes de agua para beber de sus raudales. Cierto que no es como ésta la condición del que antes dijimos. Pero, si aún no estás satisfecho, para quedar yo más victorioso ¡ea! comparemos al rey que yo decía con el esclavo. Verás con frecuencia a éste saltar de gozo, jugar, mientras el otro, adornado de púrpura y diadema, anda triste y comido de infinitos cuidados y muerto de miedo.

Porque en conclusión, ¡no se puede! ¡no, no se puede encontrar una vida sin dolor ni tampoco privada en absoluto de algún placer! Pues, como ya lo dije, no podría la naturaleza nuestra soportar eso. Que uno goce más que otro, se duela más que otro, eso nace del mismo que vive en el dolor porque es de poco ánimo, pero no de la naturaleza de las cosas. Si queremos gozarnos con frecuencia, muchas ocasiones tenemos. Desde luego, si nos dedicamos a la virtud, ya nada podrá causarnos dolor. Pues la virtud es causa en el alma de la buena esperanza en quien la ejercita; lo hace agradable a Dios y bien visto de los hombres y nos aporta un inefable gozo. Si la virtud es trabajosa en su ejercicio, pero está llena la conciencia de abundante alegría, pone en lo interior tanto gozo cuanto no puede explicarse. Porque ¿qué es lo que en la vida presente parece más deleitable? ¿La mesa opípara, la buena salud corporal, la gloria, las riquezas? Pues bien: si eso que te parece agradable lo comparas con la virtud, encontrarás ser lo más amargo de todo. Porque nada hay más dulce que la buena conciencia y la buena esperanza.

Si queréis todavía mejor comprenderlo, vayamos a un moribundo o a un anciano. Recordémosle las mesas opíparas bien abastecidas que tuvo, y la gloria y los honores, y las buenas obras que practicó durante su vida; y preguntémosle de cuáles más se goza. Observaremos que de aquellas primeras se ruboriza y avergüenza, mientras que de estas últimas se regocija y alegra. Así el rey Ezequías, cuando cayó enfermo, no recordó la gloria, ni el reino, ni la mesa suculenta, sino su justicia: Acuérdate, dice, oh Señor, de que he andado en tu presencia. 170 Mira cómo también Pablo se regocija por lo mismo y exclama: He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. 171 Preguntarás: pero ¿qué otras cosas podía enumerar Pablo? Muchas otras: honores, reyes de amigos, muchos servidores.

?No lo oyes que dice: Me recibisteis como a un ángel del Señor, como a Cristo Jesús; y si hubiera sido posible os habríais arrancado los ojos y me los habríais dado? Y además, que expusieron su cabeza por salvarle la vida. Pero nada de eso alega, sino únicamente sus trabajos, sus peligros y los triunfos en esa materia conseguidos. Y con razón. Pues aquellas otras cosas aquí se quedan; pero éstas van con nosotros. De aquéllas tendremos que dar razón; de estas otras esperamos recompensa. ¿Ignoráis acaso cómo los pecados afligirán al alma en aquel último día y cómo punzarán el corazón? Pero entonces el recuerdo de las buenas obras, a la manera de una bonanza en plena tempestad, consolarán al alma en su turbación. Si vigilamos y vivimos con sobriedad, durante la vida toda nos acompanará ese santo temor; pero como vivimos descuidados, se nos echará encima cuando salgamos de aquí. El encadenado más se duele cuando lo sacan y carean con los jueces; entonces más tiembla, cuando se acerca al tribunal, cuando ha de dar razón de sus hechos.

Por eso muchos cuentan horrendas visiones que en semejante ocasión se les presentaron; y no pudiendo soportarlas los moribundos, tendidos en el lecho, se sacuden grandemente con ímpetu; y a los presentes los miran con torvas miradas, porque interiormente el alma se agita y no quiere apartarse del cuerpo ni puede soportar la presencia de los ángeles que se acercan. Si cuando vemos a hombres temibles temblamos, cuando veamos a los ángeles amenazantes y a las tremendas Potestades ¿qué no sufriremos, arrancada ya el alma del cuerpo y doliéndose grandemente, pero en vano? Porque aquel rico del evangelio, Epulón, una vez que hubo muerto lloró, lloró mucho; pero no le servio.

Imaginando, pues, todo esto y meditándolo, guardemos el santo temor para que no padezcamos otro tanto y para que escapemos de aquel eterno suplicio y consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien con el Padre sea la gloria, juntamente con el santo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LIV (LV)

Se fue Jesús a la región de Cesarea de Filipo; y preguntaba a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? (Mt 16, 13).

?Por qué el evangelista, juntamente con el nombre de la ciudad puso el de su fundador? Porque hay otra ciudad, que se llama Cesarea de Estratón. Pero no es en ésta, sino en aquella otra es en donde Jesús, habiendo llevado a sus discípulos lejos de los judíos, los interroga; a fin de que libres de toda preocupación, con entera libertad y confianza, le digan lo que sienten. Mas ¿por qué no les preguntó desde luego el propio parecer, sino el de la multitud? A fin de que, tras de exponer la opinión de los demás, luego, al ser preguntados: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? por la forma misma de preguntarles se levantaran a más altos pensamientos y no se apegaran en el vulgar conocimiento que tenía la multitud.

Por tal motivo tampoco les hizo la pregunta al principio de la predicación, sino una vez que ya había hecho muchos milagros y había disertado sobre muchos y sublimes dogmas y había dado pruebas de su divinidad y de su concordia con el Padre. Finalmente, ahora les propone la pregunta. Y no les preguntó ¿qué dicen de mí los escribas y los fariseos? Aunque éstos con frecuencia se habían reunido para disputar con él, sino que les pregunta: ¿Quién dicen los hombres que soy? buscando así la opinión del pueblo que suele ser desinteresada. Pues aun cuando fuera muy inferior a la que convenía, pero no estaba imbuida en la perversidad, mientras que la de los fariseos sí redundaba de malicia y maldad.

Y demostrando lo mucho que quería que se confesara y aclarara la nueva economía de la Encarnación, dice: Hijo del hombre, llamando así a la divinidad, como con frecuencia lo hace en otros pasajes. Porque dice: Nadie sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. 172 Y también: ¿Qué sería si vierais al Hijo del hombre subir ahí a donde estaba antes? 173 Luego, como ellos respondieran: Unos que Juan Bautista, otros que Elías; otros que jeremías u otro de los profetas, puesta ya en claro la falsa opinión del pueblo, El continuó: Y vosotros ¿quién decís que soy? Los excitaba con esta segunda pregunta a pensar de El algo más grande y les demostraba que las opiniones anteriores andaban muy lejos de su verdadera dignidad.

Por esto inquiere de ellos otra opinión y les hace esta segunda pregunta, a fin de que no se fueran tras del sentir de las turbas. Estas, por haber visto portentos que ciertamente no correspondían a un hombre, aunque por tal lo tenían, pero pensaban que había resucitado de entre los muertos, como juzgó el mismo Herodes. Así El, quitándoles semejantes suposición, les pregunta: Y vosotros ¿quién decís que soy? Como si les dijera: vosotros que continuamente estáis conmigo y me veis obrando milagros y aun habéis hecho por mi medio muchos prodigios. ¿Qué respondió Pedro, el que era la boca del grupo de los apóstoles? Siempre fervoroso, corifeo del grupo, como se les preguntara a todos, respondió él. Cuando Cristo preguntó la opinión de las turbas, contestaron todos; pero ahora que les pregunta a ellos acerca de sí mismo, Pedro sale al punto y se adelanta a todos y dice: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y ¿qué le contestó Cristo?: Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado. Ciertamente, si Pedro no lo hubiera confesado como engendrado del Padre, no habría sido necesaria una revelación. Si lo hubiera juzgado como otro hombre, no habría sido digno de que se le llamara bienaventurado. Porque ya anteriormente los que estaban con Jesús en la nave cuando la tempestad, decían: En verdad, éste es hijo de Dios. Mas aunque decían verdad, no se les llamó bienaventurados; porque no dieron a la palabra hijo el sentido que le dio Pedro y con que lo confesó, sino que lo juzgaron como hijo de Dios, pero como uno de los muchos hijos, eximio en verdad, pero uno entre muchos y no de la misma substancia que el Padre.

También Natanael dijo: Maestro, tú eres hijo de Dios, tú eres rey de Israel. 174 Y sin embargo, no sólo no se le llamó bienaventurado, sino que, como si hubiera dicho algo muy inferior a lo que convenía, fue corregido por Cristo, quien le respondió: ¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. 175 Entonces ¿por qué a Pedro se le llama bienaventurado? Porque confesó ser Cristo el Hijo de Dios con toda propiedad. Tal es el motivo de que Cristo a los otros nunca les haya dicho nada semejante; mientras que en el caso presente incluso declaró quién era el que hacía la revelación. Para que no fueran muchos a creer que Pedro había pronunciado palabras de amor y adulación, llevado del fervor de su carino y por simple afecto y favor, Cristo declara quién fue el que le inspiró lo que dijo; y para que entiendas que Pedro pronunció las palabras, pero fue el Padre quien se las dictó; y para que no creyeras que la sentencia era una simple opinión humana, sino un verdadero dogma divino.

Mas ¿por qué no habla el mismo Jesús, ni dice: Yo soy el Cristo? ¿Sino que por medio de preguntas va preparando todo, y así induce a los discípulos a proferir semejante confesión? Porque esto era para él más congruente y para ellos más necesario, de modo que así los atraía a mejor dar fe a lo que se decía. ¿Adviertes en qué forma el Padre revela al Hijo y el Hijo revela al Padre? Dice el mismo Cristo: Ni alguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar. 176 De modo que no podemos por otro camino conocer al Hijo, sino por el Padre, ni al Padre sino por el Hijo. Por aquí se demuestra la igualdad de honor que se les debe y su consubstancialidad. Y ¿qué dice Cristo?: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú te llamarás Cefas. Como si le dijera: pues tú has predicado a mi Padre, Yo predicaré el nombre del que a ti te engendró. Es decir: Así como tú eres hijo de Jonás, así soy Yo Hijo de mi Padre. Porque sería cosa inútil decir: Tú eres hijo de Jonás. Mas como Pedro lo llamó Hijo de Dios, para demostrar que era Hijo de Dios como Pedro era hijo de Jonás, o sea de la misma substancia del Padre, anadió las dichas palabras.

Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; es decir, sobre esta confesión de fe. Con esto declara que muchos creerán, y así levanta los ánimos y juntamente a Pedro lo constituye Pastor. 177 Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Como si dijera: si no prevalecerán contra ella, mucho menos prevalecerán contra mí. De manera que no te turbes cuando oigas que he sido entregado y crucificado. Enseguida proclama otro honor de Pedro: Yo te daré las llaves del reino de los cielos. ¿Qué significa esto de: Pero yo te daré las llaves del reino de los cielos? Que así como mi Padre te dio que me conocieras, así Yo te daré. Y no dijo: Yo rogaré a mi Padre, aunque ya eso fuera una gran demostración de poder y don inefable de grandeza; sino dijo: Yo te daré. Yo pregunto: ¿qué le darás? Las llaves del reino de los cielos; y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos; y cuanto desatares en la tierra será desatado en el cielo.

Entonces ¿cómo no ha de serle propio suyo conceder el sentarse a su derecha o a su izquierda, siendo él quien dijo: Yo te daré??Adviertes cómo levanta a Pedro a un mayor conocimiento suyo y se le revela a sí mismo, y mediante ambas promesas se le muestra Hijo de Dios? Porque lo que es exclusivo de Dios, o sea perdonar los pecados y hacer inconmovible a la iglesia en tan encontrados embates de las olas y hacer a un pescador más firme que una roca mientras el orbe todo lo acomete, esto El le promete a Pedro que se lo dará; del mismo modo que el Padre hablando con jeremías, decía haberlo puesto como columna de bronce y como muro. Con la diferencia de que a jeremías se le concedió para una sola nación, mientras que a Pedro, para todo el orbe de la tierra.

Con gusto preguntaría yo ahora a los que andan minimizando la dignidad del Hijo cuáles dones son mayores: los que dio el Padre o los que dio el Hijo a Pedro. El Padre dio al Hijo la revelación del Hijo; pero el Hijo a Pedro el ensenar y publicar por todo el orbe el conocimiento del Padre y del Hijo; y aunque era Pedro hombre mortal le confirió plena potestad en el cielo al entregarle las llaves a él, que extendió la Iglesia por toda la tierra y la demostró más firme que los mismos cielos. Pues dice Cristo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. 178 ¿Cómo pues será menor que el Padre quien tales potestades otorga y tales cosas obró? Y no digo esto separando las obras del Padre de las del Hijo, pues: Todas las cosas fueron hechas por El y sin El nada fue hecho, 179 sino para reprimir la lengua impudente de los que se atreven a proferir semejantes errores.

Tú advierte, por todo lo dicho, el poder de Cristo: Yo te digo: tú eres Pedro; yo edificaré mi iglesia; yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y enseguida, tras de haber dicho eso, les ordenó que a nadie dijeran que El era el Cristo. ¿Por qué lo ordenó? Con el objeto de que una vez removidos los escándalos y consumada su crucifixión y sus demás padecimientos, y no habiendo ya nada que perturbara o impidiera la fe en El recibida ya por muchos, se imprimiera en los ánimos de los oyentes acerca de El una creencia sincera e inconmovible. Porque aún no había brillado su virtud en todo su esplendor. Deseaba por esto que ellos la predicaran cuando la manifiesta verdad de las cosas y la fuerza grande de los hechos, sirvieran de apoyo y patrocinio a la predicación.

Al fin y al cabo no era lo mismo verlo en Palestina ahora obrando milagros, ahora rechazado e injuriado, sobre todo teniendo que venir en pos de los milagros la cruz, que verlo después cuando ya la tierra entera lo adorara y floreciera la fe en El, y nada padeciera de cuanto antes había padecido. Tal es el motivo de que les ordene no decirlo a nadie. Lo que ya una vez echó raíces, si se arranca difícilmente puede de nuevo plantarse y arraigar entre muchos; pero lo que una vez ya plantado permanece sin que se le remueva, fácilmente, sin causar a nadie molestias, pulula y con mayor aumento crece.

Si quienes habían visto infinitos milagros y habían sido partícipes de tan inefables misterios se escandalizaron de solo oírlo; y no solamente ellos sino el mismo jefe y corifeo de todos, Pedro, quiero yo que consideres lo que habrían muchos experimentado, si entonces hubieran sabido que era el Hijo de Dios, y luego lo hubieran visto crucificado y escupido, sin conocer aún tan arcanos misterios, pues aún no habían recibido el Espíritu Santo. Si a los discípulos hubo de decirles: Muchas cosas tengo aún que deciros pero ahora no podéis llevarlas, 180 con mucha mayor razón el resto de la multitud habría defeccionado si antes del tiempo oportuno se les hubiera revelado lo que formaba la cumbre y lo más alto de semejantes misterios. Por eso les prohíbe publicar lo de su divinidad.

Y para que veas cuán importante era que hasta después recibieran la plena doctrina, o sea una vez removidos los obstáculos que podrían estorbar, sábelo de boca del mismo corifeo. Pedro mismo, quien tras de tantos milagros todavía apareció tan débil que llegó hasta a negar al Maestro y se atemorizó ante una muchacha, en cuanto se hubo cumplido el misterio de la cruz y tuvo él claras pruebas de la resurrección, de modo que ya no tenía delante ningún tropiezo, en tal forma mantuvo inconmovible la doctrina del Espíritu Santo, que arremetió con mayor vehemencia que un león al pueblo judío, aun cuando lo amenazaban peligros y miles de muertes.

Muchas cosas, les dijo Jesús, tengo aún que deciros, pero ahora no podéis llevarlas. Más aún: ni siquiera entendían muchas de las ya dichas por El, porque antes de su crucifixión no las explicó. Una vez que El resucitó, ellos entendieron algunas de las que había dicho. Con razón, pues, con muchas palabras ordenó que no declararan aquello antes de que padeciera la cruz, puesto que El mismo no se atrevió a descubrir, antes de la cruz, todas las cosas, a los mismos que luego las habían de predicar.

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que padecer. ¿En qué tiempo? Cuando ya los había imbuido en ese dogma; cuando inició e introdujo el principio de la admisión de los gentiles. Pero los discípulos ni aun así entendían lo que les decía. Pues dice el evangelista: Porque ellos no entendían nada de esto 181. Vivían como en medio de cierta oscuridad, sin caer en la cuenta de que El resucitaría. Por lo cual Jesús se alarga en estas cosas difíciles y amplía su conversación con el objeto de abrirles el entendimiento y comprendan lo que se les dice. Pero no entendieron, y eran para ellos cosas ininteligibles. Y no se atrevían a preguntarle, no si acaso habría de morir, sino cómo y por qué motivo.

?Cuál era el misterio? Que no sabían qué era eso de resucitar, y juzgaban ser mucho mejor que no muriera. Por esto, mientras todos los otros andaban dudosos y perturbados, Pedro, fervoroso como era, fue el único que se atrevió a hablarle del asunto. Y no lo hizo en público sino aparte, es decir, separado de los otros discípulos. Y le dijo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda.

?Qué es esto? El que recibió la revelación, el que recibió el título de bienaventurado, éste de pronto ¿cayó y temió la Pasión? Mas ¿qué hay de admirable en que quien no había recibido revelación acerca de la Pasión sufriera eso? Pues para que veas que lo que antes dijo no lo dijo de su propia cosecha, observa cómo en lo que no le fue revelado se turba y es derrotado; y aunque infinitas veces lo oía, pero no lo entendía. Conoció ciertamente que Jesús era Hijo de Dios; pero qué sea el misterio de la cruz y de la resurrección, no lo conocía con claridad. Pues dice el evangelio: Pero ellos no entendían nada de esto. ¿Ves, pues, cómo justamente les ordenó que a nadie lo dijeran? Pues si de tal modo perturbó a aquellos a quienes era necesario decirlo ¿qué no habría sucedido a los demás? Jesús, para demostrar que no iba contra su voluntad a la Pasión, increpó a Pedro y aun lo llamó Satanás.

Oigan esto los que se avergüenzan de la cruz de Cristo. Pues si el jefe de los apóstoles antes de que tuviera conocimiento completo de todos los misterios fue llamado Satanás a causa de aquella disposición de ánimo ¿qué perdón merecerán los que después de tantas pruebas todavía niegan la economía redentora? Cuando el hombre que fue llamado bienaventurado e hizo aquella excelente confesión, es llamado Satanás, considera lo que tendrán que sufrir de castigo los que después de tantas pruebas, desprecian el misterio de la cruz. Y no le dijo Cristo: por tu boca ha hablado Satanás; sino: Apártate de mí, Satanás. Es que Satanás anhelaba que Cristo no padeciera. Por eso Cristo lo increpó con vehemencia, pues bien sabía que Satanás y otros temían su Pasión y no fácilmente la admitían. Y así, descubriendo los secretos de los pensamientos de Pedro, le dice: Porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.

?Qué significa eso de no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres? Pedro, pensando el asunto conforme a razón humana y terrena, juzgaba ser vergonzoso y no conveniente que Cristo padeciera. Por esto, increpándolo, le decía Cristo: No es indecoroso que yo padezca, sino que tú, juzgando según la carne, así lo pienses; pero si hubieras prestado oído a las palabras de Dios y te hubieras despojado de tu modo carnal de sentir, sabrías que precisamente eso es lo que más conviene. Crees tú ser cosa indigna que yo padezca; pero yo te digo que es voluntad del diablo que yo no padezca. De este modo Cristo disipaba la preocupación de Pedro, alegando lo contrario.

Así como al Bautista que juzgaba no ser digno que Jesús fuera bautizado por él, lo obligó diciéndole: Así es necesario; y al mismo Pedro, cuando no quería éste que le lavara los pies, le dijo: Si no te lavare los pies no tendrás parte conmigo; 182 del mismo modo ahora atajó a Pedro, oponiéndole lo contrario y con la vehemencia de la increpación extinguió en él el temor de la Pasión. Que nadie, pues, se avergüence de los venerandos símbolos de nuestra salud, que en sí contienen el origen de todos los bienes, y por los que tenemos vida y existimos. Más bien llevemos en torno nuestro, a modo de corona, la cruz, pues por medio de ella se obra todo lo que nos interesa.

Si hemos de ser regenerados, ahí está la cruz; si nos hemos de nutrir con el místico alimento; si hemos de ser consagrados sacerdotes; si es necesaria otra cualquiera sagrada acción, en todas partes tenemos presente ese símbolo de victoria. Por eso la llevamos pintada en las mansiones, en los muros, en las ventanas, en la frente y en el pensamiento empenosamente. Es ella senal de nuestra salvación, de la común libertad y de la mansedumbre del Señor que como oveja fue llevado a la muerte. 183 Así pues, cuando te persignas piensa en todo el significado de la cruz y apaga todo afecto de ira y todo anhelo perverso. Cuando te persignas, ocupa ampliamente tu frente toda y haz así libre a tu alma.

Sabéis bien qué cosas son las que nos engendran la libertad. Por eso Pablo, exhortándonos a lo mismo, es decir, a una congruente libertad, tras de haber hecho recuerdo de la cruz y de la sangre del Señor, dice luego: Habéis sido comprados a precio: no os hagáis siervos de los hombres. 184 Como si dijera: piensa en el precio por ti pagado y nunca te harás esclavo de los hombres: y llama precio a la cruz. Es necesario que no sólo con los dedos la formemos, sino que primeramente lo hagamos con la voluntad y la fe grande. Si con esta condición la dibujas en tu casa, ningún demonio impuro podrá estar en tu contra, pues verá la espada con que fue herido con herida mortal. Si nosotros con sólo ver el lugar en donde dan muerte a los reos, sentimos horror ¿considera lo que sufrirán el diablo y los demonios todos, al ver el dardo con que Cristo venció todo su poder y cortó la cabeza del dragón.

No te avergüences pues de don tan grande, para que no se avergüence de ti Cristo cuando venga en su gloria y se vea esta senal que baja, más brillante que los rayos del sol, delante de Cristo. Porque vendrá entonces la cruz clamando con sola su presencia y defendiendo delante de todo el orbe la causa del Señor y demostrando que de parte de El nada faltó para salvarnos. Esta senal en tiempos de nuestros antepasados, y también en los actuales, abrió las puertas cerradas; esta senal destruyó los venenos; esta senal deshizo la fuerza de la cicuta; ésta curó las mordidas de las bestias venenosas. Pues si abrió las puertas infernales y abrió las puertas del cielo y renovó la entrada al paraíso; si destrozó la fuerza de los demonios ¿por qué ha de ser maravilla que venciera los venenos y las" fieras y las demás cosas a éstas semejantes? Graba esto en tu mente y abraza esa senal, salud de nuestras almas. Porque esta cruz salvó y convirtió al orbe, alejó el error, trajo la verdad, hizo de la tierra cielo y de los hombres hizo ángeles. Por virtud de la cruz ya no son temibles los demonios; la muerte ya no es muerte, sino un sueno; por la cruz todo cuanto nos era contrario quedó abatido, por tierra, pisoteado. De modo que si alguien te pregunta: ¿al Crucificado adoras? con franca voz, con rostro alegre, respóndele: ¡Lo adoro y nunca dejaré de adorarlo! Y si ese tal te burla, llora tú por su locura. Da gracias al Señor por tan inmensos beneficios que si no fuera por la revelación nadie podría ni siquiera conocerlos.

Ese que te burla, lo hace porque: El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios. 185 También los ninos suelen reírse así cuando ven cosas grandes y maravillosas. Si introduces a un nino en la celebración de los misterios, del mismo modo se reirá. A semejantes muchachillos se parecen los gentiles: ¡más aún: son más imperfectos! Y por lo mismo son más miserables los que no en su puericia sino en su edad madura hacen lo mismo que los ninos; y por lo mismo no merecen perdón. Por nuestra parte, con claras voces y con clamores grandes proclamamos (y con mayor libertad si hay gentiles presentes) ¡Nuestra gloria es la cruz, fuente de todos los bienes, confianza y corona nuestra! Yo quisiera poder decir con Pablo: Porque el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. 186 Pero no puedo, porque variados y múltiples afectos me detienen.

Por lo cual, yo os exhorto -!y antes que a vosotros a mí mismo!- a que nos crucifiquemos al mundo y no tengamos nada común con la tierra, sino que amemos la patria de allá arriba, la gloria aquella, los bienes celestes. Porque somos soldados del Rey celestial y estamos revestidos de armas espirituales. Entonces ¿por qué llevamos una vida propia de cantineros, charlatanes, o mejor dicho de gusanos? Pues en donde está el rey ahí conviene que esté el soldado. Somos soldados no de los que andan allá lejos, sino de los que asisten al Rey. Un rey terreno no permite que todos los soldados estén presentes en el palacio, ni ahí a su lado. En cambio, el Rey del Cielo quiere que todos estén en derredor de su trono.

Preguntarás: ¿cómo puede ser que, viviendo acá en la tierra, estemos en torno de aquel solio regio? Pues como Pablo, quien viviendo en la tierra, sin embargo estaba allá en donde están los querubines y los serafines; y aun más cerca de Cristo que los guardias lo están del emperador. Porque éstos con frecuencia andan mirando a una y otra parte. Pablo en cambio no era arrastrado por ninguna fuerza de la imaginación, sino que estaba adherido a Cristo con toda su mente. De modo que si queremos, también nosotros lo podremos. Si Cristo distara por el lugar interpuesto, razonablemente pondrías esa objeción; pero estando él presente en todas partes, en verdad cercano se halla para todos los que viven vigilando.

Por esto decía el profeta: No temo mal alguno porque tú estás conmigo. 187 Y también el mismo Dios: Yo soy Dios que está cerca y no lejos. 188 Pues así como los pecados nos separan de él, así la justicia nos junta con él. Porque dice: Estando tú aún hablando te diré: aquí estoy ¿Qué padre oirá así a sus hijos y a sus nietos? ¿Qué madre estará tan preparada y a punto si los hijitos la llaman? Ni el padre ni la madre, sino solamente Dios atiende tan asiduamente para ver si alguno de sus allegados lo invoca, y jamás ha dejado de oír cuando lo llamamos como conviene.

El mismo dice: Estando tú aún hablando. 189 Como si dijera: ni siquiera espero a que termines, sino que al punto te escucho. Invoquémoslo, pues, como él quiere ser invocado. Y ¿cómo quiere? El lo dice: Rompe las ataduras de iniquidad, deshaz los haces opresores, deja libres a los oprimidos y quebranta todo yugo. Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo, no vuelvas tu rostro al hermano. Entonces brotará tu luz como la aurora y pronto germinará tu curación e irá delante de ti tu justicia y detrás la gloria de Yavé. Entonces llamarás y el Señor te oirá; lo invocarás y él te dirá: Heme aquí. 190 Preguntarás tal vez: pero ¿quién será capaz de hacer todo eso? Pero más bien debes preguntar quién es el que no puede hacerlo. Porque ¿qué hay en lo dicho que sea difícil? ¿qué hay que sea laborioso? ¿qué que no sea fácil? De tal modo son esas cosas no sólo posibles, sino fáciles, que muchos las han sobrepasado; y no sólo han desgarrado las escrituras injustas, sino que aun se han despojado de sus bienes; no sólo han recibido en hospedaje y a su mesa a los pobres, sino que se han tomado grandes trabajos y sudores para alimentarlos; y esto no sólo a los parientes sino a los enemigos los han colmado de beneficios.

?Qué hay de difícil en lo que acabo de decir más arriba? Porque no dijo el Señor: traspasa los montes, cruza los mares, cava tantas más cuantas yugadas de tierra, haz largos ayunos, vístete el saco de penitencia; sino únicamente comparte de tus bienes con el prójimo, da a los pobres de tu pan, rompe las escrituras injustas. Pregunto, pues: ¿qué cosa habrá más fácil que eso? Y si te parece difícil, piensa en el premio y se te hará fácil. Al modo como los reyes en los hipódromos ponen delante de los concursantes los premios, coronas y mantos, así Cristo a su vez pone en medio del estadio los premios; y mediante los profetas, como si se valiera de muchas manos, los despliega.

Y por cierto, los reyes, aun cuando sean mil veces reyes, como hombres que son no tienen sino riquezas perecederas y ostentan una liberalidad que se consume, es decir, cosas que son en verdad de poco valor, pero que ellos procuran que se estimen en mucho, y por esto dan cada cosa a uno de los ministros para que la vaya exhibiendo ahí al medio. Nuestro Rey, por el contrario, lo reúne todo; y, pues abunda en riquezas, no hace ostentaciones, sino que pone en medio cosas que cuando se desplieguen serán de inmenso valor, y que necesitarán de muchas manos para exhibirlas.

Y para que lo comprendas, ve recorriendo una por una. Entonces brotará tu luz como la aurora. ¿No es verdad que esto parece ser un solo don? Pero no es uno, pues encierra en sí muchos premios, coronas y recompensas. De modo que si os place, los desplegaremos y pondremos a la vista en cuanto está en nuestra posibilidad, con tal de que no os fatiguéis. Y en primer lugar veamos lo que significa ese brotará. Porque no dijo aparecerá, sino brotará, mostrándonos con esto la abundancia y presteza y en cuán gran manera anhela nuestra salvación y cuántas ansias tiene de sacar a luz esas riquezas, y que nada hay que pueda impedir su ímpetu inexplicable: con todo lo cual se da a entender la inmensa abundancia de bienes.

Y ¿qué significa eso de la aurora? Quiere decir que los premios vendrán no tras de los combates y tentaciones, ni después de las oleadas de males, sino aun adelantándose a ellos. Así como tratándose de los frutos llamamos matutinos a los que aparecen antes del tiempo propio, así aquí con esa palabra da a entender la presteza, lo mismo que cuando anteriormente decía: Estando aún hablando tú, te diré: Aquí estoy. Y eso que llama luz ¿de qué luz se trata? No es de esta sensible, sino de otra mucho más excelente, mediante la cual veremos el cielo y los Ángeles y los Arcángeles, los Querubines y Serafines, los Principados y las Potestades, los Tronos y las Dominaciones y el ejército entero celeste y aquellos palacios reales y aquellas mansiones.

Si logras esa luz, verás todo esto y estarás libre de la gehenna y del gusano venenoso y del rechinar de dientes y de las indestructibles ataduras y de la angustia y tribulación y de la oscurísima cárcel, y de los tormentos y torrentes de fuego, y de la maldición y de los sitios de castigo; e irás a donde no existe el dolor, no hay tristeza sino gozo abundante, paz, caridad, alegría, deleites; a donde hay vida eterna, gloria inefable, hermosura indecible; a donde están las eternas mansiones y la imponderable gloria del Rey; y en fin aquellos bienes que ni el ojo vio ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre. 191 Allá están el espiritual Esposo y los tálamos celestes y las vírgenes con sus brillantes lámparas y todos los que poseen las vestiduras nupciales. Allá están las abundantes riquezas de Dios y los regios tesoros.

?Observas cuán grandes premios y cuán abundantes encerró en sola aquella palabra? De modo que si examinamos cada palabra, encontraremos abundantísimos tesoros y un mar inmenso de ellos. Ahora yo pregunto: ¿dudaremos aún y no estaremos prestos a ser misericordiosos con los demás? ¡De ningún modo, os lo ruego! Aun cuando sea necesario dejarlo todo y echarlo al fuego y arrojarnos en medio de las espadas y saltar contra las puntas de ellas, o sea preciso sufrir otra cosa cualquiera, toleremos con facilidad todo, para conseguir el vestido propio para el reino de los cielos y para aquella gloria inexplicable. Ojalá que todos la consigamos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.